SANTUARIO DEL DESIERTO LIBRO UNO



UN LOBO IMPROBABLE

LAVINIA LEWIS

Un lobo improbable

Lavinia Lewis

Copyright Lavinia Lewis 2019

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares y acontecimientos proceden de la imaginación del autor y no deben confundirse con hechos reales. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Notas sobre la licencia

Este libro está autorizado únicamente para su disfrute personal. El libro no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si deseas compartir este libro con otra persona, adquiere una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo has comprado, o no ha sido adquirido para tu uso exclusivo, te rogamos que lo devuelvas y compres tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse en ninguna forma material, ya sea mediante impresión, fotocopia, escaneado o cualquier otro medio sin el permiso por escrito de Lavinia Lewis.

Advertencia: Este libro contiene material que algunos lectores podrían encontrar perturbador u objetable y está destinado únicamente a lectores adultos.

Capítulo uno

Jace ensartó un gran trozo de bacon con el tenedor y se lo llevó a la boca. Cuando el aroma salado y grasiento le llegó a la nariz, cerró los ojos y gimió de placer. Estaba a punto de darle un mordisco cuando la puerta del comedor se abrió de golpe y Hal Peters, su segundo al mando, irrumpió en la sala. Hal era bueno en su trabajo, pero podía ser demasiado excitable, como un cachorro entusiasta: nervioso y, oh, tan ansioso por complacer.

—Señor, tenemos un problema —gorjeó Peters.

Jace dejó el tenedor y suspiró.

—¿Qué ocurre esta vez?

—Acaba de llegar un informe de otro ataque.

—Pues organiza un equipo.

Jace intentó coger su tenedor, pero Peters no se movió de su posición.

—Eh, ese no es el problema. —Se movió nerviosamente de un pie a otro.

Jace frunció el ceño y esperó. Cuando Peters no parecía dispuesto a continuar, preguntó:

—¿Le importaría ilustrarme?

La mirada de Hal recorrió la habitación, evitando deliberadamente mirar a Jace.

—No soy adivino, Peters. Sería bueno que me lo dijeras ahora, antes de que se me enfríe el desayuno, ¿vale?

Jace cogió su café y dio un sorbo. Sabía a mierda. Nada fuera de lo común; se había acostumbrado a beber esa porquería desde que había aceptado el trabajo en el santuario del desierto.

Hal se mordió el labio inferior.

—El informe del testigo ocular sugiere que el lobo estaba de pie, señor.

Jace resopló café por la nariz.

Cuando terminó de toser y escupir, fulminó a Hal con la mirada.

—¿Tengo que explicarte lo ridículo que suena eso? Sabes tan bien como yo que los "hombres lobo" son cosa de ficción. ¿De dónde

proceden los informes?

—De Las Vegas, señor.

—Pues ahí lo tienes. Probablemente algún borracho que salió de un casino o un yonqui colocado con barro.

—La doctora con la que hablamos dijo que el testigo está en muy mal estado, señor. Dijo que estaba prácticamente despedazado.

Eso captó la atención de Jace como nada más lo habría hecho.

Puede que no diera crédito a las historias de hombres lobo que podían caminar como humanos, pero si había un lobo por ahí dañando a humanos, y no digamos matándolos, era su trabajo capturarlo. El castigo no dependía de él, pero aún no había visto a nadie condenado por matar a humanos al que se le permitiera vivir para contarlo.

Los cambiantes que mataban generalmente no mostraban remordimiento ni respetaban ningún tipo de reglas, y el santuario se basaba enteramente en las reglas. El espacio dentro de los muros de la prisión del complejo ya era limitado, así que mantener prisioneros se desaconsejaba; era una pérdida de tiempo y recursos.

—¿Entonces el testigo sigue vivo?

Hal asintió.

—Está siendo tratado por laceraciones en el Centro Médico Sunrise. La doctora dijo que no está en buen estado. Pudieron interrogarle cuando llegó. Sin embargo, ha perdido mucha sangre y sus heridas son graves. No saben si sobrevivirá la noche, señor.

Las patas metálicas de la silla de Jace chirriaron contra el suelo de hormigón cuando se levantó.

—Reúne a los hombres, dos equipos. Preparados para salir en diez minutos.

—Sí, señor.

Cuando Hal salió de la habitación, Jace llevó su plato a la cocina y lo dejó con un golpe en la encimera.

—¡Maldita sea!

Desde que el consejo de ancianos había aprobado la votación hace tres años para que los cambiantes se revelaran a los humanos, había habido más incidentes violentos que nunca. Parecía que habría

sido mejor dejar a los humanos en la ignorancia, después de todo. Estaban asustados, y los humanos asustados eran peligrosos.

Grupos de vigilantes habían buscado manadas y las habían diezmado. Ahora eran los lobos los que huían aterrorizados. La mayoría de las manadas se habían dispersado, pero sin la disciplina de un alfa, los lobos se estaban volviendo peligrosos, tanto para los humanos como para ellos mismos.

Y eso solo eran los lobos.

Las otras especies sobrenaturales nunca habían tenido la contención de los lobos porque nunca habían tenido un alfa al que responder. Ahora estaban aún peor. Muchos veían a los humanos como objetivos fáciles. El mundo había cambiado tanto en los últimos tres años que era irreconocible, una zona de guerra.

Era el hombre contra el cambiante... y cualquiera que quedara atrapado en el fuego cruzado no era más que una víctima de esa guerra.

Como resultado, el gobierno había establecido la instalación para cambiantes, en el corazón del Desierto de Mojave. El complejo era enorme, del tamaño de un pequeño pueblo, y cada día llegaban más cambiantes.

Había rumores de que la base solía ser lo que la gente llamaba Área 51 y que en lugar de contener formas de vida alienígenas, ahora albergaba especies que venían de un poco más cerca de casa. Naturalmente, ese era un rumor que el gobierno nunca confirmaría ni desmentiría. Cualquiera que fuese el uso original de la base, ahora era una próspera comunidad de cambiantes.

El gobierno había llamado a la instalación el "Santuario del Desierto". Los humanos con mucha ira y poca imaginación llamaban al lugar "Agujero del Infierno", pero para los muchos cambiantes que vivían dentro de sus confines, era simplemente su hogar.

La instalación en sí no era una prisión, era un refugio seguro, un lugar donde los cambiantes podían vivir sus vidas sin mirar por encima del hombro a cada minuto del día. Jace era el líder del grupo de operaciones especiales que se había creado para capturar a los cambiantes que habían dañado a humanos. Su equipo también se

encargaba de limpiar el desastre que esos cambiantes habían dejado atrás.

Algunos de los cambiantes que Jace llevaba a la instalación eran castigados. Algunos podían ser rehabilitados e integrados de nuevo en una manada, pero los otros, los cambiantes que estaban demasiado lejos de la salvación, eran eliminados.

Sin perder tiempo, Jace se apresuró a sus aposentos, se puso todo el equipo de combate y cogió su Táser.

Se reunió con los equipos en la zona de carga del complejo.

—Bryson, ¿hoy tocando fondo?

Erik Masters se apoyaba con despreocupación contra uno de los dos Jeeps que les llevarían a Las Vegas, chupando la colilla de un cigarrillo como si su humo tóxico fuera el aire que necesitaba para respirar. Erik era un hijo de puta arrogante, aunque, al igual que Peters, sabía hacer su trabajo. Era uno de los pocos hombres en los que Jace podía confiar su vida —y lo había hecho en muchas ocasiones.

Él y Peters no se llevaban bien.

La mayoría de los hombres de Jace pensaban que Erik estaba celoso porque quería el puesto de Peters, sin embargo, Jace dudaba que eso fuera cierto. A Erik le importaba un comino el rango o los juegos de poder. No le importaba quién estuviera al mando. Solo importaba que él formara parte del equipo. Erik nunca hablaba de su pasado, y Jace no había indagado, aunque sospechaba que había tenido una vida difícil.

Jace llamaba a la mayoría de los hombres que trabajaban en el santuario por su apellido, como era costumbre entre ellos. Sin embargo, él y Erik tenían una historia. Nada sexual, pero habían trabajado juntos antes de que el edicto del consejo entrara en vigor y Jace le conocía razonablemente bien —tan bien como cualquiera *podía* conocer a Erik Masters.

En algunos aspectos eran como hermanos —en otros, eran tan opuestos como la noche y el día.

—Pensé que ya era hora de ensuciarme las manos —respondió Jace, entrando con facilidad en las bromas que siempre compartían.

Erik tiró la colilla del cigarrillo y luego la aplastó bajo su bota.

—¿Echas de menos la acción desde que estás atrapado en esa oficina tuya, moviendo papeles?

Jace sonrió.

—Se podría decir que sí.

Durante tres semanas Jace había estado de baja médica después de un encuentro con un cambiador de león en Nuevo México que le había dejado al borde de la muerte. Tenía firmada otra semana más de baja —demasiado tiempo. Estaba cansado de quedarse sentado sin hacer nada mientras sus hombres arriesgaban sus vidas.

Probablemente el Coronel Hayder le echaría la bronca cuando regresara a la base, pero ya se ocuparía de eso cuando llegara el momento. Por ahora, lo único que le importaba era atrapar a ese maldito lobo y llevarlo de vuelta a la base.

—¿Está todo listo? —preguntó Jace.

—Listos cuando usted lo esté, señor —intervino Peters.

—Pues entonces, pongamos este espectáculo en marcha.

—¡Sí, señor! —Peters saludó y comenzó a ladrar órdenes a los hombres.

Todos subieron a los Jeeps y cinco minutos después se dirigían fuera del desierto, con las ruedas levantando polvo seco y ocre a su paso.

Capítulo Dos

Deacon entreabrió los ojos y luego parpadeó contra la luz intensa que brillaba sobre él, cegándolo temporalmente. Cuando intentó girar la cabeza, un dolor agudo le recorrió el cuello, deteniendo su movimiento.

—A... —Intentó pedir ayuda pero no tenía voz.

Sentía la garganta destrozada como si hubiera estado haciendo gárgaras con cuchillas de afeitar sin haber dominado el arte. El dolor en el cuello y la garganta, junto con el martilleo debilitante en su cabeza, no era nada comparado con el fuego que corría por sus venas.

Estaba ardiendo.

¿Era esto lo que se sentía al morir?

Deacon intentó mover las piernas... y no consiguió nada: estaban demasiado pesadas.

Ni siquiera podía levantar las manos.

¿Estaba paralizado? ¿Había tenido un accidente?

Intentó recordar, pero había demasiada niebla en su cerebro, difuminando el camino hacia sus recuerdos. Lo único que podía hacer era tumbarse y esperar que la muerte llegara rápidamente.

La segunda vez que Deacon abrió los ojos, la luz sobre su cabeza parecía más tenue, ¿o era la habitación más oscura?

No podía estar seguro.

Pensó que quizás había estado dormido durante algún tiempo porque su dolor de cabeza casi había desaparecido y, cuando se movió, el dolor en su garganta se había reducido a una molestia sorda.

Lo *extraño* era que se sentía diferente de alguna manera ambigua y peculiar. Simplemente no podía entender por qué. Seguía sintiéndose como él mismo, pero una versión diferente. Frunció el ceño, consciente de que aquello no tenía ningún maldito sentido.

Mirando a su alrededor, Deacon pudo darse cuenta de que estaba en una habitación de hospital, aunque el motivo de estar allí se le escapaba. Presionó su cerebro para buscar respuestas que tenían

que estar enterradas en algún lugar. Solo obtuvo un revoltijo de imágenes y un puñado de palabras que no tenían sentido.

Cuando miró hacia abajo, notó un botón cerca de su mano derecha, probablemente para llamar a las enfermeras. Lo pulsó y luego cerró los ojos mientras esperaba que alguien apareciera para explicarle qué demonios estaba pasando.

Solo necesitaba descansar los ojos un momento.

No se dormiría.

Capítulo Tres

Jace recorrió el pasillo del hospital con Erik a su lado.

El resto de sus hombres esperaban instrucciones en los Jeeps. La recepcionista les había indicado la sala donde la doctora que había estado tratando al testigo humano se encontraba tomando un descanso. Empujando una pesada puerta batiente, Jace entró en un pasillo más pequeño y localizó la habitación.

Llamó una vez, luego abrió la puerta y entró.

Dos mesas redondas y algunas sillas se encontraban en el centro de la sala y un par de máquinas expendedoras estaban apoyadas contra la pared. Un gran sofá de cuero estaba colocado bajo la ventana, y una mujer con una abundante melena pelirroja dormía sobre él.

Jace se aclaró la garganta.

—Eh, disculpe, señora.

La mujer abrió los ojos y, cuando vio a Jace y Erik, se incorporó rápidamente y se alisó la ropa.

—¿Puedo ayudarles, caballeros?

—Sí, señora. Soy el Capitán Bryson y este es el Segundo Teniente Masters. Estamos aquí para ver al humano sobre el que nos contactó anteriormente.

Jace odiaba usar su título.

En la base, le gustaba que los hombres le llamaran Jace o Bryson. No procedía de un entorno militar, pero cuando asumió el cargo, los mandos habían insistido en que adoptara el título. Se sentía como un farsante al usarlo, aunque había descubierto que le granjeaba cierto respeto, especialmente cuando estaba en misiones.

—Hola. Soy la Doctora Bourne.

La doctora se levantó del sofá y cruzó la habitación para colocarse frente a ellos. Les miró a cada uno por turnos, arqueando ligeramente las cejas mientras observaba a Jace. Supuso que le sorprendía lo joven que parecía, la reacción habitual cuando trataba con humanos. Los cambiantes envejecían mucho más lentamente que los humanos.

Jace aparentaba estar en sus primeros veinte años, una década menos que su edad real.

—Tenemos un problema —dijo la doctora de manera concisa.

Jace se pellizcó el puente de la nariz.

—Es la segunda vez que oigo eso hoy.

La Doctora Bourne ignoró el comentario de Jace.

—Venid conmigo —dijo en un tono cortante antes de salir de la habitación a grandes zancadas.

Siguieron a la doctora hasta la unidad de cuidados críticos y entraron en una habitación privada. Bourne caminó directamente a la cama y comenzó a comprobar las constantes vitales de su paciente, pero Jace se detuvo en seco dentro de la puerta.

Respiró hondo y su estómago dio un vuelco.

Su pulso se aceleró y su respiración se hizo más rápida.

—Debe haber algún error —Jace señaló con la cabeza al hombre en la cama—. Este es un lobo.

—Ese es el problema —respondió la doctora—. Cuando ingresó antes, era humano.

Erik estalló en carcajadas.

—Buena esa, Doc.

La doctora le fulminó con la mirada.

—Esto no tiene ninguna gracia, *Segundo* Teniente —hizo que la palabra «segundo» sonara como algo desagradable que acababa de pisar.

—Eso no es posible —insistió Jace—. Los lobos no pueden ser creados... nacen lobos, y punto.

—Tengo un título de medicina, Capitán. Soy perfectamente consciente de cómo funciona la genética. Simplemente estoy constatando un hecho. Cuando este hombre fue traído al hospital, era humano. Lo examiné yo misma, hice las pruebas yo misma. Venid, mirad esto.

Jace se acercó a la cama, con todo su cuerpo temblando.

La doctora retiró un vendaje del cuello del hombre e hizo un gesto afirmativo. Jace dejó que su mirada recorriera el rostro apuesto pero pálido del hombre antes de examinar la herida en su cuello.

Estaba casi curada.

—Este hombre casi muere por sus heridas —dijo Bourne—. Perdió mucha sangre. Estaba en estado crítico hace menos de una hora, y ahora parece que se recuperará completamente.

—¿Está segura de que no hubo una confusión? Quizás...

—No pretendo ni por un momento hacer creer que nunca cometo errores, Capitán. Soy humana. Sin embargo, en esta ocasión, no hubo ninguno. El hombre tenía identificación en su cartera, la comprobamos. Su nombre es Deacon Fairchild. Créame... era humano. Ahora es un lobo.

Jace suspiró con cansancio y se frotó la cara con una mano.

—¿Nos dijeron que estaba consciente cuando lo trajeron?

—Durante al menos una hora. Dijo que volvía caminando del trabajo y tomó un atajo por una calle lateral que rara vez usaba, y que había una criatura escondida detrás de un contenedor.

»Cuando pasó, dijo que le atacó sin provocación. Nos describió al lobo, y sonaba como una especie de hombre-lobo. Por supuesto, en ese momento pensamos que deliraba. Ahora...

Jace asintió.

—Doctora, ¿puede dejarnos a solas un minuto, por favor?

Bourne le miró con suspicacia.

—¿Para qué?

—Necesito hablar con él. No se preocupe... no le mantendré despierto mucho tiempo.

Bourne frunció los labios y luego asintió.

—Bien... cinco minutos. Solo recuerde que es mi paciente y paciente de este hospital, y que todavía se está recuperando, así que sea suave con él.

—Por supuesto. ¿Erik? ¿Puedes esperarme en el Jeep?

—Pero...

Jace silenció a Erik con una mirada que le desafiaba a terminar el resto de esa frase.

—Por supuesto —respondió Erik.

—No menciones nada de esto a los otros hombres todavía.

Erik se detuvo un momento y luego asintió.

—Sí, señor.

Cuando Erik y la Doctora Bourne salieron de la habitación, Jace tomó asiento junto a la cama. Su corazón latía con fuerza en su pecho. Tomó unas cuantas respiraciones para calmarse, luego extendió la mano y la colocó sobre la de Deacon. Un hormigueo subió por su brazo.

—Deacon... Deacon, ¿puedes oírme?

Jace sacudió suavemente la mano de Deacon mientras hablaba.

Lentamente el hombre abrió los ojos y se volvió para mirarle.

—¿Quién eres? —preguntó.

Su voz sonaba agrietada y áspera.

Sonaba distante.

Jace mantuvo su mirada con facilidad.

—Soy tu pareja —respondió en voz baja.

Capítulo Cuatro

Deacon se quedó mirando al gigante sentado en la silla junto a su cama.

Era guapo, aunque no en el sentido tradicional. Había algo en él que parecía peligroso... o misterioso. No podía estar seguro de cuál. Tenía los ojos azules más ardientes que Deacon había visto jamás y una boca que parecía hecha para chupar pollas.

—¿Compañero?

¿Qué demonios significaba eso?

—Debe haber algún error —graznó—. No te conozco. No sé a qué te refieres.

El hombre se pasó una mano por su espeso pelo negro azabache y suspiró.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo lobo?

Deacon soltó una carcajada que se convirtió en una dolorosa tos entrecortada. El hombre cogió un vaso de agua de la mesita de noche y lo sostuvo frente a él, dirigiendo la pajita hacia su boca. Dio un sorbo y luego tosió aún más, respirando en una sucesión de jadeos cortos y agudos.

Cuando por fin dejó de ahogarse, miró con furia al hombre.

—¿Cuánto *tiempo* llevo siendo un lobo? ¿Qué diablos has estado fumando, colega? Conozco a algunos chalados que están preocupados por infectarse con el 'virus del lobo', pero, por Dios, ¿no sabes nada?

—Eso es un *mito*. O lo eres o no lo eres. Tienes que nacer así. Y yo, señor, soy tan humano como tú.

El hombre ladeó la cabeza y miró a Deacon con una mirada profunda y penetrante que sintió a través de todo su ser.

—Soy un lobo —dijo sin rastro de emoción.

Deacon soltó una risita.

El hombre, sin embargo, permaneció estoico, haciendo que la sonrisa desapareciera de los labios de Deacon. Su pulso se aceleró y su mirada se dirigió hacia la puerta de su habitación.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Tranquilo —dijo el hombre—. No voy a hacerte daño. Soy el capitán Jace Bryson y trabajo en el santuario del desierto. Tu médico nos llamó.

¿El santuario del desierto?

—¿Por qué? —susurró Deacon.

—¿No recuerdas lo que te pasó?

Deacon negó con la cabeza y el movimiento le provocó un dolor punzante en la sien. Aspiró bruscamente y se llevó la mano al lugar como si eso pudiera aliviar la punzada.

—No, no puedo recordar nada después de salir del trabajo esta noche.

—¿Dónde trabajas?

—En Corelli's. Soy crupier.

Jace gruñó y sus hermosos ojos brillaron negros de ira.

—¿Qué vendes? ¿Porquería?

—¿Qué? ¡No! No son drogas. Soy crupier, reparto cartas.

La ira se evaporó de los ojos de Jace y se pasó una mano por la cara mientras dejaba escapar un largo suspiro que sonaba a cansancio.

—Por supuesto.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué te llamó mi médico? ¿Qué está pasando?

Jace frunció los labios e hizo una pausa como si estuviera debatiendo cuánta información podía revelar.

—Parece que fuiste atacado esta noche, por un lobo. Casi mueres.

Deacon aspiró bruscamente.

—¿Qué?

El capitán Bryson se masajeó la sien.

—Este es el día más extraño que he tenido en años. Mira, esto va a sonar completamente improbable, pero parece que has sido transformado de alguna manera.

—¿Transformado? —cuestionó Deacon.

Jace asintió.

—En un lobo.

Deacon no pudo contener la risa hueca que salió de su pecho.

—Estás loco.

—Antes de hoy podría haber estado inclinado a estar de acuerdo contigo. —Negó con la cabeza—. Esto no tiene precedentes.

—Soy humano.

Mientras Deacon observaba, unos dientes afilados y puntiagudos surgieron de las encías de Jace y sus ojos se transformaron en los de un lobo.

—Oh, Dios —suspiró Deacon. Su corazón empezó a latir con fuerza y apenas podía introducir aire en sus pulmones—. ¿Qué vas a hacerme?

Jace sonrió.

Sin preámbulos, hundió sus dientes en su propia muñeca hasta que la sangre espesa y carmesí fluyó libremente por su brazo.

Se la ofreció a Deacon.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Deacon empezó a entrar en pánico.

Su mirada recorrió la habitación y se posó en el botón de llamada de su cama. Bryson lo apartó de su alcance antes de que pudiera llegar a él con la mano.

—¡Huele! —ordenó Jace, y empujó su muñeca bajo la nariz de Deacon.

Deacon hizo lo que le habían ordenado y fue como si cien cosas diferentes le ocurrieran a su cuerpo a la vez. Su pulso se aceleró al igual que su respiración. Algo le pasó a sus ojos, algo que no podía explicar. Su vista mejoró diez veces. Podía ver la vena pulsando en la muñeca de Jace con absoluta claridad, y su oído...

Deacon podía oír a dos médicos hablando en el pasillo fuera de su habitación tan claramente como si estuvieran junto a su cama. Y el glorioso olor de la sangre de Jace asaltó sus sentidos como nada lo había hecho antes. Era el néctar más dulce que había tenido el placer de oler. Su polla se endureció casi hasta el punto de dolor y, mientras continuaba respirando el maravilloso aroma, sus encías comenzaron a picarle. Pasó la lengua por ellas y jadeó cuando un diente afilado le cortó y la sangre se acumuló en su boca.

A pesar de que estaba asustado por los cambios que ocurrían en su cuerpo, una sensación de euforia lo invadió. El rostro de Jace

parecía iluminado desde el interior. Era magnífico. Deacon quería tocarlo, restregarse por todo el cuerpo del hombre, bañarlo con su olor.

¿Qué raro era eso?

Mientras miraba a Jace, se sintió conectado a él de una manera inexplicable. Nunca quería separarse de él.

—¿Qué demonios me está pasando? —exigió Deacon.

El tono profundo y áspero de su voz lo asustó. Era un sonido que nunca había escuchado de sus propios labios. Cada músculo de su cuerpo se sentía como si estuviera alerta, preparado, esperando algo inevitable. Quería rendirse a las sensaciones, pero luchó por mantener el control.

—Tu cuerpo está intentando transformarse en su forma de lobo —explicó Jace con calma.

—¡Haz que pare!

Jace colocó su mano sobre la de Deacon y la apretó.

—No tengas miedo. Solo necesitas relajarte y la transformación se revertirá. Respira profundamente por la nariz y luego exhala por la boca.

Deacon intentó concentrarse en tomar una gran bocanada de aire tras otra.

—Eso es... bien.

Jace tenía razón.

A medida que se relajaba y se concentraba en su respiración, más tranquilo se sentía. Después de unos momentos de respiración profunda y de escuchar el tono resonante de la voz de Jace, Deacon volvió a sentirse como él mismo. Aunque no estaba seguro de cómo era posible volver a sentirse normal después de lo que acababa de sucederle.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Jace, estudiando su rostro detenidamente.

—¿Me creerías si te dijera que mejor que nunca? Me dolía la garganta, pero el dolor ha desaparecido. Tenía el peor dolor de cabeza, y ahora también se ha ido.

Jace asintió.

—Es por la transformación o transformación parcial. Tu cuerpo se está curando solo.

—¿Cómo es esto posible? —preguntó Deacon, tratando de encontrar sentido a lo que le estaba ocurriendo—. Siempre creí que el virus del lobo era un mito. Según tenía entendido, el gen del lobo es algo con lo que naces, no algo que puedas contraer.

Jace asintió.

—Todo eso es cierto. Como lobo, he vivido entre lobos y otros cambiantes toda mi vida y nunca he oído hablar de algo así.

—Siempre ha habido rumores, por supuesto, e historias o cuentos de hadas, cosas que se les cuenta a los niños pequeños para asustarlos. "Si no te portas bien, el hombre lobo vendrá a por ti". Pero esto...

Jace negó con la cabeza.

—Eres una anomalía, Deacon. Un lobo improbable.

—Tal vez sea solo temporal —sugirió Deacon—. Quizá sea como una enfermedad que pronto desaparecerá. Tal vez se vaya.

Incluso mientras las palabras salían de su boca, sabía lo ridículas que sonaban. Ahora era un lobo. Podía sentir al animal dentro de él, esperando ser liberado. Quería jugar, correr y cazar.

Quería matar...

Deacon intentó desterrar ese pensamiento de su mente. No era una persona agresiva por naturaleza. Nunca se metía en peleas, y no iba a empezar ahora.

—Tal vez *sea* temporal —respondió Jace.

Sin embargo, la sonrisa en su rostro era de condescendencia. Claramente no creía que esto fuera algo que simplemente desaparecería.

—Ahora que estoy curado, debería poder salir del hospital, ¿verdad?

—No veo por qué no —respondió Jace—. Seguro que el hospital necesita la cama.

Deacon asintió.

—Eso es bueno. No puedo esperar a salir de aquí. Tengo hambre y quiero una ducha, ropa limpia y dormir en mi propia cama.

Jace frunció el ceño.

—Me temo que no has entendido bien. Puede que hoy puedas salir del hospital, pero no irás a casa.

Deacon frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

Jace colocó su mano sobre la de Deacon nuevamente y esperó hasta que este le miró a los ojos.

—Ahora eres un lobo. Sabes cómo es el mundo. Los cambiantes han sido cazados casi hasta el punto de la extinción.

—No le diría a nadie lo que ha pasado —argumentó Deacon, sintiendo que el pánico comenzaba a hincharse en su pecho como el océano en un día tormentoso—. Nadie sabrá nunca que soy diferente.

—Lo siento —respondió Jace, y realmente parecía que lo decía en serio—. Pero no es posible que regreses a casa ahora, probablemente nunca. Necesitas aprender a controlar a tu lobo.

—Eso lleva tiempo. Hasta que no lo hayas hecho, eres un peligro para los humanos. Y después de haber vivido con otros cambiantes durante un tiempo, dudo que *quieras* volver a tu vida humana.

—Tu hogar está ahora en el santuario, con el resto de los tuyos.

Deacon apenas podía creer lo que estaba escuchando.

¿El resto de los suyos?

Dios mío.

Quería gritar su frustración por lo injusto de todo. ¿Por qué le había pasado esto a él? No era justo. La vida no era justa y luego te morías, ¿verdad? No, luego te convertías en un lobo. Puede que Deacon no tuviera familia viva a la que estaría dejando atrás, pero ¿qué pasaba con todo lo demás?

—¿Qué va a pasar con el alquiler de mi apartamento? —preguntó —. ¿Y mi trabajo? Tengo una vida aquí. No puedo simplemente dejarlo todo atrás.

Jace suspiró.

—Me temo que tienes que hacer precisamente eso. Me pondré en contacto personalmente con tus empleadores. Seguro que puedo pensar en alguna manera de explicar lo que te ha pasado sin decirles la verdad.

—No podemos permitir que los humanos lo sepan. Ya están bastante asustados de nuestra especie. La confirmación de sus temores con respecto a un virus de lobo solo incitaría al pánico. ¿Cuándo vence tu alquiler?

Deacon buscó en su memoria la fecha actual. Fuera lo que fuese lo que le había sucedido, le había dejado con la mente confusa. Su cerebro no le servía para nada.

—Tengo pagado hasta fin de mes —respondió finalmente.

—Vale. Eso nos da tres semanas para hablar con tu casero y recoger tus pertenencias —dijo Jace—. No necesitarás muchas cosas en el santuario. Descubrirás que las personas que viven allí no dan mucha importancia a las posesiones materiales.

Deacon sintió un nudo formarse en su garganta y el escozor de lágrimas contenidas detrás de sus ojos. Con un esfuerzo considerable, logró tragar el nudo y contener las lágrimas. Aunque acababa de conocer a Jace, su opinión importaba. No quería que Jace le viera llorar, no quería que pensara en Deacon como un débil y patético perdedor que no podía actuar como un hombre de verdad.

Era más fuerte que eso.

—Bien —dijo entre dientes apretados—. Si no hay otra solución, supongo que no queda mucho más que decir. Llévame a ese maldito santuario.

Jace asintió.

—Vamos a tramitar tu alta del hospital y nos pondremos en camino.

Deacon se encogió de hombros con indiferencia y desvió la mirada.

Ahora que sabía adónde iba, salir del hospital ya no era tan atractivo como antes.

Capítulo Cinco

Después de hablar con Deacon, Jace intentó convencer a la doctora Bourne de que su paciente se había recuperado lo suficiente como para permitirle abandonar el hospital. Finalmente, ella accedió, aunque a regañadientes, a darle el alta bajo el cuidado del santuario.

Jace ordenó a uno de sus equipos que comenzara a buscar al lobo que había atacado a Deacon, empezando por su lugar de trabajo y siguiendo la ruta que había tomado para regresar a su apartamento. Deseaba poder darles alguna idea sobre el aspecto del lobo, pero Deacon seguía sin recordar nada de lo que había sucedido después de salir del trabajo.

La doctora Bourne dijo que aunque Deacon había sufrido un fuerte golpe en la cabeza, su pérdida de memoria probablemente estaba más relacionada con el estrés, algo que tenía que ver con el shock. Ella creía que sus recuerdos volverían con el tiempo.

Jace esperaba que regresaran rápidamente.

Necesitaban los recuerdos de Deacon si querían atrapar al lobo antes de que hiciera daño a alguien más. Y necesitaban saber si la transformación de Deacon era una anomalía o si el lobo era capaz de transformar a otros también.

¿Tenía Deacon la misma capacidad?

Los médicos y científicos que vivían en el santuario estaban entre los mejores del país en lo que respecta a la genética de los cambiantes. Seguramente podrían determinar de qué era capaz Deacon y, con suerte, saber cómo había sido transformado en primer lugar.

El equipo de Hal Peters se quedó atrás para buscar al lobo, pero el segundo equipo regresaría al santuario con Jace y Deacon. Jace todavía no había contado a sus hombres sobre la transformación de Deacon.

Era algo difícil de explicar.

Básicamente les estaría diciendo que todo lo que siempre habían dado por cierto era incorrecto. Sin embargo, la razón principal por la

que no había informado a sus hombres era el miedo. Temía cómo tratarían a Deacon cuando descubrieran que había cambiado. ¿Lo acogerían en la comunidad o lo tratarían como algo *diferente*?

No podía arriesgarse.

Quería que su compañero comenzara su vida en el mundo de los cambiantes con buen pie.

Como un igual entre todos los hombres.

Jace había instruido a Erik para que no hablara sobre lo que la doctora les había dicho. También había advertido a Deacon que guardara silencio sobre su experiencia y, aunque Jace había logrado persuadirlo, no parecía estar contento con tener que hacerlo.

—No me gusta mentir —había dicho Deacon con mal humor—. ¿Por qué no puedo simplemente decirles la verdad?

Jace intentó explicarle que la verdad podría provocar una reacción hostil por parte de algunos de los hombres, pero Deacon actuó como si no le importara en absoluto. Tuvo que suplicarle a su compañero hasta que finalmente accedió.

Hasta ahora, durante el viaje al santuario, Deacon había permanecido con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y los brazos cruzados, completamente aislado del mundo exterior, o al menos de Jace.

Discretamente, Jace estudiaba el perfil de Deacon por el rabillo del ojo.

Su compañero era guapo, increíblemente guapo. Solo estar tan cerca de él hacía que Jace sintiera hambre, que le doliera. La lengua de Deacon asomó para humedecer sus labios y Jace ahogó un gemido. Intentó no pensar en lo que le gustaría ver hacer a Deacon con esa lengua, pero las imágenes invadieron su mente de todos modos.

Podía imaginar a Deacon lamiéndolo y chupándolo.

Dios mío.

Lo último que necesitaba era que sus hombres olieran su excitación.

Pero era difícil mirar a Deacon y no excitarse. Los sentimientos extraños que giraban en su mente eran abrumadores. También eran más que meramente sexuales. Quería proteger a Deacon, hacerlo

feliz. Haría casi cualquier cosa para hacerle sonreír. Si alguien amenazaba a Deacon, Jace no creía que pudiera mantener la compostura, a pesar de tener normalmente un excelente autocontrol.

Cuando había salido del santuario esa mañana, Jace ciertamente no había pensado que regresaría con un compañero. Suponía que siempre era una sorpresa cuando un cambiante encontraba a la persona que estaba hecha para él. Necesitaba recordar que, por muy difícil que fuera para él, era aún más difícil para Deacon.

Su compañero había vivido toda su vida como humano para convertirse en una criatura que siempre había temido.

Eso sería difícil de afrontar para cualquiera.

Jace no estaba seguro de cómo explicarle a Deacon el vínculo de emparejamiento, pero era algo que necesitaba hacer tan pronto como regresaran a la base.

Era peligroso para ambos si no se reclamaban mutuamente.

Los cambiantes en el santuario se verían afectados por su olor. Sus feromonas estarían por las nubes hasta que finalmente solidificaran su vínculo con un mordisco. ¿Cómo se suponía que iba a abordar un tema como ese? No era algo que se pudiera introducir en una conversación casual durante la cena.

"*Ah, por cierto, necesito hundir mis colmillos en tu cuello esta noche mientras te follo, y, sí, va a doler. ¿Me pasas la sal?*"

Solo esperaba que Deacon recibiera la noticia de su vínculo mejor de lo que había recibido la noticia de no poder regresar a casa.

Jace ni siquiera sabía todavía si Deacon era gay.

Había oído hablar de cambiantes heterosexuales en un emparejamiento del mismo sexo antes. ¿Y no sería eso una mierda? Al menos los cambiantes sabían todo sobre el vínculo. Sabían que no elegías a tu compañero, el destino lo elegía por ti. Era el destino. Pero, ¿cuán difícil sería explicar eso a un humano? O, mejor dicho, a alguien que solía ser humano. Jace sacudió la cabeza. No podía creer que tuviera que pensar en tales cosas.

El destino podía ser una perra sádica en ocasiones.

Jace solo deseaba poder encontrar algún punto en común con Deacon, pero, tal como estaban las cosas, no sabía *qué* tenían en

común, si es que tenían algo. No sabía mucho sobre su compañero en absoluto. Jace se había mudado por todo el país desde los trece años, sin haber tenido nunca un lugar al que pudiera llamar hogar hasta que había llegado a vivir al santuario.

Esperaba que, con el tiempo, Deacon también pudiera llamarlo hogar.

Cuando finalmente entraron por las puertas del santuario, Deacon era un manojo de nervios.

Apestaba a miedo y su ritmo cardíaco también había aumentado. Si no se controlaba, los cambiantes del santuario se lo comerían para el desayuno.

Los hombres en el Jeep ya le estaban lanzando miradas curiosas y había visto a un par de ellos olfatear el aire y fruncir el ceño. No le dirían nada a Deacon porque Jace estaba presente, aunque no siempre estaría cerca para protegerlo, así que su compañero necesitaba estar preparado para eso.

Esperó hasta que llegaron al área de carga y sus hombres se hubieron bajado del Jeep antes de llevar a Deacon a un lado.

—Oye, ¿cómo estás?

Deacon se encogió de hombros. —Bien, supongo.

Jace encontró la mirada de Deacon y la mantuvo.

—Puedo oler tu miedo, Deacon. Es intenso. Sé que es difícil, pero necesitas intentar relajarte. No puedes permitir que los hombres de aquí huelan el miedo en ti, ¿lo entiendes? Tienes que defenderte aquí.

—Si alguno de los cambiaformas percibe debilidad en ti, se aprovecharán.

Deacon tomó aire con un suspiro tembloroso y se frotó la nuca con la mano.

—Lo estoy intentando, ¿vale? Esto no es fácil. ¿Crees que *quiero* estar aquí?

—Lamento decirte que lo que quieras no importa. Esto te ha sucedido y tienes que afrontarlo. No tienes otra opción.

—¿Crees que no lo sé?

Jace suspiró y puso una mano reconfortante sobre el hombro de Deacon. No quería discutir con su pareja, solo intentaba hacerle

entender cómo funcionaban las cosas en el santuario.

Necesitaba que estuviera preparado.

La debilidad podría hacer que Deacon resultase herido. O algo peor.

—Mira, estaré ahí para ti tanto como pueda, ¿de acuerdo?

Deacon se encogió de hombros. —Lo que sea. Acabemos con esto.

Jace suspiró y luego guio el camino a través de la zona de carga hasta el patio exterior.

Algunos lobos corrían por el perímetro mientras que otros practicaban combate cuerpo a cuerpo. Jace comenzó a guiar el camino a través del patio cuando se dio cuenta de que Deacon había dejado de seguirle. Se giró para ver qué ocurría y vio la expresión de terror en el rostro de Deacon.

Volvió al lado de su pareja.

—*¿Deacon?* ¿Qué demonios? ¿Qué pasa?

La boca de Deacon se abría y cerraba varias veces y sus ojos se agrandaron.

No respondió.

Finalmente, miró a Jace a los ojos.

—Hay un león —susurró.

Cuando Jace se giró, efectivamente, había un león macho adulto caminando hacia ellos.

—Oh, ese es solo Gabe —explicó—. Es inofensivo. Es el líder de su manada aquí en el santuario.

Deacon miró a Jace como si hubiera perdido completamente la cabeza. —¡Pero es un *león*!

—Bueno, si quieres ser técnico, Gabe es un *cambiaformas* de león. No tienes que preocuparte por él. Gabe es un buen tipo. Te caerá bien y no dañaría-

Las palabras de Jace fueron interrumpidas por el ensordecedor rugido de Gabe.

El sonido fue tan fuerte que los hizo saltar a ambos.

Jace se volvió hacia el león y frunció el ceño.

—¡Gabe! ¿Puedes cortar esa mierda y transformarte, por favor? Estás asustando a Deacon.

Gabe negó con la cabeza y se lamió los labios. Sus enormes patas dieron unos pasos tentativos en dirección a Deacon. Olisqueó el aire entre ellos y luego rugió de nuevo, más fuerte que antes.

Deacon gritó y se lanzó a cubrirse detrás de Jace.

—*¡Gabe!* —gritó Jace, furioso ahora—. No te lo voy a repetir. *¡Transfórmate! ¡Ahora!*

Gabe gruñó antes de hacer lo que Jace le había pedido.

El aire a su alrededor vibró mientras el cuerpo de Gabe se retorcía y contorsionaba, sus huesos y tendones acortándose y realineándose hasta que se quedó de pie frente a Deacon y Jace en todo su esplendor desnudo. Las payasadas de Gabe habían provocado que se formara una multitud en círculo alrededor de ellos, y Jace sospechaba que toda esa atención estaba poniendo a Deacon aún más nervioso.

—¿A qué ha venido eso? —se enfureció Jace—. Deacon es nuevo aquí, Gabe. Acabas de asustarle de muerte.

Gabe rodeó a Jace para ver mejor la cara de Deacon.

—Algo no está bien con él —dijo Gabe—. Huele raro.

—No le pasa nada —mintió Jace—. Acaba de salir del hospital después de ser atacado. Casi muere. Dale un respiro.

Gabe, que normalmente era un hombre tranquilo con un temperamento dulce, se puso las manos en las caderas y miró furioso a Jace.

—Te digo que no está bien. ¡Hay algo mal con él! Transfórmate y huélelo tú mismo, verás a qué me refiero.

—No seas ridículo —dijo Jace—. Es un lobo. Ahora, lo llevaré adentro para que descanse. ¡Apártate!

Deacon había permanecido en silencio durante todo el intercambio, pero Jace podía notar lo asustado que estaba. Jace comenzó a moverse hacia el grupo de edificios, pero evidentemente Gabe tenía otras ideas y bloqueó su camino. Extendió la mano para agarrar a Deacon y Jace gruñó y empujó al hombre más grande.

—Si le pones un dedo encima, te juro que será lo último que hagas, ¿queda claro?

Gabe debió haber visto que Jace hablaba en serio porque dio un paso atrás con vacilación.

—¿Por qué lo estás defendiendo? —quiso saber Gabe—. Te lo digo, Jace, hay algo que no está bien con él. No es como ningún lobo que haya olido antes.

Erik se unió a ellos y se puso hombro con hombro junto a Jace.

—¿Todo bien, chicos? —dijo con tono despreocupado.

La voz de Erik había sido casual, pero su mera presencia le mostraba a Gabe que si quería llegar hasta Deacon, tendría que pasar primero por él y por Jace.

Jace asintió. —Claro, todo está bien, ¿verdad, Gabe? Solo estaba llevando a Deacon adentro.

Gabe gruñó y levantó los brazos en un gesto de exasperación.

—No lo entiendo. ¿Por qué no me escuchas? Nos conocemos desde hace... ¿qué, un par de años ya? ¿Por qué te pondrías de su lado en vez del mío?

—No estoy tomando partido —dijo Jace entre dientes apretados.

Sin embargo, era una mentira, pues no tenía intención de revelar a Gabe ni a nadie más sobre el vínculo de emparejamiento que compartía con Deacon hasta que hubiera tenido la oportunidad de hablar con Deacon primero sobre ello.

—Te estoy pidiendo que muestres a Deacon el mismo respeto que mostrarías a cualquier otro cambiaformas aquí.

Mientras Jace continuaba enfrentándose a Gabe, Danny, un joven lobo que recientemente había llegado a vivir al santuario, se unió a ellos. Era un hombre delgado, apenas salido de la adolescencia. Antes de venir a vivir con ellos, Jace sabía que había sido acosado por los lobos más viejos de su manada. Algunos de los lobos del santuario también se metían con él debido a su tamaño, pero parecía no haber tenido ningún efecto en su carácter alegre.

A Jace le caía muy bien el chico.

En las últimas semanas, mientras se recuperaba de su ataque, se había propuesto ayudar al chico, tomarlo bajo su protección.

—¿Qué pasa, Jace? —preguntó Danny—. ¿Quién es este?

—Nada de qué preocuparse —dijo Jace—. Este es Deacon. Va a vivir aquí con nosotros a partir de ahora. Espero que ayudes a que se sienta como en casa.

La sonrisa de Danny era contagiosa.

—Por supuesto. Encantado de conocerte, Deacon. Soy Danny.

Deacon alargó tentativamente la mano y estrechó la de Danny. —Encantado de conocerte también.

—Hay una cama libre en mi habitación si la necesita —dijo Danny.

Jace casi gruñó al joven lobo, aunque sabía que Danny no había querido insinuar nada.

Mierda.

Tenía que tener cuidado. Esta era la parte que no le había hecho ninguna ilusión. De ninguna manera iba a dejar que Deacon se quedara en otra habitación que no fuera la suya.

—Eh, gracias Danny, no será necesario. Deacon se quedará en mis aposentos.

Gabe cruzó los brazos sobre el pecho. —¿Ah, sí?

Jace cuadró los hombros. —Sí, ¿tienes algún problema con eso?

Gabe frunció los labios y su mirada se desplazó entre ambos.

—¿Por qué no nos cuentas qué está pasando aquí, Jace?

—Sin ofender, Deacon, pero hueles un poco raro —dijo Danny.

Para sorpresa de Jace, Deacon se rio.

—Vaya, gracias... justo lo que un tío quiere oír sobre sí mismo.

La cara de Danny se puso roja como un tomate.

—Lo siento —murmuró—. No quería decir que huelas mal ni nada... solo *diferente*.

Deacon se encogió de hombros, manteniendo su cálida sonrisa. —No pasa nada.

Jace estaba a punto de suspirar aliviado, pensando que la crisis se había evitado, cuando Lewis se separó del círculo de hombres y se dirigió hacia ellos.

Jace gimió.

Lewis era un dolor de cabeza.

Era la última persona con la que Deacon querría tener un enfrentamiento. No era malo, solo un entrometido hijo de puta... siempre quería saber los asuntos de todos. No llevaba viviendo en el santuario mucho tiempo. Solo unos meses, de hecho. Jace no le caía mal, exactamente, pero estaba bastante seguro de que nunca serían

amigos. Suponía que no conocía al hombre lo suficiente como para tomar una decisión informada sobre él.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Lewis, mirándolos a todos por turnos—. Todo el complejo está hablando del nuevo lobo.

Jace puso los ojos en blanco. —No seas tan dramático. Acabamos de llegar.

—Y ya estáis causando revuelo, créeme. Algunos de los hombres os vieron volver y fueron a contárselo a los demás. Están hablando de vosotros en el comedor.

Jace gimió. —Genial.

—Entonces, ¿qué está pasando? —preguntó Lewis de nuevo.

Jace estaba perdiendo rápidamente la paciencia con los hombres.

—Nada que sea de tu incumbencia —espetó.

Lewis se acercó más a Deacon e inhaló profundamente. Gruñó en voz baja.

—¿Qué eres tú?

Deacon miró a Jace con los ojos muy abiertos.

Parecía no estar seguro de cómo responder o incluso si debería responder.

—Yo, eh...

—No tienes que responderle —dijo Jace—. Vamos. No tengo tiempo para esto.

—No tan rápido —replicó Lewis—. Si este hombre va a vivir aquí entre nosotros, entonces tenemos derecho a saber qué le pasa.

—¡No le pasa nada! —gritó Jace.

Lewis lo ignoró y se quitó el jersey por la cabeza antes de desabrocharse los pantalones.

Jace gimió.

—¿Qu-qué está haciendo? —tartamudeó Deacon, viendo a Lewis desvestirse.

Al encontrarse con la mirada confusa de Deacon, Jace frunció el ceño.

—Va a transformarse. Quiere olerte en su forma de lobo.

Las cejas de Deacon se dispararon hacia arriba.

—Claro... por supuesto que quiere.

Cuando Lewis estuvo completamente desnudo, comenzó la transformación en lobo. Jace estaba tentado de detenerlo, pero no había mucho que pudiera hacer. Quizás sería mejor acabar con esto de una vez y admitir lo que le había pasado a Deacon.

A juzgar por las reacciones de los hombres que lo habían conocido hasta ahora, las reacciones de Lewis y Gabe iban a ser comunes. Y no era como si Jace pudiera mantener a Deacon encerrado o permanentemente encadenado a su lado, aunque quisiera hacer precisamente eso.

Era inevitable que Deacon estuviera a solas con los hombres en un futuro próximo, y Dios sabe qué pasaría entonces.

No, esto era lo mejor.

Dejar que Lewis oliera a Deacon en su forma de lobo y ver qué pasaba. Era la única manera.

Si Lewis se daba cuenta de que Deacon era diferente, entonces Jace hablaría.

Unos momentos después, Lewis había completado la transformación. Era un lobo grande, de color leonado, con patas largas y elegantes y un rostro majestuoso. Su lobo miró a Deacon con cautela y luego dio unos pasos adelante y olió el aire frente a él.

Un gruñido bajo y áspero emergió de su garganta.

Deacon jadeó y luego preguntó: —¿Qué debería hacer?

—No hagas nada —indicó Jace—. No va a hacerte daño, solo mantén tu posición.

Deacon hizo lo que le habían dicho y ambos vieron a Lewis continuar olfateándolo con cautela. Cuanto más se acercaba, más fuerte gruñía.

Deacon enderezó los hombros como si finalmente hubiera decidido que la mejor opción era mantenerse firme. Dio un paso más cerca de Lewis y lo miró directamente a los ojos.

Jace tenía que elogiar la valentía de su pareja.

Los cambiaformas lobo, en general, eran más grandes que los lobos comunes, y Lewis era más grande que la mayoría, prácticamente llegando al nivel de la cadera de Deacon. Era un lobo imponente, especialmente para alguien no acostumbrado a los cambiaformas y sus posturas. Jace se preparó para intervenir si

Deacon lo necesitaba. Sabía que Lewis vería el contacto visual directo como un desafío y se preparó para el ataque del lobo, pero nunca llegó.

Lewis hizo lo último que Jace podría haber esperado. Gimoteó, lamió la mano de Deacon, luego se tumbó en el suelo a sus pies y se dio la vuelta, exponiendo su cuello y estómago a Deacon en un gesto sumiso.

¿Qué demonios?

Jace giró la cabeza de un lado a otro entre su pareja y Lewis, que seguía tumbado en el suelo, apartando la mirada de Deacon.

—Vaya, mira eso —dijo Gabe, expresando el asombro de Jace.

—Increíble —dijo Danny, sonando igual de sorprendido—. ¿Habéis visto alguna vez a Lewis someterse a alguien así antes?

Jace negó con la cabeza. —Nunca.

Lewis *no* era sumiso.

Técnicamente, no había un lobo alfa en el santuario. Los lobos y otros cambiantes que vivían tan cerca unos de otros nunca habrían funcionado en el exterior sin un lobo alfa que mantuviera a los demás a raya, pero el santuario se dirigía más como una base militar con hombres de diferente rango. Los que estaban al mando eran esencialmente el equivalente a lobos alfa, y todos los demás hombres que vivían y trabajaban dentro de las puertas seguían sus directrices.

A Lewis no le gustaba cómo se dirigía el santuario.

Creía que debería haber un alfa y codiciaba esa posición, aunque no lo suficiente como para intentar conseguirla. Y, mirándolo ahora, Jace no creía que alguna vez lo hiciera. Este acto de sumisión arruinaría cualquier posición que pudiera haber tenido con aquellos miembros de la manada que querían un alfa.

Sus seguidores nunca seguirían a un líder que estuviera dispuesto a someterse a cualquier otro lobo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Deacon en un aparte.

—Mostrándote respeto —respondió Jace a su compañero—. Y demostrándote que cree que eres el lobo más fuerte.

Deacon resopló.

—Sí, claro.

—Eh, no lo menosprecies —susurró Jace—. Esto es algo bueno. Si Lewis se está sometiendo a ti, los demás seguirán su ejemplo. Recibirás menos mierda de los hombres de aquí.

—Sigo sin entender por qué lo hace. ¿Por qué cree que soy más poderoso que él?

—Ni idea —respondió Jace.

—Oh, definitivamente es más poderoso —dijo Gabe—. Eso fue una de las primeras cosas que noté sobre él. Deacon es increíblemente poderoso.

Jace frunció el ceño y observó bien a Deacon.

—¿Lo es?

Incluso Danny se rio entonces.

—Jace, ¿hay algo mal con tu sentido del olfato? Vaya. Poderoso ni siquiera se acerca a describirlo.

—Vaya.

Bueno, eso fue una sorpresa.

Deacon no olía tan poderoso para él, en absoluto, pero es que Jace no podía oler nada más que su vínculo de apareamiento.

Para él, Deacon olía divinamente.

Lewis seguía tumbado de espaldas, con las piernas en el aire. Deacon se mordía el labio inferior mientras lo observaba.

—¿Debería hacerle cosquillas en la barriga o algo así? —preguntó.

Jace echó la cabeza hacia atrás y se rio, al igual que el resto de los hombres que les rodeaban.

—Claro, si quieres perder un par de dedos. Si no, mejor que no. Es un lobo, no un perro.

La expresión de Deacon gritaba *¿cuál es la diferencia?*

Jace optó por ignorarlo.

—No se acaricia a los lobos, Deacon —aclaró Jace.

Gabe frunció el ceño.

—Un lobo sabría todo esto, ¿no?

Erik le dirigió a Jace una mirada cómplice que cuestionaba cómo iba a salir de esa.

Jace se encogió de hombros.

¿Qué demonios?

Los hombres iban a descubrirlo tarde o temprano. Quizá sería mejor si lo aprendían de él en lugar de tropezarse accidentalmente con la verdad.

—Acaba de convertirse en uno —admitió Jace—. Deacon fue atacado... transformado.

Esperó las largas y fuertes carcajadas, pero nunca llegaron.

En cambio, tanto Gabe como Danny miraron a Deacon con asombro en los ojos. Erik, por otro lado, seguía observándolo con escepticismo. Esto no le sorprendió. Erik era un cínico por naturaleza. Nunca creía en nada.

Danny dio un paso más cerca de Deacon y lo olió de nuevo. Lewis rápidamente rodó sobre su estómago y le gruñó una advertencia, así que retrocedió otra vez.

—¿Qué demonios? —Danny le lanzó una mirada furiosa a Lewis —. ¿Cuál es su problema?

Cuando Gabe se acercó un poco más a Deacon, Lewis gruñó más fuerte y le soltó un ladrido corto y brusco, mostrando los dientes.

Gabe se rio.

—Parece que Deacon tiene un nuevo guardaespaldas personal.

—Entonces, ¿es un lobo *convertido*? —preguntó Danny.

Jace sonrió alentadoramente a Deacon.

—Sí, lo es. El primero que he conocido. Deacon aquí presente lleva siendo un lobo menos de veinticuatro horas.

—¡Guau! —exclamó Danny.

El chaval prácticamente rebotaba sobre las puntas de sus pies.

—¡Eso es genial!

Cuando Jace echó un vistazo a su compañero, parecía estar tomando toda la atención con calma.

—¿Cómo ocurrió?

—¿Quién te transformó? —preguntaron Danny y Gabe al unísono.

Deacon se encogió de hombros.

—No recuerdo ningún detalle —dijo en voz baja—. Sólo sé que fui atacado después de salir del trabajo anoche, pero no recuerdo mucho más.

—Siempre supe que las historias eran ciertas —Danny no podía ocultar el asombro en su voz—. ¿Ya te has transformado en tu forma

de lobo?

Deacon negó con la cabeza.

—No.

—¿Puedo estar presente cuando te transformes por primera vez? —la voz de Danny crepitaba de emoción.

—Yo... —Deacon se encogió de hombros—. Supongo que sí.

—Tengo que decir que también me encantaría estar ahí para ver eso —afirmó Gabe.

—Y a mí —añadió Erik—. No me lo perdería por nada del mundo.

De forma egoísta, Jace quería ser el único presente cuando Deacon se transformara, pero no era su decisión.

Era la primera transformación de Deacon, su elección.

Deacon dirigió su siguiente pregunta a Jace.

—¿*Tengo* que transformarme? Es decir, ¿no puedo simplemente quedarme como humano por ahora?

Jace suspiró.

Esperaba que Deacon tuviera miedo de la transformación, pero había deseado equivocarse.

—Bueno, en primer lugar, ya no eres humano, Deacon, eres un cambiante lobo. No tienes que transformarte de inmediato, aunque la semana que viene hay luna llena. Normalmente, podemos transformarnos por decisión propia, cuando queramos, sin embargo, esa elección nos es arrebatada en la noche de luna llena.

—*Tenemos* que transformarnos. Tu cuerpo lo hará tanto si quieres como si no. Creo que sería buena idea que te cambiaras a tu forma de lobo antes de eso, para que sepas qué esperar cuando la luna te llame y no puedas resistir su atracción.

Deacon hizo una mueca.

—Creo que probaré suerte con la luna.

Jace suspiró.

—Supongo que es tu decisión.

Dejaría caer el tema por el momento, pero se hizo una nota mental para hablar con Deacon sobre ello de nuevo cuando estuvieran solos. Sería mucho más fácil para Deacon si permitiera que Jace le guiara a través de la transformación lentamente en lugar

de que le fuera impuesta en la luna llena. Podría entrar en pánico, y Jace no quería pensar en lo que podría suceder entonces.

Había oído historias de terror sobre cambiaformas que se quedaban atascados a mitad de la transformación, sus cuerpos deformados, congelados a medio camino entre un lobo y un hombre, sin parecerse ni comportarse como ninguno de los dos. Jace siempre había creído que esas historias eran mitos, pero también había pensado lo mismo sobre los lobos que habían sido convertidos, ¿no es así?

Y sin embargo, ahí estaba Deacon.

—Debes estar agotado —dijo Jace—. Vamos, entremos. Te prepararé algo de comer y luego podrás ducharte y descansar. ¿Qué te parece?

—Suena maravilloso, gracias.

Cuando Deacon encontró la mirada de Jace y sonrió cálidamente, algo dentro de Jace se derritió.

Jace le devolvió la sonrisa a su compañero y le guio hacia sus aposentos. La presentación de Deacon a algunos de los hombres no había ido tan mal como esperaba. Cuando miró por encima del hombro para asegurarse de que Deacon le seguía, se dio cuenta de que no era el único.

Frunció el ceño mirando a Lewis, que trotaba junto a los pies de Deacon.

—Creo que puedo encargarme desde aquí, gracias —gruñó Jace.

¿Cuál era el problema del lobo?

—Ve a molestar a otro.

Lewis le miró con unos grandes y tristes ojos amarillos.

No se movió ni un centímetro.

Deacon se rio. —Parece que Lewis también tiene hambre.

Jace miró al lobo con severidad. —Supongo que podemos darle algunas sobras.

Cuando se dio la vuelta y continuó hacia el comedor, un bajo gruñido en respuesta surgió de la garganta del lobo. Jace lo ignoró y siguió caminando. Al parecer, al lobo de Lewis no le gustaba ser ignorado porque continuó gruñendo. El sonido se hizo más y más

fuerte hasta que Jace perdió la paciencia y se dio la vuelta para decirle cuatro cosas a Lewis.

Pronto se dio cuenta de que Lewis no le estaba gruñendo a él. Siguió la mirada del lobo hasta el Coronel Hayder, el superior de Jace, que marchaba en su dirección, y no parecía contento.

Vaya mierda.

Jace seguía oficialmente de baja médica y no había tenido el permiso del Coronel Hayder para dirigir los equipos que había llevado a Las Vegas. Solo esperaba que el coronel no le regañara delante de los hombres.

El coronel era un hombre alto y corpulento con un corte de pelo a la antigua usanza, según el reglamento del ejército, y una personalidad aún más anticuada. Jace todavía no había visto sonreír al hombre.

—Coronel Hayder —Jace saludó a su oficial superior con un gesto de cabeza.

El coronel no reconoció el saludo.

—Ni siquiera vamos a entrar en qué demonios hacías en Las Vegas —tronó Hayder—, pero no creas que ha pasado desapercibido. Ahora, ¿qué es este rumor que has estado difundiendo sobre un lobo creado?

Jace respiró hondo e intentó ignorar el bajo gruñido de Lewis a sus pies.

—No es un rumor, señor. Deacon antes era humano.

—Tonterías. Pensé que sabrías que no debes dejar que algo tan dañino como esto se difunda por el campamento. ¿Sabes qué tipo de daño está causando a la moral de los hombres? Están asustados, y con razón.

—La mera idea es absurda. Es la razón misma del genocidio cometido contra nosotros por los humanos cuando descubrieron nuestra existencia.

—Soy muy consciente de eso, señor, pero no puedo evitar lo que sienten los hombres. El hecho es que Deacon era humano y ahora es un lobo. Fue atacado anoche y fue transformado.

El coronel miró a Deacon con cautela, luego dio un paso más cerca e inhaló profundamente.

El gruñido de Lewis se hizo más fuerte.

—¿Se te ha ocurrido que este nuevo lobo *siempre* fue un lobo? —preguntó Hayder.

Su voz estaba impregnada de sarcasmo.

Jace sintió la tentación de poner los ojos en blanco, pero resistió el impulso. No le caía bien el Coronel Hayder, aunque trataba de mostrar a su superior el respeto que su posición exigía.

—Sí, señor. Ese fue mi primer pensamiento en el hospital. Sin embargo, hablé con la doctora y...

—La doctora podría haber mentido.

—Eso es cierto, por supuesto, Coronel, y la razón misma por la que comprobé yo mismo los registros médicos de Deacon. He visto todo. Su certificado de nacimiento, sus registros de vacunación.

—A la edad de ocho años, tuvo una operación para curar un brazo roto. Si quiere echar un vistazo, señor, todavía tiene la cicatriz.

Jace asintió hacia Deacon y tras una breve vacilación, se subió la manga para mostrar a Hayder la cicatriz en cuestión. Los ojos del coronel casi se salieron de sus órbitas. Los lobos no tenían cicatrices, por supuesto. Cuando se lesionaban, sanaban completamente, sin dejar rastro alguno de la herida.

—Esto es imposible —murmuró Hayder, mirando fijamente el codo de Deacon.

Jace negó con la cabeza. —¿Altamente improbable? Sí. ¿Imposible? Creo que la presencia de Deacon aquí hoy como lobo confirma que no lo es.

—No lo entiendo. *¿Cómo* es esto posible? ¿Y qué hay del lobo que le atacó?

—Tengo un equipo en Las Vegas en este mismo momento buscando al lobo, señor. En cuanto tenga noticias, usted será el primero en saberlo.

Hayder asintió. —Muy bien. Llámame en cuanto tengas información.

El coronel negó con la cabeza con incredulidad y se giró para irse, pero en el último momento, pareció ocurrírsele algo. Se volvió y dio un paso más cerca de Deacon hasta que estuvieron prácticamente nariz con nariz.

Entrecerró los ojos.

—No me fío de esto —siseó—. No me fío de *ti*. Hay algo siniestro ocurriendo aquí y creo que tú estás detrás. Tengo la intención de averiguar exactamente qué es, y si resulta que nos has engañado de alguna manera, tu vida no valdrá nada.

—¿Me he explicado con claridad?

Lo que sucedió a continuación ocurrió tan rápido que Jace fue incapaz de hacer nada para evitarlo. El gruñido de Lewis se volvió positivamente feroz. Retractó sus labios y mostró sus colmillos al coronel. Ladró solo la más breve de las advertencias antes de mordisquear la mano de Hayder.

El coronel gritó y saltó hacia atrás, mirando con furia a Lewis.

—¡Maldito chucho! —escupió Hayder.

Lewis no le había mordido fuerte y el corte no era profundo, pero la mordedura había sido lo suficientemente dura para romper la piel y hacer brotar sangre. El líquido espeso y oscuro se acumuló en el corte y el olor llenó el aire a su alrededor.

Deacon jadeó.

Cuando Jace se giró, vio que los ojos de su compañero habían cambiado a su forma de lobo y, mientras observaba, unos incisivos largos y afilados se liberaron de las encías de Deacon. La mirada de su compañero estaba fija en el corte de la mano de Hayder, y se relamió los labios, apareciendo un brillo depredador en sus ojos.

Todo su cuerpo empezó a temblar y a iniciar su primera transformación.

Capítulo Seis

—Ay, mierda. Va a transformarse.

Jace agarró a Deacon por los hombros e intentó que lo mirara a los ojos.

—Deacon, ¿puedes oírme? Necesitas calmarte, ¿vale? Concéntrate.

Jace no conseguía conectar con su pareja.

Sus ojos estaban vidriosos, como desenfocados. Estaba completamente perdido en la sed de sangre que había tomado el control de su mente. El temblor se hizo cada vez más intenso hasta que comenzó a convulsionar, con todo su cuerpo sacudido por fuertes espasmos. Deacon echó la cabeza hacia atrás y aulló.

—¿Es su primera transformación? —preguntó Hayder.

Sus ojos estaban abiertos de par en par y llenos de pánico.

Dio unos pasos hacia atrás.

—Sí —respondió Jace secamente.

Lewis gimió y se acurrucó a sus pies, mirando a Deacon desde detrás de una gran pata.

Las manos de Deacon se convirtieron en garras que se clavaron en la piel de Jace, cortándolo donde se aferraba, pero Jace no lo soltó. Los huesos, tendones y músculos de Deacon comenzaron a reordenarse y su ropa se desgarró por las costuras.

—Ha ido demasiado lejos —dijo Hayder—. No podrá detener la transformación ahora.

Menuda obviedad.

Jace observó horrorizado cómo su pareja gritaba.

La primera transformación siempre era dolorosa, más aún si el lobo la combatía.

Finalmente, Jace tuvo que retroceder y soltar a su pareja porque Deacon temblaba tan violentamente que no podía seguir sujetándolo.

—Está bien, Deacon —dijo Jace con calma—. Sé que es doloroso, pero lo estás haciendo muy bien.

Deacon cayó de rodillas.

El repugnante sonido de huesos quebrándose hizo estremecer a Jace. Quería apartar la mirada, pero no podía quitar los ojos del cuerpo retorcido de Deacon. Deseaba poder hacer algo para aliviar su dolor, sin embargo, no había nada que *pudiera* hacer. Deacon simplemente tenía que aguantar.

Su próxima transformación sería más fácil.

Eso esperaba Jace.

—Eso es, Deacon —lo tranquilizó—. Simplemente déjate llevar. Relájate y estarás bien. Te lo prometo.

Deacon gruñó y volvió a gritar cuando otra oleada de dolor atravesó su cuerpo. Un grupo de hombres se había reunido alrededor de ellos, todos observando la transformación de Deacon con expresiones ansiosas pero vacilantes. El miedo y la incertidumbre emanaban de ellos en oleadas. Flotaba denso en el aire. Llamaba al lobo de Jace y le hacía querer aullar, transformarse y cazar.

Jace quería gritarles a los hombres que se ocuparan de sus propios asuntos, pero no podía culparlos, no realmente. Sabía que si le estuviera sucediendo a cualquier otra persona que no fuera su pareja, él también tendría curiosidad. Sin embargo, *le estaba* sucediendo a su pareja, y, aunque Jace lo acababa de encontrar, el vínculo que compartían hacía que le resultara increíblemente doloroso presenciar la transformación de Deacon.

La ropa de Deacon se desprendió de su cuerpo mientras sus huesos se alargaban. Algo no estaba del todo bien. La transformación de Deacon no progresaba como una transformación normal. Era diferente a cualquier otra que Jace hubiera presenciado antes. Su cuerpo no cambiaba de la manera habitual. En lugar de que su espalda se doblara y arqueara, adoptando la forma de lobo, se estiró y permaneció recta, erguida.

El pelaje brotó de cada centímetro de su piel, y su rostro cambió de forma. Sus dedos se alargaron convirtiéndose en garras. El resto de su cuerpo, sin embargo, permaneció casi sin cambios. Jace no podía creer lo que estaba viendo. Deacon se estaba transformando en algo propio de cuentos de hadas y viejas películas de Hollywood.

Una especie de criatura mitad hombre, mitad lobo que casi duplicó su tamaño original para cuando completó la transformación.

Era una visión impresionante pero terrible al mismo tiempo y aterradora.

—Dios mío —susurró Danny—. Mírale.

Jace *estaba* mirando; no podía hacer otra cosa que mirar, igual que todos los demás en el recinto que habían venido a observar. La mayoría de los hombres estaban retrocediendo, distanciándose de Deacon, pero Jace no lo hizo.

Se acercó, lenta y cuidadosamente, extendiendo su mano.

—¿Deacon? —preguntó con vacilación.

Deacon lo ignoró, su mirada girando frenéticamente sobre todos los hombres, y entonces soltó un rugido descomunal que habría hecho competencia a Gabe. El coronel Hayder chilló y saltó hacia atrás. El movimiento captó la atención de Deacon, que se volvió hacia el coronel, con otro gruñido fuerte y feroz desgarrando su garganta mientras avanzaba.

Jace se interpuso entre ellos y colocó una mano en el pecho de Deacon para detenerlo.

—Cálmate, Deacon —dijo Jace—. No quieres hacerle daño al coronel.

Deacon se volvió hacia Jace y frunció el ceño. La expresión parecía extraña en su rostro mitad hombre, mitad lobo.

—¿Por qué quiero comérmelo?

—¡Puede hablar! —exclamó Danny.

Jace ignoró el comentario. Tenía que admitir que también estaba asustado de que Deacon pudiera hablar en su forma de lobo.

—Es natural —le dijo a Deacon—. Solo es tu instinto de lobo. No le harás daño.

La boca de Deacon se curvó en una mueca de desprecio.

—¿No lo haré?

Dio un paso más cerca de Hayder y Jace no pudo dejar de notar el escalofrío que recorrió el cuerpo del coronel.

—¿Por qué no vienes conmigo? —preguntó Jace—. Puedo darte algo de comer si tienes hambre.

Agarró la mano de Deacon e intentó apartarlo suavemente de Hayder. Deacon parecía tener dificultades para decidir qué quería más, pero luego se inclinó cerca del oído de Jace como si estuviera a punto de susurrarle algo. En circunstancias normales, Jace no habría permitido que otro lobo se acercara tanto a su yugular. Los lobos nuevos podían ser volátiles. Pero Deacon era su pareja y, por muy loco que pareciera, no le temía.

Deacon presionó su nariz contra el punto de pulso en el cuello de Jace, y un sonido bajo y lastimero, casi como un ronroneo, escapó de él.

—Mmm. Hueles bien —susurró Deacon contra su piel.

Su voz era grave, gruñona; sonaba completamente diferente a su voz en forma humana.

El corazón de Jace empezó a latir más deprisa y no tenía ningún control sobre su polla, que comenzó a endurecerse dolorosamente. El olor de la excitación era intenso para los lobos, y Deacon debió de notar el cambio en su aroma porque gruñó y su lengua se deslizó para lamer el cuello de Jace con movimientos tortuosamente lentos.

Jace casi se corrió.

—También sabes bien —gruñó Deacon.

—¿Tú... tú también quieres comerme? —preguntó Jace.

Deacon se apartó y miró fijamente a Jace.

Había fuego en sus ojos.

Un deseo ardiente.

Era lo más sexy que Jace había visto en su vida.

—No —respondió Deacon—. A *ti* quiero follarte.

Capítulo Siete

Deacon gimió, cerró los ojos y apoyó la frente contra el espejo del baño.

—¡Mírame! ¡Soy una especie de monstruo!

—No lo eres —protestó Jace—. Admito que tu forma de lobo es... inusual, pero no es horrible. De hecho, eres bastante... sexy.

Deacon miró por encima del hombro hacia donde Jace estaba de pie justo dentro de la puerta del baño.

—¿Crees que *esto* es sexy? —preguntó, señalando su cara—. Entonces debes tener gustos muy raros, Capitán.

Jace puso los ojos en blanco.

—Creo que eres sexy porque...

—¿Porque qué? Para mí, esta es una cara que ni una madre podría querer.

—¿Quieres dejar esa mierda?

Jace entró en la habitación y se colocó frente a Deacon.

—Deja de menospreciarte. Esto va a llevar tiempo acostumbrarse, pero si me preguntas, eres bastante increíble.

Deacon estudió el rostro de Jace.

O era un jugador de póker excelente o estaba diciendo la verdad. Y, habiendo trabajado en el casino durante los últimos diez años, había conocido a algunos jugadores de póker bastante buenos.

Deacon no podía entenderlo.

Simplemente estar tan cerca de Jace era reconfortante. Y, madre mía, estaba empalmado. El aroma de Jace parecía llamarle. No pudo resistirse a inclinarse de nuevo y aspirar su olor, tal como había hecho fuera.

Gimió.

El olor hizo que su polla se endureciera aún más, si eso era posible.

¿Qué tenía este hombre que le resultaba tan atractivo? Quería follárselo con fuerza o que él se lo follara. Cualquier cosa. No importaba mientras hubiera algún tipo de follada de por medio, y si

la expresión en la cara de Jace era una indicación, él quería lo mismo.

Ese deseo había estado en los ojos de Jace desde el momento en que lo vio por primera vez en el hospital, sentado junto a su cama. Había visto esa hambre en los ojos de otros hombres antes, y él mismo había tenido esa expresión alguna que otra vez.

Jace le deseaba.

No había mucha duda en la mente de Deacon sobre eso. Pero cuando miró hacia abajo, a su cuerpo cubierto de pelo, dejó escapar un largo suspiro, con los hombros caídos.

—¿Me voy a quedar así? ¿Voy a ser así para siempre?

Su voz era tranquila y más quejumbrosa de lo que nunca la había oído.

Esperaba por Dios que Jace dijera que no, porque no podía quedarse así.

Jace sonrió.

La expresión era cálida y no había rastro de condescendencia.

—No, no lo creo. Tu lobo está ansioso y no te permitirá cambiar de vuelta hasta que te calmes. La transformación suele ser difícil las primeras veces. Tienes que estar relajado durante el proceso o podría haber... complicaciones.

—Joder.

Deacon tenía miedo de preguntar qué tipo de complicaciones podrían surgir.

Pensó que sería mejor no saberlo.

—¿Me ayudarás? —preguntó.

—Por supuesto. Te guiaré y estaré contigo en cada paso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Deacon, sintiéndose algo aliviado.

Entonces se le ocurrió un pensamiento.

—¿Cuándo te transformaste por primera vez?

No sabía mucho sobre los cambiantes, aparte de las cosas que había visto en las noticias.

—Normalmente nos transformamos tan pronto como llegamos a la pubertad —dijo Jace—. Yo tenía doce años la primera vez. Fue... incómodo. Pero mejoró. También mejorará para ti.

Jace tomó la mano de Deacon y luego lo guió hasta el dormitorio.

—Vamos, esto será más fácil si te sientas en la cama. Estarás más cómodo.

Deacon dejó que Jace lo llevara a la cama, deleitándose con el contacto de sus manos entrelazadas. Le gustaba que Jace le tocara, le gustaba estar cerca de él. Sentía que podía hacer cualquier cosa mientras Jace le sujetara la mano. Era un pensamiento extraño. Deacon nunca había confiado en nadie en su vida, nunca había querido depender de nadie, pero quería depender de Jace.

Se sintió decepcionado cuando Jace soltó su mano y se sentó en la cama, frente a él.

—¿Estás listo para esto? —preguntó Jace.

Deacon asintió e intentó calmarse tanto como le fue posible.

—Solo concéntrate en tu respiración. Respiraciones profundas y tranquilas por mí, ¿vale? Cuando estés listo, piensa en tu cuerpo con forma de hombre otra vez.

—No pienses exactamente en la transformación, solo en cómo te ves como hombre. Piensa en tus piernas cubiertas de vello en lugar de pelaje, piensa en tener uñas en lugar de garras.

Jace puso su mano en la rodilla de Deacon, y se volvió casi imposible pensar en otra cosa que no fuera lo mucho que deseaba que Jace no dejara de tocarlo. Intentó concentrarse en su respiración e hizo lo que Jace le había indicado.

Lo siguiente que supo Deacon fue que sus huesos se estaban acortando hasta recuperar su forma humana. Dolía, pero la transformación de vuelta solo tomó un par de minutos, afortunadamente, y no dolió tanto como la transformación inicial.

Cuando todo terminó, Deacon estaba tan agotado que parecía haber terminado de correr una maratón.

—¿Cómo te sientes ahora?

Deacon estaba tumbado boca arriba con el brazo sobre la cara. Lo apartó y, cuando abrió los ojos, Jace estaba inclinado sobre él, con una sonrisa casi orgullosa en su rostro.

—Increíblemente cansado.

—Si quieres descansar, puedo dejarte solo unas horas —dijo Jace —. Para que duermas.

Comenzó a levantarse de la cama, así que Deacon rápidamente negó con la cabeza.

—No. No te vayas.

Sabía que era estúpido, pero la idea de que Jace le dejara solo provocó un breve destello de pánico en su pecho. ¿Qué demonios tenía este hombre que le afectaba tanto? Estudió el rostro de Jace. Era atractivo, eso seguro. De hecho, era exactamente el tipo de hombre al que Deacon habría ido a por él si alguna vez hubiera tenido esa suerte, cosa que por regla general no tenía.

Jace tenía un rostro fuerte, varonil y perfectamente simétrico, y un cabello castaño, grueso y ondulado que era ligeramente más largo que el corte militar estándar. Tenía un bronceado uniforme que hacía que el blanco de su camiseta pareciera extra brillante. Se ajustaba perfectamente sobre lo que parecía ser un impresionante conjunto de abdominales. Era ligeramente ancho de hombros y sus fuertes brazos estaban marcados con músculos. Deacon se relamió mientras seguía la línea del cuerpo de Jace más allá de un estómago plano que conducía a unas caderas anchas y piernas fuertemente musculadas.

—Joder, estás buenísimo —soltó Deacon de golpe.

Se maldijo por el maldito filtro defectuoso que tenía para sus pensamientos, pero no podía evitarlo cuando estaba con Jace. Era como si no pudiera mentirle, como si se sintiera obligado a compartir con él todo lo que pasaba por su mente.

Jace se rio entre dientes. —Tú también estás impresionante.

Habría sido fácil tomar el cumplido con escepticismo si no fuera por los ojos de Jace cuando lo dijo.

La sinceridad e intensidad que brillaban en ellos eran inconfundibles.

El calor de un sonrojo se extendió por la cara de Deacon.

—Gracias —dijo, apartando la mirada de los ojos de Jace.

Solo después de que Deacon se permitiera pensar en cómo debía aparecer ante Jace, recordó que estaba completamente desnudo y

muy excitado. Sus mejillas se sonrojaron aún más y puso las manos sobre su regazo para intentar cubrirse.

—No lo hagas —dijo Jace—. No te escondas de mí. Me gusta mirarte. Podría mirarte toda la maldita noche, de hecho. Me pone duro. Me hace desearte.

Jace agarró las manos de Deacon y las apartó para que su polla fuera visible de nuevo. Cuando ambos miraron hacia abajo, esta se sacudió bajo el escrutinio y Deacon se rio. El líquido preseminal se filtró por la hendidura y goteó por el glande.

Gimió.

Estaba tan desesperado por aliviarse que casi dolía. Por instinto, cerró su mano derecha en un puño y la envolvió alrededor de sí mismo. Se acarició unas cuantas veces, echando la cabeza hacia atrás.

Se sentía malditamente bien.

—Eso es jodidamente excitante. —Jace movió su mano hacia abajo para presionar el talón contra su propia erección.

Siseó.

—Pero quiero hacer algo más que solo mirar. ¿Puedo? ¿Puedo chuparte la polla, Deacon?

Un gemido bajo se arrancó de la garganta de Deacon. —Sí. Dios, sí. Por favor —suplicó—. Por favor, chúpamela.

Jace no perdió tiempo.

Apartó la mano de Deacon y, sin preámbulos, metió la polla dura y palpitante de Deacon en su boca y la llevó hasta la base, tragando alrededor del glande.

Deacon dejó escapar un gemido ahogado.

Casi descargó toda su corrida en la garganta de Jace en ese mismo instante. La boca de Jace se sentía increíble envuelta alrededor de su longitud. Mantuvo la presión firme mientras subía y bajaba, chupando con fuerza en cada pasada y añadiendo ocasionalmente un roce de dientes.

Jace gimió alrededor de su polla y las vibraciones se sumaron a la sensación ya de por sí increíble. Jace tenía su propia polla fuera y se estaba masturbando al ritmo de los movimientos de su boca sobre la polla de Deacon.

No podía apartar la mirada de la acción.

Era difícil decidir qué quería mirar más: la mano de Jace tirando de sí mismo o su propia polla desapareciendo en la boca del lobo. Lo primero que Deacon había notado era que la polla de Jace no estaba circuncidada. Era gruesa y larga y, mientras su mano deslizaba el prepucio arriba y abajo, Deacon desesperadamente quería saber cómo se sentiría deslizándose dentro y fuera de su boca...

O incluso mejor...

—Quiero que me folles —dijo antes de poder convencerse de lo contrario—. Joder, quiero estar a cuatro patas y que metas esa preciosa polla en mi culo.

Jace soltó la polla de Deacon con un sonoro pop y gruñó.

El sonido fue bajo y tenía un matiz peligroso.

Se puso de rodillas entre las piernas de Deacon y lo miró directamente a los ojos.

—Más te vale estar seguro de que eso es lo que quieres, porque no voy a ser suave contigo, ¿entiendes? Voy a reclamarte y voy a ser implacable. Cuando te folle, va a ser duro, va a ser intenso y no voy a parar hasta que mi semen esté goteando de tu agujero, ¿lo has pillado?

Deacon jadeó. —¿Quieres follarme a pelo?

—Es la única forma en que te voy a follar —respondió Jace—. Quiero mi semilla en tu culo. Y puedes olvidarte de pillar algo si es eso lo que te preocupa. Los lobos no pueden contraer ni transmitir ninguna enfermedad.

Deacon había oído eso sobre los lobos, pero nunca había estado seguro de si era solo otro rumor. Dejó que las palabras de Jace penetraran y gimió.

—Nunca lo he hecho a pelo —susurró, gustándole la idea más de lo que podía expresar con palabras.

Jace había comenzado a masturbarse de nuevo, esta vez manteniendo la mirada de Deacon mientras trabajaba su polla.

Mientras Deacon observaba, pensaba en lo bien que se sentiría tener esa polla monstruosa estirando su agujero, empujando dentro de él una y otra vez. Siempre le había gustado que lo follaran, aunque con Jace era más que la necesidad básica de correrse. Se

sentía atraído hacia él de una manera que no podía entender. Y le había gustado lo que Jace había dicho sobre reclamarlo también.

De alguna manera, se sentía correcto.

Se puso de rodillas, luego se inclinó y lamió un camino hacia arriba por la polla de Jace, girando su lengua alrededor del glande. Atrapó la gota de líquido preseminal que se había acumulado en la hendidura y gimió cuando el increíble sabor de Jace estalló en su lengua. Jace metió sus puños en el cabello de Deacon, manteniéndolo en su lugar.

A Deacon nunca le había gustado ser dominado antes, pero con Jace, eso era exactamente lo que quería. Quería que Jace sujetara su cabeza mientras follaba su boca. Solo el pensamiento lo tenía listo para estallar, y gimió alrededor de la polla de Jace.

—¿Te gusta eso?

Jace tiró de su pelo un poco más mientras empujaba profundamente.

Deacon intentó asentir, pero tuvo que conformarse con un sonido más cercano a un gemido lastimero que a cualquier otra cosa. Afortunadamente, Jace captó el mensaje. Tal como Deacon quería, Jace sostuvo su cabeza con ambas manos mientras empujaba cada centímetro de su polla en la boca de Deacon. Era larga además de gruesa, y con cada embestida golpeaba la parte posterior de su garganta, haciendo que tragara alrededor del glande o se ahogara.

Era increíble.

Deacon lamió y chupó con todas sus fuerzas, queriendo dar placer a Jace tanto como pudiera. Era más importante para él que satisfacer sus propias necesidades. Y tenía un intenso deseo de ser el mejor que Jace hubiera conocido jamás.

—Eso es, cariño —arrulló Jace—. Tómala toda. ¿Te gusta que te folle la boca, Deacon? Un día muy pronto voy a correrme en esa bonita boca tuya. Hoy no, sin embargo. Hoy quiero ese culo. No puedo esperar para meter mi polla bien profundo dentro de tu estrecho culo.

Jace sonaba como si debiera estar en el set de una película porno y, aunque a Deacon nunca le había importado mucho el habla sucia antes, con Jace era diferente. Sus palabras encendían a

Deacon y así, sin más, estaba al borde, preparado y listo para correrse. Bajó la mano y se dio un tirón, solo uno, antes de correrse con fuerza, su orgasmo atravesando su cuerpo con una fuerza tremenda. Su semen salpicó su estómago y, mientras las réplicas lo sacudían, Jace se volvió loco, follándole la boca más fuerte y más rápido antes de retirarse bruscamente.

—¡Joder! Eso fue jodidamente *caliente* —dijo Jace—. Casi me corro solo de verte disparar tu carga. Déjame ver el desastre que has hecho.

Deacon se puso de rodillas de nuevo hasta quedar hombro con hombro con Jace. Miró hacia abajo para ver el semen que pintaba su estómago. Jace pasó sus dedos a través de él y luego se los llevó a la boca, chupando con avidez.

Gimió. —Sabes bien, muy bien. Espero que estés listo para mí porque voy a follarte ahora. Ponte a cuatro patas, con el culo en el aire.

Deacon se apresuró a obedecer.

Se giró para mirar hacia el cabecero y, tal como le habían indicado, se puso a cuatro patas, con la cabeza hundida en la almohada, su culo elevado y presentado a Jace para que hiciera lo que quisiera con él.

A Deacon le gustaba duro.

Dudó si decírselo a Jace, pero pensó que no era necesario. Tenía la sensación de que duro era exactamente como lo iba a conseguir. Su polla comenzó a llenarse de nuevo anticipándose, como si tuviera mente propia y fuera consciente de lo que venía. Cuando nada más ocurrió, miró por encima de su hombro para ver qué estaba pasando.

Jace se había quitado la camiseta y los pantalones, luego subió de nuevo a la cama y colocó una mano en el culo de Deacon. Jace lo mantenía abierto con una mano y se acariciaba con la otra.

—Eres jodidamente hermoso, Deacon, ¿lo sabes? Ahora mira hacia delante y ni se te ocurra poner una mano en esa bonita polla tuya hasta que yo te lo diga, ¿entendido?

—Vale.

Deacon se giró rápidamente y volvió a su posición original, con la cabeza hundida en la almohada.

Un momento después, Jace escupió en su agujero y luego deslizó su lengua sobre él, empujando la saliva hacia dentro. Deacon se deshizo. Gritó, gimió y se retorció, elevando el culo hacia la boca de Jace, tratando de conseguir más de su cálida y húmeda lengua dentro de él.

—Quédate quieto —ordenó Jace, sus dedos clavándose en la carne del culo de Deacon mientras trataba de mantenerlo en su sitio para poder follarlo con su lengua.

La empujó dentro del agujero de Deacon, metiéndola hasta donde podía antes de sacarla y lamer alrededor del tenso anillo de músculo, que se volvía cada vez más flojo cuanto más lo lamía Jace. Sin previo aviso, Jace empujó un dedo en su culo y Deacon gritó, sus músculos contrayéndose y tratando de succionar el dedo más adentro.

Jace esperó a que se relajara y, cuando lo hizo, deslizó el dedo dentro y fuera mientras lamía alrededor del borde. Lo folló con él durante un par de minutos antes de curvarlo dentro y rozar su glándula.

—¡Sí! —gritó Deacon, sus caderas moviéndose aparentemente por voluntad propia mientras trataba de conseguir más del dedo dentro de su culo, trataba de hacer que Jace lo follara más fuerte, que golpeara su próstata una y otra vez.

Necesitaba más, quería...

—¡Fóllame! Por favor, Jace. Métela. La necesito.

Deacon nunca había sido tan necesitado, tan desesperado.

Deseaba a Jace como no había deseado a ningún otro.

Jace retiró su dedo y dejó caer la palma de su mano sobre el culo de Deacon. Deacon gritó por el escozor, pero, a medida que el calor comenzaba a extenderse, quería más.

—¡Sí! —gritó—. ¡Otra vez, por favor!

—Eres bastante exigente, ¿verdad?

Deacon levantó su culo más alto en el aire, suplicando con su cuerpo que Jace le azotara de nuevo. No tuvo que esperar

demasiado. La segunda vez que Jace bajó su mano fue en el mismo lugar, más fuerte que antes.

Otro grito.

Su polla estaba dura como una roca de nuevo. Estaba desesperado por acariciarla, pero Jace le había dicho que no podía tocarla y la necesidad imperiosa de hacer lo que Jace quería era lo único en lo que podía pensar. Deacon de repente entendió con una claridad cegadora que caminaría sobre brasas ardientes por este hombre, incluso moriría por él. La realización fue dura y un sollozo escapó de sus labios. No sabía por qué ni cómo, solo reconocía que Jace lo era todo para él.

¿Cómo podía ser?

Acababan de conocerse.

No importaba; Jace era suyo. Lo sabía tan seguro como sabía su propio nombre.

Sus piernas comenzaron a temblar. No sabía cuánto tiempo más podría permanecer de rodillas. No tuvo que preocuparse por mucho tiempo, porque oyó el sonido de la tapa del lubricante abriéndose detrás de él y luego el ruido húmedo y viscoso del lubricante siendo untado en la polla de Jace.

La anticipación lo estaba matando.

—¿Por favor?

—Esperarás hasta que yo esté listo, Deacon —dijo Jace, golpeando su culo de nuevo, esta vez en la otra mejilla.

Gimoteó.

—Tan bonito —susurró Jace, pasando su mano sobre el globo ardiente de su nalga—. Tan jodidamente bonito. C...

Deacon no captó bien la última palabra.

Pensó que podría haber sido compañero. Jace también había dicho eso en el hospital. Probó la extraña palabra en su lengua.

—Compañero.

Jace soltó un gemido ahogado y empujó la cabeza de su polla dentro del culo de Deacon.

Deacon gritó.

Escocía.

Jace se quedó quieto y después de un momento la aguda punzada de dolor retrocedió y Deacon estaba listo para más, lo necesitaba todo. Trató de empujar su culo hacia atrás, de follarse a sí mismo con la polla de Jace, pero Jace no se lo permitió.

Lo mantuvo en su lugar por las caderas.

—Dilo otra vez —ordenó Jace—. Más alto esta vez.

—¿Eh? —Deacon apenas podía recordar qué día era, y mucho menos lo que se suponía que debía decir; solo sabía que quería más de la polla de Jace dentro de él.

—Compañero. Dilo otra vez.

Deacon gimoteó y trató desesperadamente de empujar hacia atrás, de conseguir más de la polla de Jace. —Compañero —dijo en voz baja. Luego otra vez, más alto y con más convicción—: Compañero.

Jace gruñó y metió el resto de su polla dentro.

—Eres mío —dijo, presionando sus caderas firmemente contra el culo de Deacon—. Todo mío.

Deacon no pudo hacer otra cosa que asentir y gimotear y murmurar palabras sin sentido... excepto una. Había una que tenía sentido para él.

—Tuyo.

Jace comenzó a follarlo entonces, sacando casi todo su miembro antes de embestir de nuevo en su interior, cada embestida más profunda que la anterior. No podía creer que la polla de Jace estuviera dentro de él sin condón; se sentía tan caliente y tan correcto que no podía imaginar tener que usar un preservativo de nuevo.

Pensó que no lo necesitaría.

No si solo iba a ser Jace quien lo follara, y era solo a Jace a quien deseaba desde ese momento. Ahora que lo había tenido, nadie más le serviría.

Jace se inclinó sobre Deacon hasta cubrir su espalda y presionarlo contra el colchón. Tumbado sobre él, continuó follándolo, levantando sus caderas y bajándolas con fuerza, penetrándolo sin descanso y llevándolo a lugares donde nunca había estado antes. Podía sentir su segundo orgasmo construyéndose, pero ni siquiera

podía tocarse la polla. Estaba atrapada debajo de él, frotándose deliciosamente contra las sábanas mientras Jace golpeaba su próstata en cada embestida.

El sudor goteaba por la frente de Deacon mientras Jace seguía follándolo.

Intentó levantar las caderas para conseguirlo más fuerte, para hacer que Jace llegara más profundo y para que fuera mejor para él, pero no había mucho que pudiera hacer. Jace estaba sujetando sus caderas y moviéndose a su propio ritmo.

Jace tenía el control y Deacon amaba cada segundo de ello.

—Tu culo es tan caliente, cariño... tan estrecho, perfecto para mí —le dijo Jace mientras lo llevaba cada vez más alto, haciéndole sentir como si pudiera volar—. ¿Te gusta que te folle?

—¡Dios, sí! —gritó Deacon—. Se siente tan bien, Jace, nunca quiero que termine. Quiero que sigas follándome. Siempre.

Jace detuvo sus caderas y se quedó muy callado, y Deacon se maldijo por abrir su bocaza. ¿Por qué demonios había dicho eso? No quería asustar a Jace. Era demasiado pronto para decir mierdas como esa incluso en el calor del momento, ¿no?

—¿Es así como te sientes? —preguntó Jace en voz baja—. ¿Quieres ser mío para siempre?

Deacon gimoteó; no sabía cómo responder. No sabía qué decir para que Jace volviera a follarlo, para que todo estuviera bien.

—Porque eso es lo que yo quiero —dijo Jace—. Quiero que seas mi pareja de por vida. ¿Crees que puedes con eso? ¿Cómo te sentirías si fuéramos solo tú y yo, para siempre?

Deacon giró la cabeza para que sus labios estuvieran cerca de los de Jace, aunque con la posición en la que estaban no podía mirarlo a los ojos.

—Sí —suspiró—. Quiero eso. Quiero ser tuyo, para siempre.

Jace capturó su boca entonces, forzando su lengua entre sus labios y empujándola dentro de la boca de Deacon. El beso era tan dulce y Jace sabía tan bien que Deacon no quería que terminara. Cuando Jace se echó hacia atrás y comenzó a mover sus caderas, deslizándose dentro y fuera del culo de Deacon con un renovado sentido de propósito, Deacon difícilmente podía quejarse.

Las embestidas comenzaron suavemente, a un ritmo más lento que antes, aumentando en velocidad e intensidad hasta que Jace estaba embistiendo con sus caderas contra el culo de Deacon, golpeando su glándula y haciéndole gritar de puro placer.

Deacon estaba fuera de sí de placer, completamente perdido en las sensaciones y las emociones que lo abrumaban. Jace gruñía sobre él, el sudor goteando sobre la nuca de Deacon.

Entonces la presión comenzó a acumularse en la ingle de Deacon, pequeñas sensaciones que se hicieron más grandes y poderosas hasta que de repente hubo algo que Deacon quería más que cualquier otra cosa, algo que era más urgente que la necesidad de correrse, pero ¿cómo podía pedírselo a Jace? Ni siquiera podía entender por qué lo quería, solo sabía que lo hacía y la necesidad en él se volvió tan absorbente que pensó que podría desmayarse de tanto desearlo.

—Jace... —suplicó, todavía sin poder expresar su deseo.

Jace gruñó y lo folló más fuerte.

Se inclinó y lamió un camino por el cuello de Deacon y eso casi fue suficiente, pero no del todo.

Dios, lo necesitaba.

—Por favor.

—Dime qué quieres, Deacon —gruñó Jace.

Lo lamió de nuevo y Deacon emitió un sonido agudo y lastimero.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó Jace.

La tercera vez que Jace pasó su lengua sobre la vena en el cuello de Deacon, añadió un roce de dientes—. ¿O quieres esto, eh? ¿Quieres que te haga mío?

—¡Sí! —gritó Deacon—. ¡Dios, sí! ¡Por favor, Jace. ¡Muérdeme! ¡Por favor! ¡Hazme tuyo!

Deacon no podía entender por qué la idea de que Jace lo mordiera le atraía tanto. No sabía cómo lo sabía, pero estaba seguro de que si Jace lo mordía todo estaría bien y finalmente podría correrse.

El gruñido que salió de la garganta de Jace entonces habría asustado a Deacon si no hubiera estado tan fuera de sí con la necesidad de correrse y el desesperado anhelo de que Jace lo

mordiera. El gruñido sonaba como un animal salvaje, algo feroz, algo peligroso.

Era lo más caliente que Deacon había escuchado jamás.

Jace se volvió aún más salvaje, follándolo con tal abandono que Deacon apenas podía aguantar el ritmo. Cada embestida se sentía como si fuera más profunda y más dura que la anterior. Su orgasmo estaba cerca, cada vez más próximo, pero aún no llegaba.

Necesitaba... algo.

Aunque lo había pedido, Deacon no estaba de ninguna manera preparado para la punzada de dolor que sintió cuando los afilados incisivos de Jace perforaron su piel. Gritó tanto por la sorpresa como por el dolor, agarrando las sábanas debajo de él con sus manos apretadas.

Entonces ocurrieron dos cosas a la vez.

Jace comenzó a extraer sangre de su cuello y el dolor se transformó en otra cosa, algo intenso, algo bastante maravilloso.

Al mismo tiempo, Jace se corrió.

Su grito fue amortiguado por el cuello de Deacon, pero su polla se hinchó dentro de su culo y liberó su carga, disparando su contenido caliente en su interior.

Fue demasiado para Deacon.

El mordisco, la polla de Jace presionando su próstata y llenando su culo con calor líquido, el roce de su propia polla contra las sábanas debajo de él... Todas las sensaciones se combinaron para propulsarlo a la órbita y echó la cabeza hacia atrás contra el cuello de Jace y gritó su liberación, su semen empapando las sábanas y cubriendo su estómago.

Todavía estaba temblando y sacudiéndose cuando Jace liberó sus dientes de su cuello y lamió la marca del mordisco antes de desplomarse sobre él con un suspiro fuerte y satisfecho.

Deacon estaba sin fuerzas.

Nunca le habían follado así en su vida. Sabía que no volvería a pasar, a menos que fuera Jace quien lo follara, pero tenía la clara sensación de que eso no sería un problema. Jace parecía tener la misma necesidad insana que él. Eran una pareja perfecta en todos los sentidos.

Era casi como si hubieran sido hechos el uno para el otro.

—Compañero —susurró Jace en el cabello de la nuca de su cuello —. Mío.

Deacon estaba a punto de quedarse dormido, con las palabras percolando en su mente cuando alguien llamó a la puerta de su habitación.

—¿Qué ocurre? —llamó Jace.

Su polla aún estaba enterrada dentro del culo de Deacon y se deslizó hacia fuera cuando Jace se movió a un lado para mirar la puerta cerrada.

—Capitán, acabamos de recibir una llamada del equipo en Vegas. Ha habido otro ataque.

Deacon no reconoció la voz como la de uno de los hombres que había conocido antes.

Suspiró.

Había estado deseando una siesta acurrucado en los brazos de Jace y luego quizás ir a buscar algo de comida en las cocinas. Con la suerte que había tenido últimamente, debería haberlo sabido mejor.

—¡Maldita sea! —gruñó Jace.

Saltó de la cama y agarró sus pantalones.

—¡Salgo enseguida!

Capítulo Ocho

Jace marchó por el pasillo con Deacon a su lado y Lewis siguiendo los pasos de Deacon. Lewis aún estaba en su forma de lobo, esperándoles fuera de la puerta de Jace cuando salieron. Había querido regañar a Lewis, aunque una parte de él se alegraba de que Deacon tuviera un protector en el santuario aparte de él.

Jace había querido que su pareja se quedara en la habitación, pero Deacon había insistido en acompañarle y Jace no había podido disuadirle. Sabía que no podía mantener a Deacon encerrado en su habitación para siempre, por mucho que quisiera. Deacon necesitaba familiarizarse con el complejo y le vendría bien socializar con los hombres de la base. Cuanto más le vieran y le conocieran, menos le temerían y menos le verían como algo *distinto*.

Al menos Jace esperaba que fuera así.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Deacon tenía que tenerla.

Se acercaba la hora de cenar y no había comido nada desde el día anterior.

Deacon le miró a los ojos y suspiró.

—Muerto de hambre.

Jace asintió.

—La reunión es en el comedor, así que puedes pasar por la cocina y hacerte un sándwich si quieres, aunque la cena es dentro de una hora si puedes esperar tanto. El chef de aquí es bastante bueno. Hoy toca chili.

Como si fuera una señal, el estómago de Deacon rugió sonoramente y ambos se rieron.

—Cogeré un sándwich para aguantar. Con el hambre que tengo, seguro que puedo con un plato de chili después.

Jace empujó la puerta del comedor y luchó por contener un gemido. Había esperado que no hubiera mucha gente alrededor, pero la sala estaba más llena de lo que la había visto en meses. Se preguntó si la llegada de Deacon tendría algo que ver con el aumento de gente, como si todos se hubieran reunido para cotillear.

Cuando entraron, un momento de silencio descendió sobre la multitud antes de que todos reanudaran sus conversaciones en susurros apagados. Captó algunos de los comentarios mientras pasaban por las mesas.

—Ese es él.

—No parece gran cosa.

—Pensé que sería más grande.

—Podría con él.

Jace gruñó al hombre que había hecho el último comentario.

No le conocía personalmente, pero le había visto por ahí. Era un especialista en armas, trabajaba a las órdenes de Hayder. Jace creía que su nombre podría ser Smith. Sin duda, le vigilaría más de cerca después de ese comentario.

—La cocina está por esa puerta a la derecha —dijo Jace, señalando en esa dirección.

Deacon pareció dudar en dejarle al principio, pero luego pareció tomar una decisión. Enderezó la espalda y asintió.

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

—No iré a ninguna parte sin avisarte —respondió Jace—. Eso te lo prometo.

Antes de que Deacon se alejara, Jace le agarró del brazo y le acercó, plantándole un beso profundo y prolongado en los labios.

—No te metas en líos, ¿vale?

—Vale —chilló Deacon.

Parecía sorprendido de que Jace le hubiera besado delante de todos los hombres y un color rosa intenso tiñó las puntas de sus orejas. Pero cuando se dio la vuelta para marcharse, había una pequeña sonrisa jugando en sus labios. El beso había sido para mostrar a los hombres que Deacon era suyo y que no debían meterse con él; sin embargo, una parte de él había disfrutado besando a Deacon delante de todos, y eso le sorprendió muchísimo.

Nunca antes había sido exhibicionista.

Ahora Jace tenía la sensación de que podría estar interesado en cualquier cosa siempre que Deacon estuviera involucrado. Ese hombre le excitaba como ningún otro lo había hecho antes.

Deacon caminó hacia la cocina con la cabeza bien alta. Jace estaba muy orgulloso de su pareja. Deacon parecía estar tomándose todo con calma y no podía ser fácil para él. Lewis le siguió hasta la cocina y Jace sonrió. No creía que al chef le hiciera gracia tener un lobo completamente transformado allí mientras cocinaba.

Le gustaría ver cómo se lo decía a Lewis.

Parecía que Deacon no iba a ir a ninguna parte sin su guardia de seguridad.

Jace sabía que parte de su atracción por Deacon se debía al vínculo de pareja, pero incluso sin él, Deacon era exactamente su tipo. Definitivamente el tipo de hombre que habría buscado para una noche de diversión. Jace no podía creer lo afortunado que era de haber encontrado a Deacon... aunque las circunstancias hubieran sido algo extrañas.

La idea de que ese hombre increíblemente sexy fuera todo suyo le dejaba asombrado.

—Capitán, si ha terminado de exhibirse, tenemos asuntos que discutir —dijo secamente el coronel Hayder.

Hayder estaba sentado con Ross, uno de los médicos del santuario.

Ross había cuidado de Jace en la enfermería cuando había resultado herido, y a Jace le caía bien. Era uno de los pocos hombres del santuario en los que Jace confiaría su vida y lo había hecho, esencialmente, cuando había permitido que Ross le tratara.

Jace acercó una silla y se sentó antes de hablar. Ignoró el comentario despectivo del coronel y saludó a cada hombre con un gesto.

—Caballeros. ¿Cuáles son las últimas novedades?

—Recibimos una llamada de Hal —dijo Ross—. Hubo otro incidente no muy lejos del lugar donde Deacon fue atacado. La misma calle, creo. Para cuando Hal y su equipo llegaron, la víctima ya había muerto por sus heridas.

—Pudieron rastrear al lobo, pero cuando le alcanzaron se produjo una pelea y no salió bien. Uno de los hombres de Hal resultó herido. El equipo está de camino aquí ahora.

—¿Y el lobo? —preguntó Jace.

Ross negó con la cabeza.

—Se escapó.

—Maldición. ¿Eso es todo?

—Sabremos más cuando regresen a la base —dijo el coronel Hayder—. ¿Ha recordado Deacon algo sobre lo que le ocurrió?

Jace estaba avergonzado de admitir que había estado demasiado ocupado con Deacon como para preguntarle sobre su ataque. Estaba seguro de que si Deacon hubiera recordado algo importante se lo habría contado.

—No —respondió secamente.

—¿Qué está pasando exactamente entre vosotros dos? —La cabeza del coronel se inclinó hacia un lado, con la nariz arrugada en señal de disgusto—. ¿Te lo estás follando?

Jace se incorporó y enderezó los hombros. Quería decirle al coronel que lo que ocurría entre él y Deacon no era asunto suyo.

En lugar de eso, admitió:

—Es mi pareja.

No sabía qué pensarían el coronel y todos los presentes sobre esa información, ni le importaba. Jace estaba orgulloso de llamar a Deacon su compañero y no permitiría que alguien como Hayder le hiciera sentir avergonzado de lo que compartían.

Ross le miró boquiabierto. —¿En serio? ¿Lo es? *Vaya*. ¿Y cómo se siente Deacon al respecto?

Jace se encogió de hombros.

No habían tenido exactamente una conversación sobre el tema, pero Deacon parecía feliz de ser su compañero. El sexo de antes había sido extraordinario. Deacon parecía ser sumiso por naturaleza, lo cual era perfecto para Jace porque él podía ser un hijo de puta dominante.

Se complementaban bien.

—Se acostumbrará —dijo, esperando que fuera verdad—. ¿Qué hombre del equipo de Hal resultó herido?

—Lenny —respondió Ross.

—Vaya mierda.

A Jace le caía bien Lenny.

Era un hombre dulce, gentil y discreto. No era el más instruido de los hombres del santuario, ni de lejos, pero era más valiente que cualquier hombre que Jace conociera.

—¿Cómo de grave está?

—No lo sé con certeza —respondió Ross—. Por lo que dijo Hal, no tiene muy buena pinta.

—Ese simple tonto no debería estar en el campo de todas formas —el coronel Hayder resopló—. Me sorprende que no haya matado ya a alguien. No querría que cubriera mis espaldas, eso seguro.

Jace fulminó con la mirada al coronel.

Si Hayder no fuera su superior, Jace quizás le habría golpeado por ese comentario.

—Lenny Peterson es un buen soldado —espetó—. Uno de los mejores de aquí. Y *cuando* se recupere, estaré encantado de tenerlo en mi equipo. Puede cubrir mis espaldas cualquier maldito día de la semana.

Hayden curvó su labio superior y miró con desdén a Jace.

Afortunadamente, no hizo más comentarios sobre Lenny. Jace se alegró cuando Deacon regresó de la cocina veinte minutos después y se sentó a su lado. Se sentía mejor con Deacon junto a él. Al principio, pensó que era porque tenía a Deacon donde podía verlo y sabía que estaba a salvo, pero había algo más. Jace sentía que podía lograr cualquier cosa con Deacon como su compañero. Se sentía... más fuerte.

Pasaron más de una hora hablando sobre la mejor manera de encontrar y capturar al lobo. La decisión colectiva fue que Jace encabezaría personalmente un equipo para buscar al lobo renegado. Tenía que estar viviendo en algún lugar cerca del casino donde Deacon había trabajado, porque los dos ataques habían ocurrido a menos de un kilómetro de allí.

No tenían mucho más en qué basarse.

El único plan que tenía sentido era hacer lo mismo que había hecho el equipo de Hal: seguir los pasos de Deacon desde el casino y esperar que el lobo apareciera de nuevo. El solo pensar en cómo Deacon había estado a punto de morir enfurecía a Jace. Fuera quien

fuese este lobo, Jace le haría pagar por lo que le había hecho a su compañero.

Miró el atractivo rostro de Deacon y sonrió. A pesar de todo, Deacon estaba manejando bien la situación.

Sería un buen lobo.

—¿Has comido algo? —preguntó Jace.

Deacon asintió. —El chef se deshacía en atenciones conmigo, aunque estaba ocupado preparando la cena. Le dije que podía servirme yo mismo y que no se molestara, pero insistió.

Jace gruñó.

Más le valía al chef no hacerse ilusiones con Deacon. Hablaría con él más tarde para dejarle las cosas claras. Que supiera que Deacon era suyo.

—¿Dónde está Lewis? —preguntó Jace.

Deacon sonrió con timidez. —El chef amenazó con cortarle las pelotas si no volvía a su forma humana o salía de su cocina, así que se transformó, se quedó allí desnudo, y el chef le dijo que eso no era mejor.

Jace echó la cabeza hacia atrás y se rio.

El chef, Fen, era una fuerza a tener en cuenta. Jace había chocado con él varias veces en el pasado y no envidiaba a ningún hombre que se pusiera en su contra.

—Entonces, ¿qué hizo Lewis?

—Fue a cambiarse. Dijo que me vería más tarde.

Jace frunció el ceño.

Sabía que las circunstancias de Deacon eran únicas y eso lo convertía en una especie de celebridad en el santuario, pero odiaba que su compañero recibiera tanta atención. Esperaba no tener que mantener también una pequeña charla amistosa con Lewis.

—¿Qué está pasando ahora? —preguntó Deacon—. ¿Qué estamos esperando?

—Estoy esperando a que Hal regrese para saber si descubrió algo sobre la identidad del lobo o dónde podría estar escondido. Las Vegas es una ciudad grande y no quiero entrar sin preparación, buscando a ciegas a un sospechoso sin nombre ni rostro.

—¿Crees que podrás encontrar al lobo?

Jace se encogió de hombros. —Ese es el plan. Necesitamos encontrarlo antes de que ataque de nuevo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que lo hará?

—Los lobos renegados como ese nunca se detienen. Cuando prueban la sangre, siguen matando. Parece que no pueden controlarse.

Deacon se estremeció y todo el color abandonó sus mejillas.

Jace acercó su silla a la de Deacon y lo atrajo hacia su costado, ofreciéndole todo el consuelo que podía.

Capítulo Nueve

Treinta minutos más tarde, Gabe entró en el comedor con la noticia del regreso del equipo desde Las Vegas, así que Deacon, Jace y Ross se dirigieron a la enfermería. Les llevó al menos diez minutos caminar hasta allí desde el comedor. El complejo, como Deacon estaba descubriendo, era enorme. El interior era como una madriguera de conejo, y sabía que le llevaría algún tiempo familiarizarse con la distribución.

Una enfermera de rostro severo apostada en el pasillo les indicó la habitación donde estaban tratando a Lenny. Había un hombre sentado junto a su cama al que tanto Jace como el doctor se dirigieron como Hal. Deacon no podía entender a qué venía tanto alboroto. Lenny no parecía haber sido herido en absoluto, y menos aún tener lesiones de las que no pudiera recuperarse. El doctor Ross cogió una carpeta del pie de la cama de Lenny y la leyó mientras le hacía preguntas y le comprobaba el pulso.

Hal Peters se levantó de la silla y saludó a Jace: —Capitán.

—Hal —respondió Jace—. Me alegra verte de vuelta de una pieza. Me gustaría presentarte a mi compañero, Deacon.

Un breve rastro de sorpresa cubrió las facciones de Hal antes de que las controlara y extendiera la mano para estrechar la de Deacon.

—Encantado de conocerte.

Deacon no pudo controlar la vergüenza que las palabras de Jace habían provocado. Le iba a llevar un tiempo acostumbrarse a que Jace se refiriera a él como su compañero, aunque tenía que admitir que le gustaba cómo sonaba... Mucho.

—Igualmente —dijo, estrechando la mano de Hal.

—¿Cómo está? —preguntó Jace, señalando con la cabeza a Lenny.

Hal negó con la cabeza, aparentemente desconcertado.

—Perfectamente bien. Nunca he visto nada igual. El lobo le mordió y luego le desgarró el pecho con un agujero tan grande que podía verle las costillas.

—Pensé que estaría fuera de combate durante semanas, si es que se recuperaba. Como puedes ver, ya está curado.

Jace frunció el ceño y caminó hasta la cama de Lenny. —¿Cómo te encuentras, Cabo?

La sonrisa de Lenny era radiante. —Como nuevo, señor. Me siento mejor que nunca, de hecho. Más fuerte, como si pudiera enfrentarme a todo el maldito mundo.

Deacon no comentó nada, pero así era exactamente como él se sentía también. Era más que sentirse simplemente fuerte, sin embargo. Se sentía poderoso, prácticamente invencible.

—Esto es increíble —dijo Ross—. La velocidad de su recuperación no tiene precedentes. Estas cifras...

Negó con la cabeza mientras consultaba su reloj y escribía en la carpeta.

—¿Pudisteis ver bien al lobo que hizo esto? —preguntó Jace a Hal.

—Sí, señor, lo hicimos. Tuvimos un encuentro muy cercano con él, además. Pensamos que lo teníamos en un momento, pero, maldita sea, era fuerte... y rápido.

—Se enfrentó a cuatro de nosotros y ni siquiera sudó.

—Voy a salir a cazarlo yo mismo, así que necesito toda la información que puedas darme. Quiero saber dónde lo encontrasteis, qué aspecto tiene, cómo lucha... Vamos, cualquier cosa que creas que pueda ser útil.

Hal asintió. —Por supuesto, señor. Yo me aseguraría de llevar a muchos hombres conmigo. Los necesitará para atrapar a este lobo.

Jace asintió. —Lo haré.

A Deacon no le gustaba la idea de que Jace saliera a cazar al lobo. Temía por su seguridad, pero se mantuvo callado sobre su ansiedad. Era el trabajo de Jace, y Deacon sospechaba que era bueno en ello. Sabía lo que estaba haciendo, y Deacon no creía que apreciara que lo sobreprotegieran, especialmente delante de sus hombres.

Deacon y Jace se despidieron de Lenny y Ross. Hal les siguió hasta la oficina de Jace, que estaba situada cerca de sus dormitorios. La oficina era básica. Un pequeño escritorio de madera

en una esquina de la habitación con un par de sillas de madera frente a él. La silla de Jace era de cuero con respaldo alto. Un archivador estaba cerca de la ventana. Deacon cruzó la habitación y miró hacia el patio. Podía ver algún tipo de entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo allí fuera. Cuando todos tomaron asiento, Jace asintió a Hal para que comenzara.

—Cuéntame todo lo que recuerdes —le indicó.

Hal asintió. —Empezamos en el casino donde trabajaba Deacon y seguimos su ruta hacia casa. Al principio no parecía haber nada fuera de lo normal. Ningún rastro de que el lobo hubiera estado allí.

—Cuando llegamos a la calle donde atacaron a Deacon, encontramos a un hombre tirado en el suelo. Le habían desgarrado la garganta. Parecía como si...

Jace se inclinó hacia delante en su asiento. —¿Qué ocurre? ¿Qué visteis?

Deacon tenía que admitir que él también estaba pendiente de cada palabra de Hal, deseando saber más sobre el lobo que le había transformado.

Hal suspiró y se pasó una mano por la cara. —Parecía que el lobo no solo lo había atacado, lo... *devoró* —respondió—. Partes de él estaban... ausentes.

Deacon quería vomitar. —Eso es asqueroso. ¿Cómo es que no me hizo eso a mí?

—No lo sé —respondió Jace—. Quizás no tuvo tiempo. Puede que lo interrumpieran.

—¿No habría entonces algún testigo, o algún otro cadáver? —preguntó Hal.

Jace frunció los labios. —Quizás. ¿Qué aspecto tenía?

—No podría decirte nada sobre su forma de lobo porque nunca lo vimos como lobo. Seguimos su olor y para cuando lo alcanzamos, ya había vuelto a su forma humana. En su forma humana, era grande: pecho ancho, hombros anchos.

—Tenía el pelo negro como el azabache. Era corto, pero no al estilo militar, un poco más largo por los lados, y sus ojos eran del azul más pálido que he visto jamás. Casi gris. Ah, y tenía un tatuaje en la muñeca.

—¿Qué era? —preguntó Deacon.

—Un escorpión negro.

—Un escorpión —repitió Jace—. ¿Te suena de algo?

Deacon negó con la cabeza. —Me temo que no. No conozco a nadie con un tatuaje así.

—La víctima llevaba identificación en su cartera —dijo Hal—. Se llamaba Jeffrey Manning.

Deacon jadeó. —¿Qué? ¿Estás seguro?

—¿Le conocías? —preguntó Jace.

—Sí. Era crupier de póker en mi casino. Ha trabajado allí casi tanto tiempo como yo.

—¿De verdad? ¿Erais amigos?

Deacon negó con la cabeza. —No especialmente. Al menos, no fuera del trabajo.

—¿Se te ocurre alguna otra conexión que compartierais aparte del trabajo? ¿Amigos en común... enemigos?

—No se me ocurre nada —dijo Deacon—, aparte de que los dos somos gays.

—Vaya. —Jace se encogió de hombros—. Bueno, supongo que es un comienzo. Lo investigaré. Quizás hable con algunos de los otros empleados del casino, a ver si pueden decirme algo.

—Voy contigo —dijo Deacon rápidamente.

Jace empezó a objetar, pero Deacon levantó una mano para hacerle callar. —Piénsalo —argumentó—. Conozco al resto del personal, conozco la zona. Además, mi apartamento está allí. Puedes usarlo como base mientras buscas al lobo, y me dará la oportunidad de recoger algunas de mis pertenencias y poner todo en orden.

—Tiene sentido —dijo Hal.

Jace gruñó. —No me gusta.

—No tiene por qué gustarte —dijo Deacon en voz baja—. No importa. Voy a ir y es definitivo.

Capítulo Diez

A Jace no le llevó mucho tiempo reunir un equipo y volver a ponerse en camino hacia Las Vegas. Hal se había ofrecido a acompañarlos, pero Jace le había dicho que descansara. Llevaba más de cuarenta y ocho horas despierto y no les haría ningún favor a él mismo ni al resto del equipo si estaba muerto de cansancio.

Si a Jace y a sus hombres les llevaba más de un día o dos cazar al lobo, entonces Hal podría traer otro equipo. Sin embargo, realmente esperaba que hubieran terminado y estuvieran de vuelta en el santuario antes del amanecer. ¿Qué tan difícil podría ser encontrar y capturar a un solo lobo?

Erik había accedido a ayudar con la búsqueda, y Lewis había prácticamente insistido en ir para cuidar de Deacon. Al otro hombre, Neal, Jace no lo conocía muy bien. Era miembro de la manada de Gabe, así que Gabe había respondido por él. Solo recientemente había venido a vivir al santuario, y nadie sabía nada sobre su vida anterior, lo que en sí mismo Jace pensaba que era extraño... aunque a fin de cuentas, Neal no era el único del que Jace sabía poco.

El rumor por el complejo era que Lewis había pasado los últimos diez años trabajando con el ejército en algunas misiones de operaciones negras altamente secretas, pero aún tenía que confirmar o negar lo que había hecho anteriormente. Todo lo que Jace sabía era que había sido escoltado personalmente al santuario por un puñado de agentes gubernamentales, lo que hacía que los rumores sobre él parecieran aún más probables. Jace odiaba no saber sobre los hombres con los que trabajaba estrechamente... aunque tampoco sabía mucho sobre Deacon. Al menos en esta misión, podría pasar algo de tiempo con su pareja para conocerlo mejor a él y a los otros hombres.

A Jace no le hacía gracia que Deacon les acompañara. Sabía mejor que nadie lo peligroso que era el lobo que lo había atacado. Casi había muerto por las heridas que había sufrido, pero había insistido en ir y Jace estaba aprendiendo rápidamente que Deacon era obstinado y firme. Parecía que cuando se decidía por algo, no

había forma de hacerle cambiar de opinión. Jace podría haber impuesto su rango e insistido en que Deacon se quedara, pero eso habría sido un golpe bajo.

Además, Jace no quería un felpudo como pareja. Se alegraba de que Deacon fuera voluntarioso y tuviera opiniones propias. Era una de las cosas que le gustaban de él.

Y, de todos modos, Deacon tenía razón. Tenía sentido que los acompañara. Estaba familiarizado con el personal y los clientes del casino, y tenía razón en usar su apartamento como base mientras cazaban al lobo.

Le gustara o no, su plan tenía perfecto sentido.

Poco más de una hora después de haber salido del complejo, Gabe aparcó en el estacionamiento del edificio de apartamentos de Deacon.

—Esperad aquí —indicó Jace—. Deacon va a coger un cambio de ropa y luego nos dirigiremos al casino para ver qué podemos averiguar.

—¿Y tú vas con él para... qué? ¿Ayudarle a bajar la cremallera? —bromeó Erik.

—Listillo —murmuró Jace.

Erik le había estado tomando el pelo durante todo el viaje, aunque sus burlas habían sido de buen humor. Deacon había estado permanentemente sonrojado y Jace se compadecía de él. Jace estaba acostumbrado a las bromas de Erik, pero Deacon no estaba familiarizado con él y no sabía cómo tomárselo.

—Deacon también fue atacado anoche, ¿sabes? —dijo Jace pacientemente—. No sabemos con certeza si fue algo personal, así que no voy a correr ningún riesgo. Deacon no va a ninguna parte solo hasta que atrapemos a este lobo y eliminemos la amenaza.

—¿Qué? —chilló Deacon—. ¿Crees que podría ser *personal*?

Jace suspiró y se frotó el puente de la nariz.

Mierda.

No había querido decir eso delante de Deacon.

—No lo sé con seguridad. Considerando la cantidad de gente que vive en Las Vegas, es una coincidencia enorme que las dos personas

atacadas trabajaran juntas en el mismo casino y fueran homosexuales, ¿no crees?

—Supongo que sí —respondió Deacon—. No había pensado realmente en ello.

Jace sonrió e hizo un gesto para que se pusieran en marcha.

—Yo no he pensado en otra cosa. No te preocupes, sea quien sea el que está haciendo esto y por la razón que sea, lo atraparemos. Te lo prometo.

Mientras caminaban hacia el edificio, Jace se dio cuenta de que estaba haciendo promesas que no sabía si podría cumplir.

Subieron por las escaleras hasta el apartamento de Deacon, que estaba en el cuarto piso de su edificio. Jace supo que algo iba mal tan pronto como llegaron al piso de Deacon.

El olor a lobo y sangre flotaba pesadamente en el aire.

—Ponte detrás de mí —ordenó mientras se deslizaba por el pasillo, respirando profundamente.

—¿Qué ocurre?

—Lobo —susurró Jace—. Vamos a entrar muy silenciosamente, y si te digo que corras, sales de allí y bajas corriendo al Jeep, ¿entendido? Quiero que alertes a los hombres y luego te quedes allí.

Deacon negó con la cabeza.

—No voy a dejarte atrás —argumentó—. De ninguna manera.

Jace suspiró y observó detenidamente a su pareja.

Terco hijo de...

—No me des problemas con esto. Estoy intentando mantenerte a salvo. ¿No lo entiendes?

—¿Crees que yo no quiero que *tú* estés a salvo también? —le rebatió Deacon—. Ahora entremos y veamos qué está pasando. Tenemos un lobo que atrapar.

Vaya, mierda.

Jace miró a Deacon boquiabierto.

¿Qué demonios se suponía que debía decir a eso? Podía decir que las cosas nunca serían aburridas con Deacon cerca para mantenerlo alerta. Tenía agallas, eso era seguro. A Jace le gustaba eso de él. Deacon señaló su apartamento con un gesto y Jace se deslizó por la pared hasta que estuvo justo afuera.

La puerta estaba ligeramente entreabierta.

Jace sacó su pistola y la sostuvo frente a él. Deseaba haberle dado un arma de fuego a Deacon, pero era demasiado tarde para preocuparse por eso ahora. Ni siquiera sabía si Deacon sabía disparar.

Tendría que preguntarle sobre eso más tarde.

—¿Listo? —susurró.

Deacon asintió.

Jace avanzó poco a poco.

Justo antes de llegar a la puerta, notó algunas manchas de sangre en el suelo del exterior. Se arrodilló y acercó su nariz. La sangre definitivamente provenía del mismo lobo. Era fresca y probablemente la razón por la que el olor del lobo era tan fuerte en el pasillo.

Jace se puso de pie y empujó lentamente la puerta. Respiró profundamente de nuevo para ver si podía captar el olor dentro del apartamento. El olor no era ni de lejos tan fuerte como en el pasillo. No había duda de que el lobo había estado dentro, pero ya no estaba allí.

Jace estaba seguro de ello.

—Todo despejado —dijo, entrando a zancadas en el apartamento y enfundando su pistola.

—¿Qué demonios hacía un lobo en mi apartamento? ¿Qué quería? ¿Crees que era el mismo que me atacó?

—Parece que sí. No creo mucho en las coincidencias. En mi opinión, no existen. Y lo único que podría haber estado haciendo aquí era venir a terminar lo que había comenzado antes.

—Parece que hay un lobo ahí fuera que te quiere muerto.

Deacon se estremeció. —¿Cómo estabas tan seguro de que se había ido? —preguntó Deacon, siguiendo a Jace más al interior.

—El olor. Era fuerte fuera de la puerta porque algo de sangre del lobo había goteado al suelo, pero, tan pronto como abrí la puerta y entré, el olor se desvaneció, así que supe que no podía seguir aquí.

Deacon levantó las cejas. —Vaya. ¿Puedes saber todo eso por unas gotas de sangre?

Jace asintió. —Sí, más o menos. Tú también aprenderás a confiar más en tus sentidos. No es fácil, requiere práctica. Es algo que nos enseñan desde niños. Ahora es prácticamente instintivo para mí.

Deacon suspiró. —No creo que nunca llegue a pillarle el tranquillo a esto de ser lobo.

Jace se rio entre dientes. —Lo harás. Lo estás haciendo muy bien, Deacon. Date tiempo. Has sido un lobo durante menos de un día.

Deacon asintió. —Supongo.

—Echa un vistazo —ordenó Jace—. Mira si algo ha sido alterado o si el lobo se llevó algo.

—De acuerdo.

Jace observó a Deacon moverse de habitación en habitación en el pequeño apartamento y aprovechó la oportunidad para mirar alrededor él mismo. Deacon era un maniático de la limpieza, aparentemente. Nada estaba fuera de lugar, y Jace no podía ver ni una mota de polvo en ninguna superficie. Él era exactamente lo contrario. Sus calcetines normalmente caminaban solos hasta la lavadora. Agradecía que el santuario tuviera limpiadores porque Dios no quiera que tuviera que limpiar su propia habitación.

—Todo está exactamente como lo dejé.

Deacon estaba con el torso desnudo cuando volvió a la sala de estar desplegando una camiseta blanca.

Jace casi se tragó la lengua.

Su pareja era impresionante. Su cuerpo era esbelto y bronceado con un fino rocío de vello oscuro en el pecho y el estómago que llevaba hasta el premio de abajo. Jace empezó a ponerse duro.

—¿No crees que volverá, verdad? —preguntó Deacon.

Los pezones de Deacon se habían endurecido en pequeñas puntas. Dios, Jace quería pasar su lengua sobre ellos y chuparlos en su boca, uno por uno.

—¡Jace!

—¿Eh? —Jace apartó la mirada del pecho de Deacon y encontró sus ojos.

—He dicho, ¿crees que el lobo volverá aquí?

—Esperemos que sí —respondió Jace—. Nos ahorrará el tiempo y la molestia de buscarlo.

—Mmm, supongo que sí. —Deacon metió las manos por los agujeros de las mangas de la camiseta y levantó los brazos, a punto de ponérsela por la cabeza.

Jace no quería que su pareja se cubriera y un gruñido bajo salió de su garganta.

—Deacon. Ven aquí.

—¿Qué? —Deacon se quedó inmóvil con los brazos en el aire cuando captó la expresión en la cara de Jace—. ¿Qué pasa?

El corazón de Jace empezó a latir más rápido. Deacon era el hombre más sexy que había visto en su vida.

—Ven aquí —repitió, sorprendido por el quiebre en su voz.

Su polla ya empezaba a doler.

Bajó una mano y se frotó a través de los pantalones, apretando la cabeza.

Deacon bajó los brazos lentamente y cruzó la habitación hasta que estuvo frente a Jace. Inclinó la cabeza y miró a Jace a través de las pestañas bajas.

—¿Señor? —preguntó.

Jace casi se corrió en los pantalones.

No se había dado cuenta de cuánto había deseado que esa palabra saliera de los labios de Deacon hasta que le oyó decirla. Manteniendo la mirada de su pareja, desabrochó los botones de su bragueta y sacó su polla.

Se sentía caliente y pesada en su mano.

—Ponte de rodillas y chúpamela —ordenó.

La cara de Deacon se iluminó.

Fue como si Jace hubiera dicho las palabras mágicas. Rápido para obedecer, Deacon cayó de rodillas y, antes de que Jace tuviera tiempo de pestañear, su polla estaba tocando la parte posterior de la garganta de Deacon.

—¡Ah!

Jace gimió y agarró un puñado del pelo de Deacon y tiró de él. Empujó su polla dentro de la boca de Deacon y cuanto más fuerte empujaba, más frenético se volvía Deacon. Sus gemidos sin

palabras, gruñidos y suspiros animaron a Jace a empujar más fuerte, más profundo, hasta que estaba gritando el nombre de Deacon y corriéndose en largos chorros en su garganta.

Deacon lo chupó hasta la última gota, retrocediendo cuando finalmente había terminado de disparar para lamer y chupar alrededor de la sensible cabeza, limpiándolo y asegurándose de que atrapaba hasta la última gota. Finalmente, la polla flácida de Jace se deslizó de entre sus labios y Deacon se sentó sobre sus talones, sin aliento y presionando su propia erección con la palma de su mano.

—Saca tu polla —ordenó Jace.

Deacon gimoteó pero hizo lo que se le indicó. Se bajó los pantalones y dejó escapar un suspiro de alivio en cuanto su polla dura como una roca saltó libre. La cabeza era de un color rojo intenso, brillante y goteando desde la hendidura.

A Jace se le hizo la boca agua.

—Acarícíate para mí, Deacon. Déjame mirar.

Deacon asintió con entusiasmo y luego envolvió su puño alrededor de su polla y comenzó a moverlo arriba y abajo. Pasó su pulgar sobre la cabeza, capturando el líquido preseminal allí antes de frotarlo por toda su longitud.

—Oh joder, eso es muy excitante.

Jace nunca había presenciado algo tan erótico.

—Hazlo otra vez.

Deacon apretó la cabeza de su miembro hasta que apareció más líquido y luego se pasó un dedo por encima. Jace no pudo resistirse. Agarró el dedo de Deacon y se lo llevó a la boca, chupándolo profundamente, saboreando la esencia de su compañero. El sabor estalló en su lengua, deleitando sus sentidos.

—Dios mío —respiró Jace—. Tan bueno. Sigue acariciándote para mí.

Deacon aceleró la mano sobre su miembro, su pulgar rozando la cabeza en cada segundo movimiento, y Jace pudo sentir cómo se ponía duro de nuevo solo con ver a su compañero.

—¡Oh, Dios! —Los movimientos de la mano de Deacon se volvieron erráticos, su puño volando sobre su miembro tan rápido que casi era un borrón ante los ojos de Jace.

—Eso es, Deacon, hazlo —le animó Jace.

Se puso de rodillas y bajó la cabeza sobre la punta del miembro de Deacon justo a tiempo para la explosión.

Deacon echó la cabeza hacia atrás y gritó su liberación.

—¡Jace!

Jace tragó la semilla de su compañero, deleitándose con los temblores que sacudían el cuerpo de Deacon y la forma en que su miembro se contraía y pulsaba en su boca, entregando las últimas gotas de su liberación. Cuando su miembro finalmente comenzó a ablandarse en su boca, Jace se retiró y miró el rostro de Deacon, incapaz de contener su sonrisa.

Deacon lo miraba como si acabara de luchar contra un caimán por él, no simplemente dejarlo terminar en su boca. Seguramente volvería a chupar a Deacon una y otra vez si iba a obtener esta respuesta cada vez.

—Guau —respiró Deacon.

Jace se rio y se puso de pie a regañadientes, extendiendo su mano para ayudar a Deacon a levantarse.

—Joder, no dejes que los hombres se enteren de lo que hemos estado haciendo, o nunca dejaremos de oírlo.

Deacon se rio entre dientes—. Algo me dice que nada se le escapa a Erik.

Jace cruzó la habitación y miró por la ventana que daba al aparcamiento. El hombre en cuestión estaba apoyado contra el maletero, fumando tranquilamente un cigarrillo. Estaba mirando hacia la ventana del apartamento de Deacon, y Jace no podía estar seguro, pero pensó que Erik podría tener una sonrisa en la cara.

Jace suspiró—. Sí, creo que podrías tener razón.

Capítulo Once

El Casino Corelli, donde Deacon había trabajado durante los últimos diez años, era un edificio de baja categoría alejado de la calle principal, pero el lugar tenía buen ambiente y el exterior no podía ser más engañoso. Deacon no estaba seguro de qué esperaba Jace, pero cuando entraron, pareció apropiadamente impresionado.

Deacon ya había visto esa expresión antes.

Probablemente él mismo la había tenido la primera vez que visitó el lugar. El casino no era bonito por fuera. No era exagerado llamarlo un cuchitril: un edificio feo emparedado entre dos edificios aún más feos en una calle que, al anochecer, acogía a su cuota de traficantes, prostitutas drogadictas y chulos. Por dentro, el local contaba una historia diferente.

El casino albergaba partidas de cartas con grandes apuestas. Debido a la calidad de la clientela que atraían esas partidas, los propietarios insistían en que la decoración interior se actualizara cada pocos años. En resumen, era un casino de aspecto excelente y un buen lugar para trabajar.

Deacon normalmente se sentía a gusto en el interior, completamente como en casa, pero mientras descendían por las escaleras que conducían a la sala principal de juego, se sentía extrañamente incómodo. Todos los pares de ojos parecían seguir sus movimientos por la sala. Su corazón empezó a acelerarse y su frente se perló de sudor.

Jace no había exagerado sobre los sentidos agudizados de un lobo.

Deacon podía oír todo a la vez: el constante zumbido de las bolas alrededor de las ruletas, las frases de ligue de un hombre que hablaba con una guapa rubia en la barra, incluso la charla de dos camareras que se quejaban de que era una noche floja para las propinas. Todo.

Era demasiado para que Deacon pudiera manejarlo.

Solo agradecía que Jace estuviera a su lado. La presencia de Jace le hacía sentirse más fuerte, como si pudiera manejar cualquier cosa

que le lanzaran, por difícil que fuera.

Jace había llamado con antelación, informando al jefe de Deacon sobre los ataques a dos miembros de su personal. Al señor Truman no le había hecho gracia que Deacon y Jace vinieran a entrevistar al resto del personal, pero finalmente accedió cuando Jace prometió que no habría interrupciones en ninguna de las partidas en la sala. La única otra condición de Truman fue que su "investigación" se mantuviera alejada de los clientes.

Deacon podía entenderlo.

Si se difundían noticias sobre los ataques de lobos y la gente se mantenía alejada, el casino podría perder mucho dinero.

Jace encontró la mirada de Deacon y sonrió.

—Bueno, este es tu territorio y conoces a todos aquí. ¿Con quién hablamos primero?

Deacon había pensado en sus opciones durante el trayecto.

Jeffrey Manning, la otra víctima del lobo, no había trabajado en la sala principal del casino. Había sido crupier de póker y había trabajado principalmente en una de las dos salas privadas de cartas del casino. Como resultado, no tenía mucho que ver con muchos miembros del personal aparte de los inspectores que vigilaban sus partidas. Tomaba sus descansos con todos los demás, pero se mantenía apartado y no socializaba.

Por lo que Deacon sabía, aparte de él mismo, solo había un par de crupieres más con los que solía hablar. Amanda, su amiga más cercana en el casino, estaba actualmente de vacaciones en Hawái o Fiyi, Deacon no recordaba cuál. Sin embargo, Dan seguramente estaría trabajando en el turno de noche.

Mientras Deacon y Jace se abrían paso entre las mesas y se dirigían hacia la sala de personal, Deacon vio a Dan limpiándose las manos para demostrar que no ocultaba fichas justo antes de dejar su mesa. Mantenía la cabeza baja, evitando todo contacto visual mientras se apresuraba por la sala, levantando la mirada justo antes de teclear un código que abriría la puerta a las dependencias del personal.

Lucía un ojo morado de aspecto bastante siniestro.

—Hablaremos con Daniel Logan —decidió Deacon—. Sígueme.

Mientras Deacon y Jace seguían a Dan hasta la sala de personal, Deacon vio a Erik al otro lado de la sala de juego. Erik había entrado antes que ellos y paseaba por la sala, vigilando a cualquiera que pareciera sospechoso o cualquier cosa que pudiera clasificar como fuera de lo común.

Neal y Lewis se habían quedado fuera en el Jeep, vigilando la entrada principal. Los tres cambiaformas habían ido al apartamento de Deacon para detectar el olor de la sangre del lobo fuera de la puerta, de modo que pudieran reconocerlo sin necesidad de haber visto su cara. Deacon había intentado hacer lo mismo, y había conseguido un buen olfateo de la sangre del lobo, pero no estaba seguro de que reconocería el olor si se enfrentara a él de nuevo. Le frustraba no tener aún la capacidad de los otros cambiaformas.

Odiaba que le llevara tanto tiempo acostumbrarse al cambio.

Deacon y Jace casi habían llegado a la puerta de las dependencias del personal cuando fueron interceptados por Bobbie Sue, una de las muchas camareras del casino.

—¿Deacon?

Deacon se giró y sonrió a la mujer.

—Hola, Bobbie Sue.

—¡Pensé que eras tú! —exclamó antes de acercarse al oído de Deacon—. ¿Quién es ese guapo amigo tuyo?

Deacon no tenía ni idea de cómo debía presentar a Jace y tropezó con sus palabras.

—Eh, este es, eh, Jace. Él es...

Jace extendió la mano y tomó la de Bobbie Sue, estrechándola firmemente.

—Soy la pareja de Deacon, Jace —dijo sin perder el ritmo.

—¡No me digas! —exclamó Bobbie Sue—. Deacon, hijo de perra astuto. Nunca nos dijiste que estabas saliendo con nadie.

—Yo, eh...

Dios, Deacon se sentía como un imbécil tropezando con su lengua.

Afortunadamente, Jace le salvó el culo por segunda vez.

—Es algo reciente, señora —dijo con suavidad—. Somos como recién casados.

Deacon no estaba seguro de quién estaba más sorprendido por ese comentario, él o Bobbie Sue.

¿Recién casados?

—¡Oh, Dios mío, chicos! Felicidades. ¡Espera a que se lo cuente a Donna, casi se va a mear encima!

—¿Nos disculpas? —preguntó Deacon—. Necesito hablar con Dan, quiero pillarle mientras está en su descanso.

Bobbie Sue hizo un chasquido de lengua y negó con la cabeza.

—¿Viste el ojo de ese chico? Vaya vergüenza. Le dije hace meses que ese hombre suyo no es bueno. Pensé que por fin le había dado puerta, pero no, ha vuelto a las andadas por lo que se ve.

—¿Su novio le hizo eso en el ojo? —preguntó Deacon.

Bobbie Sue sorbió por la nariz. —Supongo que sí lo hizo, aunque Dan probablemente no lo admitirá si le preguntas. Pero no creo que sea por lealtad a ese pedazo de basura. Escuché que ese hombre estuvo en el ejército y Dan no podía hablar sobre él.

La mirada de Deacon se dirigió rápidamente hacia Jace.

—¿Has dicho que pensabas que habían roto? —preguntó Jace.

—Así fue —respondió Bobbie Sue—. Hace unos meses. Cuando Donna habló con él sobre eso, él parecía pensar que ese cabrón no volvería más. Donna y yo creemos que estaba en prisión. Parece que ha salido. Bueno, mejor que sirva estas bebidas antes de que empiecen a armar jaleo. Nos vemos luego, Deacon. Encantada de conocerte, Jace. Vuelve a visitarnos pronto, ¿vale?

Se despidieron de Bobbie Sue, y Deacon introdujo el código para pasar a los cuartos del personal.

—No puedo creer que no me mencionara a su ex —reflexionó Deacon—. Acabamos de salir a tomar unas copas hace unas noches. Pensaba que éramos amigos. ¿Por qué no habló conmigo si estaba en problemas? Podría haberle ayudado. Podría haber...

Jace dejó de caminar y agarró el brazo de Deacon.

—Espera un momento. ¿Saliste con *Dan* hace unas noches? —preguntó.

Deacon se sintió aliviado al ver que no había ningún rastro de celos en la cara de Jace.

Asintió. —Nos encontramos en el bar deportivo de la esquina en nuestra noche libre —dijo, y luego sintió la necesidad de añadir—: No fue una cita ni nada por el estilo. Solo somos amigos.

—Hmm.

—¿En qué estás pensando?

—No estoy seguro. ¿Crees que quizás este ex de Dan os vio juntos y asumió que teníais una relación?

—Tal vez. Sabes, ahora que lo pienso, creía que había algo entre Dan y Jeffrey. Ninguno de ellos dijo nunca nada. Es solo una impresión que tuve cuando los vi juntos.

—Parecían... no sé, muy cercanos el uno con el otro, quizás.

—Parece que acabamos de encontrar el vínculo entre tú y la otra víctima del lobo —dijo Jace—. Vamos, averigüemos qué tiene que decir Dan sobre todo esto.

Deacon los guio por el pasillo de atrás hasta una amplia sala de personal.

Dan no estaba allí.

—Oye, Steve, ¿has visto a Dan por aquí? —preguntó Deacon a uno de los crupiers que estaba sentado frente a una gran pantalla plana absorto en un combate de boxeo.

—Acaba de salir a fumar —respondió Steve sin siquiera mirar hacia arriba.

Deacon asintió y condujo a Jace de vuelta por el pasillo que acababan de recorrer, desviándose hacia la derecha hasta que llegaron a la puerta de salida de emergencia. Jace la abrió y salió primero, con Deacon cerrando la marcha.

El callejón de fuera estaba vacío.

—¿Qué demonios? —preguntó Deacon—. Quizás haya ido al baño. Puedo ir a buscar...

—Ha estado aquí —espetó Jace.

—¿Dan?

—El lobo. Su olor es fuerte. —Jace levantó la nariz y olisqueó el aire—. Parece que fue por allí. Debe haberse llevado a Dan. ¿Sabes adónde lleva esa calle?

—Claro. Si la sigues hasta el final, vuelve a salir a la calle principal. A la vuelta de la esquina a la izquierda es donde está

aparcado el Jeep, pero hacia la mitad hay un callejón que atraviesa hasta otra calle.

Jace asintió. —Iré tras ellos. Tú vuelve adentro y dile a Erik adónde he ido. Dile que llame a los otros hombres. Puede que necesitemos a todos para atraparlo.

—¿Qué? No, Jace, no puedes ir tras él tú solo. Es demasiado peligroso. Solo espera hasta que llame a Erik y...

Jace negó con la cabeza.

—Puede que no tengamos tiempo suficiente para eso. No sabemos qué tiene en mente este lobo. ¿Quiere matar a Dan? ¿Transformarlo? ¿Se lo llevará a algún sitio? Si no voy ahora, perderemos su rastro y entonces puede que nunca lo atrapemos.

—Dan es el único vínculo que tenemos con él. Por favor, ve y llama a Erik.

Deacon respiró hondo y procesó la situación. Asintió después de un breve momento. No había alternativa. Jace tenía razón. Debían hacer todo lo posible para salvar a Dan.

—De acuerdo, pero por favor, ten cuidado. Este lobo es peligroso y acabo de encontrarte. No quiero perderte tan pronto.

Jace agarró a Deacon y le plantó un rápido beso en los labios. A Deacon no le habría gustado nada más que hundirse en el abrazo de Jace y olvidarse de todo, pero no podía permitirse saborear el beso porque el tiempo era crucial.

Dejó que Jace lo abrazara durante unos momentos y luego se apartó.

—No vas a perderme —prometió Jace—. No así.

Deacon apretó sus manos alrededor de la cintura de Jace y tragó su ansiedad.

—Ten cuidado —susurró contra su cuello.

Luego se dio la vuelta y volvió a entrar en el edificio, alejándose del hombre que lentamente empezaba a significarlo todo para él.

Capítulo Doce

Jace utilizó sus sentidos mejorados para seguir el rastro del lobo a través del callejón. No le había dicho nada a Deacon antes, ya que no quería alterar a su compañero ni impedir que se marchara, pero podía oler sangre.

Mucha sangre.

El olor era denso y penetrante en el aire, y no pertenecía al lobo. De eso Jace estaba seguro. Avanzó sigilosamente por la calle, manteniéndose cerca de los edificios mientras se aproximaba a la fuente del olor. Podía ver un hueco entre los edificios, que debía ser el callejón lateral del que Deacon le había hablado.

Jace estaba casi seguro de que el lobo estaba allí. Al acercarse, unas voces alzadas llegaron a sus oídos. Sacó su pistola y, con el mayor sigilo posible, se acercó más, escuchando atentamente lo que ocurría.

—No te saldrás con la tuya, Penn. Por favor, déjame volver al casino. Olvidaremos que esto ha ocurrido.

La voz sonaba gangosa, como si el hombre estuviera hablando a través de una nariz rota.

Tenía que ser Dan.

Con cautela, Jace se asomó a la esquina.

A medio camino del callejón, a unos cincuenta metros de donde él se encontraba, un joven luchaba por liberarse del agarre férreo del lobo —Penn—.

La sangre cubría el rostro del hombre. La mayor parte parecía provenir de su nariz, aunque también parecía tener un corte bajo el ojo. Era difícil estar seguro desde esa distancia, pero Jace podía ver que la sangre de su cara había corrido por su cuello y empapado la parte delantera de su camisa blanca.

No podía determinar si el hombre tenía otras lesiones.

—¡Cállate! —gritó el lobo—. ¡Te dije que nadie más te tendría! Te dije que volvería a por ti. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿No podías esperarme? Bueno, pues olvídate de ellos ahora.

—Jeffrey ya está muerto, y Deacon lo estará pronto. Tengo a un hombre vigilándole, pero le he dicho que lo mantenga vivo por ahora. Quiero ocuparme de él personalmente. Debería haberlo matado la primera vez. Nunca debería haber sobrevivido a ese ataque. ¡Pero primero tengo que ocuparme de ti!

—Penn, no hay nada entre nosotros, te lo juro. No hagas esto, por favor.

—¡Cállate! ¡Cállate de una maldita vez! ¡Deja de intentar alimentarme con tus putas mentiras!

Jace no tuvo tiempo de asimilar lo que Penn había dicho sobre un hombre vigilando a Deacon, porque el lobo levantó el brazo, listo para golpear a Dan en la cara.

Sin pensarlo dos veces, Jace gritó para llamar su atención y después corrió por el callejón para ayudar. El lobo levantó la mirada, sorprendido de encontrar a Jace corriendo hacia ellos, pero su mano con garras aún hizo contacto con la garganta de Dan.

Jace no había sido lo suficientemente rápido.

El lobo rugió y luego arrojó a Dan a un lado como si no pesara más que un muñeco de trapo, antes de centrar toda su atención en Jace. Mientras corría, Jace levantó su pistola y apuntó. Estaba a no más de tres metros cuando el lobo saltó del suelo y echó hacia atrás su mano, con sus garras afiladas y amenazantes mientras cortaban el aire.

Jace no dudó.

Quitó el seguro y apretó el gatillo en una acción rápida y fluida. Después de que sonara el disparo, el lobo aulló y cayó al suelo, aterrizando a los pies de Jace. Sus ojos estaban abiertos e inmóviles, y la chispa de vida en ellos se había extinguido.

La bala había alcanzado su corazón.

Solo para asegurarse, Jace comprobó el pulso en el cuello de Penn.

No encontró ninguno.

Una tos húmeda y entrecortada captó la atención de Jace y, cuando miró hacia arriba, vio a Dan con una mano presionada contra su cuello, tratando de detener el flujo de sangre que manaba constantemente. No estaba brotando a chorros, así que a primera

vista, Jace no creyó que Penn hubiera alcanzado ninguna arteria importante. Corrió al lado de Dan y le quitó la mano para examinar la herida. Era profunda —peor de lo que había pensado al principio— y Dan ya había perdido mucha sangre.

Mierda.

—¿Quién eres t-? —balbuceó Dan.

—Shhh, no intentes hablar. Soy amigo de Deacon. Voy a ayudarte.

Levantó la mano del hombre de nuevo hacia su cuello y la cubrió con la suya.

—Mantén tu mano presionada sobre la herida, tan fuerte como puedas, ¿de acuerdo?

Dan hizo lo que le indicaron pero no respondió.

Su rostro estaba ceniciento y palidecía por minutos. Jace colocó su propia mano firmemente contra la de Dan. Con su mano libre, sacó su teléfono móvil y llamó a los servicios de emergencia. Jace les dio indicaciones para llegar hasta donde estaba estacionado su Jeep cerca de la entrada del casino.

Cuando colgó, levantó a Dan en sus brazos y comenzó a correr. Rezó para llegar al Jeep a tiempo de volver con su compañero. No sabía qué demonios había querido decir Penn con eso de tener un amigo vigilando a Deacon. Esperaba que el hombre solo estuviera fanfarroneando.

La alternativa era demasiado terrible para considerarla.

Jace nunca se perdonaría si algo le ocurriera a Deacon antes de que pudiera llegar a él. Nunca debería haber permitido que su compañero viniera a la misión. Era demasiado peligroso para un lobo nuevo sin ningún tipo de entrenamiento.

Jace solo podía esperar no tener que arrepentirse de su decisión de traer a Deacon.

Capítulo Trece

Cuando Deacon había dejado a Jace en el callejón y había vuelto al casino, tenía un solo objetivo en mente: encontrar a Erik lo más rápido posible para poder volver con Jace. No había podido pensar en otra cosa. La idea de que algo le sucediera a Jace le había provocado un dolor en el pecho tan agudo que le resultaba difícil respirar.

No.

Nada le iba a pasar a Jace, no si Deacon podía evitarlo.

Corrió de vuelta por el pasillo que conducía a la sala de juegos y escaneó el lugar buscando a Erik. La última vez que lo había visto, Erik deambulaba por la sala con un aburrimiento innegable.

Con las cejas fruncidas, Deacon atravesó el ruidoso y abarrotado casino. Se apresuró entre la multitud, caminando tan rápido como podía sin ponerse a correr. Eso solo alertaría a seguridad, y era lo último que necesitaba cuando tenía tanta prisa.

Deacon no podía ver a Erik por ninguna parte.

¿Dónde demonios se había metido?

Buscó de un extremo a otro del casino, pero Erik no estaba en ninguna parte de la sala. Quizás había vuelto al jeep; era lo único que podía explicar su desaparición. Con ese pensamiento en mente, Deacon subió las escaleras hasta la entrada del casino, tomándolas de dos en dos.

En cuanto salió, miró arriba y abajo de la calle, entrecerrando los ojos contra la oscuridad. Erik no estaba en ningún sitio de la entrada. Deacon había esperado que estuviera fumando un cigarrillo en alguna parte, pero no había rastro de él. Con la ansiedad oprimiéndole el pecho, corrió de vuelta al jeep. Neal y Lewis podrían ayudarle. Estaban justo a la vuelta de la esquina del callejón donde Jace había ido tras el lobo.

Sin embargo, su esperanza de ayuda fue efímera. El estómago de Deacon dio un vuelco cuando se acercó al jeep. Neal y Lewis deberían estar esperándoles allí, pero no había señal de Lewis, y Neal estaba desplomado sobre el volante. Deacon esperaba que el

hombre solo estuviera echando una cabezada, pero de alguna manera, lo dudaba.

Corrió hacia la puerta lateral del jeep y la abrió. El dulce y nauseabundo olor a sangre fue lo primero que captó su atención. Luego vio el agujero de bala en la parte posterior de la cabeza de Neal.

El pánico se arremolinó en el pecho de Deacon como si una bandada de cuervos hubiera establecido allí su nido. Estaba a punto de volver sobre sus pasos hacia el casino cuando sintió la presión fría y dura del metal en la parte posterior de su cabeza. Se sobresaltó, sabiendo que solo podía ser el cañón de una pistola.

—Si mueves un solo músculo, eres hombre muerto —dijo Lewis con calma.

Deacon se quedó inmóvil, temiendo incluso respirar por si eso podía interpretarse como mover un músculo. Finalmente, la necesidad de saber qué demonios estaba pasando pudo más que él.

—Lewis —dijo, sorprendido por la calma en su voz—. ¿De qué va todo esto? ¿Qué le ha pasado a Neal?

—¡Cállate! —gritó Lewis—. No es asunto tuyo. Solo aparta su cuerpo del camino, luego sube al volante y ni se te ocurra intentar nada.

—Vale.

Deacon hizo lo que Lewis le había pedido.

Puso un brazo alrededor de las piernas de Neal y el otro alrededor de su cuello, luego lo movió a través del asiento corrido. Sus movimientos eran delicados como si estuviera preocupado de poder lastimar a Neal, aunque lógicamente sabía que nada podría hacerle daño ya. Levantar a un hombre adulto, especialmente a alguien del tamaño de Neal, habría sido difícil para él en otro tiempo. Pero desde que se había transformado en lobo, Deacon no podía creer la fuerza que fluía por su cuerpo. El cuerpo de Neal se sentía ligero como una pluma.

Deacon se sentó tras el volante y fue la primera vez que pudo ver la cara de Lewis. Su rostro estaba contorsionado en una mueca iracunda y tenía la pistola apuntando al pecho de Deacon. Deacon no dudaba ni por un momento que Lewis no tendría miedo de usarla

contra él, por lo que necesitaba hacer todo lo que Lewis decía. Lo último que quería era enfadar al hombre.

Lewis mantuvo la pistola apuntándole mientras cerraba la puerta de golpe y rodeaba la parte delantera del jeep. Deacon pensó en intentar escapar, pero Lewis no apartó los ojos de él ni por un segundo. Demasiado pronto, abrió la puerta del lado del pasajero y subió al asiento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Deacon.

Había estado tentado de preguntar qué había pasado con Erik, pero no se atrevía a hacer más preguntas de las necesarias. No quería cabrear a Lewis mientras la pistola seguía apuntándole.

—Ahora vamos a dar un pequeño paseo —dijo Lewis.

Deacon asintió antes de poner el jeep en marcha. Tenía un ojo en la pistola y el otro en los espejos mientras se alejaba de la acera. Le pareció oír a Jace gritando su nombre mientras se alejaba de la calle.

Probablemente habían sido imaginaciones suyas.

Solo podía esperar vivir lo suficiente para ver a Jace de nuevo y decirle lo mucho que estaba empezando a significar para él.

Capítulo Catorce

Jace acababa de doblar la esquina del edificio justo a tiempo para ver cómo Lewis apuntaba con una pistola a la cabeza de Deacon y le obligaba a subir al Jeep.

Gritó el nombre de su pareja mientras el pánico le desgarraba por dentro. —*¡Deacon!*

Su pareja no le hizo caso.

Justo antes de que Lewis caminara hacia la parte delantera del jeep, miró calle abajo hacia donde Jace estaba parado y le guiñó un ojo.

—¡Deacon! —gritó de nuevo, pero fue inútil.

Su pareja no podía oírle.

Jace corrió lo más rápido que pudo calle abajo mientras cargaba el cuerpo de Dan. Apenas unos segundos antes, Dan se había desmayado en sus brazos, y Jace mantenía la mano presionada sobre la herida en su cuello, todavía intentando detener el flujo de sangre.

Al acercarse al lugar donde había estado el Jeep momentos antes, vio algo tirado en el suelo. Un examen más cercano le indicó que era una persona y, cuando se acercó más, pudo ver que esa persona era Erik.

Jace aceleró y, mientras se aproximaba, las sirenas sonaron a lo lejos.

Al llegar junto a su amigo, bajó a Dan a la acera y luego intentó examinar a Erik en busca de heridas mientras mantenía su mano en el cuello de Dan. Afortunadamente, el pulso de Erik era fuerte. Jace intentó no moverlo porque no tenía idea de qué lesiones había sufrido.

Un momento después, justo cuando la ambulancia llegaba hasta ellos, Erik dejó escapar un gemido bajo y su mano se levantó lentamente para tocarse la parte posterior de la cabeza.

Jace suspiró aliviado.

Mientras miraba sus manos ensangrentadas, trató de no pensar en la pistola que había visto apuntando a la cabeza de Deacon. En

su mente, se maldijo por haberle dicho a Deacon que fuera a buscar ayuda. ¿Y si había enviado a su pareja a la muerte? Jace no podría vivir consigo mismo si Deacon moría por algo que él personalmente le había pedido que hiciera.

—Puede soltar ahora, señor... ya nos encargamos nosotros —dijo un paramédico, intentando apartar la mano de Jace del cuello de Dan.

A regañadientes, Jace soltó y se sentó sobre sus talones.

Se sentía mal: entumecido, nauseabundo y completamente inútil.

Jace no tenía ni idea de qué podía hacer para encontrar a Deacon. Lewis podría haberlo llevado a cualquier parte. ¿Y qué quería de él, de todos modos? ¿Lo había secuestrado para Penn? ¿Por qué estaba Lewis ayudando a ese lobo desquiciado? Nada tenía sentido. Las preguntas daban vueltas en la cabeza de Jace, mareándolo por la velocidad con que surgían. Un nudo se formó en su garganta y mientras intentaba tragarlo, las lágrimas le picaban detrás de los ojos.

No era jodidamente justo.

Acababa de encontrar a Deacon. No podía perderlo tan pronto. No así. Quería gritar su frustración al aire templado de la noche. Jace deseaba que las historias sobre vínculos psíquicos entre parejas fueran ciertas. Daría cualquier cosa por poder hablar con Deacon, por oír la voz de su pareja y saber que estaba bien, que estaba a salvo.

¿Era mucho pedir?

Capítulo Quince

—¿Adónde vamos? —preguntó Deacon a su captor después de tomar otra curva a la derecha.

No tenía ni idea de por qué Lewis le estaba haciendo conducir en círculos. Deacon había crecido en Las Vegas, así que aunque nunca había vivido en esta parte de la ciudad, las calles le resultaban familiares. Conocer la zona no le hacía sentir mejor sobre su situación. No creía que nada pudiera aliviar su ansiedad, nada excepto Jace.

No respiraría tranquilo hasta que viera a su compañero y supiera que Jace estaba bien. ¿Seguiría vivo? ¿Y si el lobo lo había matado? La idea le revolvía el estómago.

Deacon pensaba que debería saber si algo terrible le había ocurrido a Jace, que debería sentirlo instintivamente, pero no podía sentir una mierda.

Era un lobo inútil.

Debería haber percibido que Lewis estaba detrás de él cuando estaba de pie en la puerta abierta del Jeep, pero no había tenido ni puta idea. Ahora estaba atrapado conduciendo por la ciudad con un cambiaformas león muerto desplomado en el asiento de al lado, y, aunque había estado intentando ignorarlo, el fuerte olor de la sangre de Neal le estaba provocando náuseas.

Se frotó el puente de la nariz y suspiró.

—Simplemente mantén los ojos en la carretera —dijo Lewis—. Te diré cuándo es el momento de desviarse.

Durante los últimos diez minutos, Lewis había estado intentando contactar con alguien por su teléfono móvil, pero la persona no contestaba, y eso le estaba poniendo cada vez más nervioso.

—¿A quién intentas llamar? —preguntó Deacon.

Se arrepintió de la pregunta al instante.

Lewis le fulminó con la mirada y agitó la pistola frente a su cara.

—No es asunto tuyo, joder. Simplemente conduce el puto Jeep y cállate.

Un momento después, Lewis marcó de nuevo, solo que esta vez, cuando nadie respondió a la llamada, dejó un mensaje.

—¿Penn? ¿Qué coño está pasando? ¿Dónde estás? Llámame en cuanto recibas el mensaje. Llevaré a Deacon a su apartamento y te esperaremos allí. —Lewis colgó y arrojó su teléfono móvil en el asiento a su lado—. Llévanos a tu apartamento.

Deacon no estaba seguro de haber oído correctamente a Lewis.

Se volvió hacia él y frunció el ceño. —¿Perdona?

—¡Me has oído perfectamente! —rugió Lewis—. Conduce hasta tu apartamento y deja de hablar de una puta vez o te meteré una bala en la cabeza y acabaré con esto.

Deacon no podía creer su suerte.

¿Iban a su apartamento? Seguramente Jace le encontraría allí. Si Jace estaba vivo e ileso, le encontraría. Iría al apartamento de Deacon y le buscaría...

Deacon rápidamente encontró un fallo en ese plan.

¿Por qué buscaría Jace a Deacon en su propio apartamento? Ese sería el último lugar donde buscaría. Nadie en su sano juicio secuestraría a alguien y luego lo llevaría a casa. Por eso era un escondite absolutamente perfecto. Probablemente el mejor que Lewis podría haber elegido. Deacon siempre había creído que si querías esconder algo debías ocultarlo a simple vista.

Cuando las luces delante de ellos cambiaron a rojo y Deacon detuvo el Jeep, su pequeña oleada de esperanza desapareció, y tuvo que afrontar los hechos. Podría no tener la suerte suficiente para salir de esta con vida. Solo necesitaba mirar de reojo el cadáver a su derecha para saber que Lewis no estaba jugando.

Después de unos minutos más conduciendo por las calles familiares, Deacon entró en el aparcamiento frente a su apartamento y apagó el motor. Lewis había hecho tres intentos más de llamar a Penn, pero no estaba respondiendo a las llamadas. Lewis todavía no le había dicho nada a Deacon sobre sus planes o lo que quería de él.

Deacon había adivinado por el mensaje de voz que Penn era el lobo que le había atacado y que había ido tras Dan fuera del casino. Lo cual significaba que era bueno que Penn no estuviera contestando a su teléfono. Con suerte, Jace habría tenido éxito en

su intento de capturar o matar al lobo. Deacon solo podía rezar para que Jace hubiera conseguido salvar la vida de Dan en el proceso y evitado lesionarse él mismo.

La esperanza de que su compañero estuviera vivo y bien era lo único que mantenía a Deacon en marcha. Salió del Jeep y permitió que Lewis le condujera al interior del edificio. Se sorprendió cuando Lewis le dijo que dejara el cuerpo de Neal en el jeep, pero difícilmente iba a discutir con él.

Con suerte, alguien vería el cuerpo de Neal y llamaría al 911.

Deacon suspiró. Podría llevar toda la noche antes de que alguien viera el cuerpo de Neal, y ese era un tiempo que Deacon podría no tener. Tenía que haber algo que pudiera hacer para salir de la situación en la que se encontraba.

Deacon no había conocido a Jace durante mucho tiempo, pero lo conocía lo suficientemente bien como para saber que si los papeles se invirtieran, Jace haría todo lo que estuviera en su poder para escapar y detener a Lewis en el proceso. Deacon necesitaba ser más como su compañero. Quería demostrarse a sí mismo que podía hacerlo como lobo.

Quería que Jace estuviera orgulloso de él.

Subieron las escaleras hasta su apartamento, y Deacon utilizó su llave para dejarlos entrar. Nada había cambiado desde que había dejado el lugar un par de horas antes. Lewis cruzó la habitación y miró por la ventana hacia el aparcamiento abajo.

—Siéntate y mantén la boca cerrada —espetó.

Deacon tomó asiento en el sofá y esperó más instrucciones, retorciéndose nerviosamente las manos en el regazo. Había una buena vista del aparcamiento desde la ventana con una línea clara de visión hacia la salida a la calle.

Lewis podría ver todos los coches que entraban y salían.

A la primera señal de un coche de policía tendría tiempo de sobra para marcharse antes de que llegaran. ¿Se llevaría a Deacon con él o simplemente lo mataría y acabaría con todo? Deacon se hundió en los cojines mientras pensaba en sus opciones.

Estaba solo, eso era seguro. Tenía que pensar. Debía haber una manera de salir de esta con vida. Tal vez podría distraer a Lewis,

placarlo y luego hacerse con su pistola.

Lewis se apoyó contra el marco de la ventana y cruzó los brazos sobre el pecho, metiendo la pistola bajo la axila.

Miró fijamente a Deacon.

—Bueno, es obvio que Penn ha ido y se ha hecho matar, así que supongo que será mejor que decidamos qué hacer contigo.

—Siempre podrías dejarme ir —sugirió Deacon esperanzado.

Lewis resopló. —Ambos sabemos que eso no va a ocurrir. Solo sigues vivo porque así es como Penn te quería, y yo le debía un favor por algo que hizo por mí cuando estábamos juntos en el programa.

—¿El programa? —preguntó Deacon.

—Éramos soldados, sirviendo juntos en el extranjero cuando nuestro superior se nos acercó y nos pidió participar. Dijo que estaríamos prestando un gran servicio a nuestro país, que seríamos como súper soldados cuando nos transformaran en lobos.

Deacon jadeó. —¿Sus superiores en el ejército los transformaron?

Lewis asintió y luego sacó pecho.

Era obvio que estaba orgulloso de lo que se había convertido.

—Yo también fui humano una vez. El gobierno tenía científicos que habían estado estudiando el gen del lobo y aprendieron cómo replicarlo. Manipularon el gen para que pudiera transmitirse.

—Dijeron que funciona de manera similar a un virus, en la forma en que ataca al cuerpo. Pero no hay efectos secundarios.

A Deacon le sorprendió que Lewis le estuviera contando tanto. Su estómago se llenó de temor cuando se dio cuenta de que era solo porque Lewis no tenía intención de dejarlo ir. No creía que Deacon fuera a vivir lo suficiente como para contarle sus secretos a alguien, así que se sentía libre de revelarlos.

—Entonces, ¿hay otros como tú... eh, como *nosotros*? —preguntó Deacon.

Lewis asintió. —Al menos veinte, creo, tal vez más. Nos llamaron el Escuadrón Escorpión.

—Cuando Hal y su equipo se enfrentaron a Penn, dijeron que tenía un tatuaje de escorpión en la muñeca.

Su sonrisa se animó mientras se levantaba la manga para mostrarle a Deacon su tatuaje.

—Todos lo tenemos. Yo fui uno de los primeros. Penn, Rory y yo.

—¿Rory?

Deacon creyó ver un rastro de tristeza pasar por el rostro de Lewis.

—Rory no lo logró —dijo—. Hubo... complicaciones.

—¿Cuando lo transformaron?

Lewis asintió.

—El virus que diseñaron no afecta a todos de la misma manera. Puede transmitirse a través de fluidos corporales, así que una mordedura normalmente funciona ya que el virus está en la saliva.

—Descubrieron que en algunos casos incluso puede transmitirse mediante un arañazo. La mayoría de las personas pueden transformarse sin problemas. Se convierten en los típicos lobos de cuatro patas y no son diferentes de los hombres lobo que nacieron así.

—Así es como resultó para mí. Algunos de los hombres que transformaron descubrieron que tienen una tercera forma, como Penn tiene, y tú. Pero otros...

Deacon guardó la información sobre la *tercera* forma, esperando que eso significara que también podría transformarse en un lobo normal como Jace.

—¿Qué les pasó a los otros?

Lewis dudó, aparentemente inseguro sobre lo que podía contarle a Deacon, luego se encogió de hombros y continuó.

—En algunos casos —explicó en voz baja—, el virus muta. Es lo que le pasó a Rory. Su cuerpo comenzó a transformarse, pero a medio camino empezó a... rechazar al lobo, y quedó deformado.

—Lo convirtió en una especie de monstruo. No solo cambió su cuerpo. Lo cambió a *él*, su mente. Se convirtió en una bestia enloquecida y sin sentido. Era salvaje.

—Todavía parecía relativamente humano, pero no le quedaban emociones humanas. Tuvieron que sacrificarlo como a un animal. Uno de los médicos de la instalación me dijo que había sucedido antes.

—Varias veces, de hecho, y cada vez habían tenido que matar al sujeto.

—Dios mío —murmuró Deacon.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Cómo puede permitir el gobierno esto cuando hay gente muriendo?

Lewis frunció el ceño y miró a Deacon como si fuera estúpido. —¿No lo entiendes? Todo es por un bien mayor. A veces en la guerra, hay que sacrificar a unos pocos por el bien de muchos.

Deacon se mordió la lengua.

La última vez que revisó, su país no estaba en guerra. Lewis había comenzado a pasearse por la habitación mientras hablaba. Cuanto más decía, más dispuesto parecía a hablar, como si estuviera feliz de poder finalmente confiar en alguien, de desahogarse. Deacon lo dejó hablar, vigilando de cerca la pistola, que aún estaba bajo el brazo de Lewis.

Deacon se levantó lentamente del sofá.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —preguntó, dirigiéndose a la cocina contigua.

Lewis lo miró con sospecha pero lo dejó ir. —No.

—Entonces, ¿esta instalación está por aquí?

Deacon abrió el refrigerador y sacó una botella de refresco.

Lewis negó con la cabeza.

—Está en Nuevo México. Viví en el sitio durante un par de años para aprender a controlar mi lobo y mis transformaciones. Luego mi oficial al mando dijo que me enviaban al santuario, para ver cómo encajaba con otros lobos.

Querían ver si los lobos *convertidos* podían pasar por auténticos. Necesitaban saber si los lobos del santuario podían notar que yo era algo diferente a ellos.

—Y no pudieron —concluyó Deacon.

No era una pregunta.

Deacon podía notar por la forma en que Jace y Erik habían actuado alrededor de Lewis que no habían sospechado de él.

—No. Nadie sospechó nada.

—¿Por qué crees que ellos pudieron notar que yo era diferente?

Lewis se encogió de hombros.

—Probablemente por tu tercera forma. Los hombres lobo de nacimiento nunca tienen terceras formas. Los cambiantes del santuario pudieron sentir que había algo inusual en ti desde la primera vez que captaron tu olor.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —preguntó Deacon, pensando en la reacción de Lewis hacia él cuando se conocieron—. Sabías que yo era como tú.

—No estaba seguro al principio. Tuve que transformarme en mi lobo para estar seguro; mis sentidos son mejores en esa forma. Entonces, sí, en cuanto me transformé, lo supe. Hueles como los otros lobos con los que viví en la instalación.

—Solo hay unos pocos que son como tú, con una tercera forma, pero todos oléis igual. Esa fue la razón por la que me mantuve cerca de ti. Cuando te dejé en la cocina, llamé a Penn para preguntarle si sabía algo sobre tu ataque y me dijo que él lo hizo.

—Se sorprendió al saber que habías sobrevivido y dijo que te quería muerto. Me pidió que te secuestrara. Que te retuviera para que él pudiera llegar a ti y terminar el trabajo.

—¿Sabes por qué me quiere muerto?

Lewis se encogió de hombros. —Eso no es asunto mío. Le debía un favor. Esto es mi forma de pagárselo.

—Pero todo es un malentendido —dijo Deacon—. Todo es porque está celoso. Piensa que su novio y yo estamos juntos. No es así. Solo somos amigos. ¿Permitirías que me matara por algo así?

Lewis dejó de pasearse y miró la pistola en su mano con las cejas levantadas, como si se hubiera olvidado de que estaba allí. Lewis estudió a Deacon por un momento antes de hablar.

—Como he dicho, ese no es mi problema. Penn siempre fue un impulsivo. Yo no te habría matado por algo así, pero esa es mi opinión.

—No tiene por qué hacer esto —instó Deacon, tratando de pensar con rapidez—. Les diré que usted no estaba involucrado, que fue todo cosa de Penn, que...

—Ya no importa. Aunque Penn *esté* muerto, me temo que no puedo dejarte ir, no ahora. Sabes demasiado.

Levantó la pistola y apuntó a Deacon.

—Bueno, gracias por la charla. Lamento tener que hacer esto.

A pesar de sus palabras, no parecía lamentarlo en absoluto.

—No les diré nada —suplicó Deacon—. Y nadie más sabe de usted.

—Estás equivocado. Mi tapadera ya ha sido descubierta. Tu compañero nos vio juntos fuera del casino justo cuando nos íbamos, y me imagino que ya habrá informado a sus superiores.

—Así que realmente no hay vuelta atrás al santuario para mí ahora.

El corazón de Deacon dio un vuelco al saber que Jace estaba vivo y bien; tenía que estarlo si había visto a Deacon y Lewis marcharse en el Jeep. Deacon nunca volvería a ver a Jace si su vida terminaba ahora.

La idea era insoportable.

Deacon no podía permitir que sucediera. Su ira afloró a la superficie. Fue tan repentina y feroz que incluso a él le sorprendió. Un gruñido bajo surgió de su pecho y supo lo que estaba ocurriendo. Su cuerpo estaba cambiando, transformándose en su forma de lobo, o tercera forma, como Lewis la había llamado.

Aunque Deacon sabía que los períodos de estrés podían desencadenar el cambio, no esperaba que ocurriera así, tan rápido y sin advertencia. Intentó con todas sus fuerzas mantenerlo a raya, pero no sabía cómo.

—Tu lobo no te va a ayudar ahora.

La voz de Lewis tembló cuando habló y había miedo en sus ojos.

Tenía miedo de Deacon, miedo de su lobo; eso estaba claro.

Su reacción ante el lobo de Deacon en el santuario tenía sentido ahora. Lewis *sí* pensaba que Deacon era más fuerte que él, al menos en su forma de lobo. Pero eso no iba a ayudar a Deacon en esta situación. No cuando Lewis había levantado la pistola, con el dedo preparado en el gatillo.

Deacon todavía tenía la botella de refresco en la mano.

Mientras la miraba, sus dedos se extendieron convirtiéndose en garras. Sin pensarlo, se la lanzó a Lewis y le golpeó en el brazo, haciendo que soltara la pistola. Lewis rugió, abalanzándose sobre

Deacon, y cayeron al suelo en un revoltijo de extremidades. Echando la mano hacia atrás, Lewis le propinó un puñetazo que prácticamente hizo vibrar los huesos de la cara de Deacon. Un dolor punzante le atravesó el ojo. La pistola estaba en el suelo cerca de ellos y era la única oportunidad de Deacon. Cuando intentó alcanzarla, Lewis le golpeó de nuevo.

El segundo golpe le alcanzó en el estómago y le robó todo el aire de los pulmones.

Mientras Deacon luchaba por quitarse a Lewis de encima, el lobo extendió el brazo, sus dedos cerrándose alrededor de la empuñadura de la pistola.

Capítulo Dieciséis

Erik gimió e intentó levantarse, pero Jace lo mantuvo en el suelo.

—Quédate ahí quieto unos minutos. Los paramédicos están aquí. Ellos te ayudarán.

Erik negó con la cabeza y luego hizo una mueca, llevándose inmediatamente la mano a la parte posterior de la cabeza.

—Tenemos que encontrar a Lewis. Ha matado a Neal. Creo que está trabajando con el lobo que estamos buscando.

Jace cerró los ojos y luchó contra una oleada de náuseas.

—¿Neal está *muerto*?

—Sí. No pude encontrarte a ti o a Deacon, así que vine aquí para ver si Lewis y Neal os habían visto. Cuando llegué al Jeep, vi a Neal desplomado sobre el volante con una bala en la nuca.

—Lewis había desaparecido. Al principio, pensé que el lobo también le había atacado y estaba a punto de llamar al santuario para que enviaran otro equipo, pero debió verme venir y se escondió detrás del Jeep.

—Me golpeó en la parte posterior de la cabeza y me dejó inconsciente.

Jace intentó controlar su respiración, sin embargo, su ira se hacía cada vez más pronunciada con cada segundo que pasaba. Si Lewis podía matar a Neal con tanta facilidad, ¿qué le impediría hacerle daño a Deacon?

—Si toca un solo pelo de la cabeza de Deacon, su vida no valdrá nada —prometió Jace.

—¿Qué os pasó a vosotros dos, de todos modos? Pensaba que estabais juntos.

—Lo estábamos. Encontré al lobo, se llamaba Penn. Había ido tras Dan, uno de los amigos de Deacon del casino. Envié a Deacon a buscar ayuda mientras yo perseguía a Penn.

—¿Lo atrapaste?

Jace asintió. —Sí, lo atrapé. Pero no llegué a tiempo. Le hizo cortes muy graves a Dan. Le rajó el cuello completamente. No sé si sobrevivirá.

—Los paramédicos se ocuparán de él —dijo Erik—. ¿Dónde está Penn ahora?

—Dejé su cuerpo en el callejón. Será mejor que llame al santuario para que envíen un equipo de limpieza.

—Puedo hacerlo yo —se ofreció Erik.

—Gracias. ¿Cómo voy a encontrarlo, Erik? —Jace prácticamente se ahogó con las palabras al pronunciarlas—. No puedo perderlo.

Erik suspiró y negó con la cabeza. Hizo una mueca de dolor, evidentemente la acción le causaba molestias.

—Me gustaría saber qué conexión tenía con Lewis. Lewis ha estado con nosotros en el santuario durante un par de meses. ¿Por qué tendría lealtad hacia este lobo? ¿Por qué ayudarle?

—No lo sé —suspiró Jace—. Ahora desearía no haber matado a Penn. Podría haberlo interrogado.

—No te martirices por ello. No sabías lo que pasaría. ¿Cómo se mantenían en contacto Lewis y este lobo, de todas formas? —preguntó Erik.

Jace miró a Erik durante un largo momento y fue como si se encendiera una bombilla sobre su cabeza. Habría besado al hombre si no estuviera emparejado. Se puso de pie y, sin decir palabra, corrió de vuelta al callejón. No podía creer que no lo hubiera pensado antes de que Erik lo mencionara.

Penn debía tener un teléfono móvil con él.

Jace corrió por la calle, forzando sus piernas a ir más rápido hasta que llegó al callejón donde había matado al lobo. Su cuerpo yacía donde Jace lo había dejado.

Revisó los bolsillos de Penn y esperó que nadie pasara y pensara que Jace estaba robando al hombre. Encontró el teléfono móvil en el bolsillo de los vaqueros de Penn. Había siete llamadas perdidas. Jace abrió el servicio de mensajes y se llevó el teléfono a la oreja.

Solo había un mensaje y era de Lewis.

Comprobó su reloj mientras la voz grabada le daba la hora del mensaje. Lo habían dejado hace quince minutos. Jace corrió de vuelta hacia Erik mientras escuchaba el mensaje.

Colgó tan pronto como terminó.

Cuando llegó a la entrada del casino, Erik estaba sentado en el escalón de la ambulancia, hablando con uno de los paramédicos.

—Se lo ha llevado al apartamento de Deacon —dijo Jace, tratando de recuperar el aliento.

—¿En serio?

—Tengo que irme... ya. Dios. ¿Y si llego demasiado tarde?

—Mira, relájate, ¿vale? Deacon estará bien, Jace. Ya verás.

Jace nunca había deseado tanto que algo fuera verdad en su vida.

No podía vivir con la alternativa.

Solo le llevó un par de minutos parar un taxi y quince minutos después estaba deteniéndose en la calle frente al aparcamiento del apartamento de Deacon. Jace pagó al conductor y corrió tan rápido como sus piernas le permitieron a través del aparcamiento. La puerta para entrar al edificio estaba cerrada, pero Jace no iba a dejar que eso lo detuviera. No cuando su pareja estaba dentro y lo necesitaba. Empleó muy poca energía para derribarla de una patada y luego subió corriendo las escaleras hasta el cuarto piso.

Capítulo Diecisiete

Deacon intentó quitar la pistola de la mano de Lewis, pero el lobo la sujetaba con fuerza, así que en su lugar, le agarró la muñeca y la golpeó contra el suelo embaldosado de la cocina. Lewis gritó de dolor, su rostro llenándose de furia mientras perdía el control y la pistola se deslizaba por el suelo.

La rabia y la adrenalina que corrían por la sangre de Deacon trajeron a su lobo más cerca de la superficie. Mientras forcejeaban, rodando y luchando por la dominancia, más pelo comenzó a brotar de sus brazos, sus huesos crujiendo y alargándose, extendiendo su cuerpo hacia su tercera forma.

Cuando Lewis atacó, Deacon logró esquivar el golpe, pero el segundo impacto le alcanzó en la mandíbula, haciéndole perder el equilibrio, y cayó hacia atrás. Su cabeza se golpeó preocupantemente contra las baldosas.

Deacon recibió otro puñetazo en la mejilla y el dolor detrás de su ojo se volvió tan insoportable que pensó que podría desmayarse. Golpe tras golpe llovían sobre su cuerpo. Recibió puñetazos en la cara, los hombros, las costillas. El golpe en su estómago le hizo jadear buscando aire, pero aun así siguió luchando contra Lewis con todas sus fuerzas, la desesperación por volver a ver a su pareja era una fuerza motriz poderosa que no le permitía rendirse.

Mientras temblaba durante los últimos vestigios de su transformación, su fuerza aumentó, su lado lobuno mucho más fuerte de lo que era en su forma humana.

Con el poder renovado en su cuerpo, Deacon rugió, levantándose del suelo y cargando contra Lewis, golpeando al lobo con un tremendo puñetazo propio. Su puño hizo contacto con la nariz de Lewis y Deacon escuchó el crujido del hueso al romperse. Mientras un reguero de sangre manaba de sus fosas nasales, Lewis aulló de dolor y cayó hacia atrás, sus ojos abiertos de miedo y temor.

Deacon se cernía sobre el hombre que de repente parecía mucho más pequeño de lo que había sido antes y bastante menos amenazador.

—No puedes ganar esta pelea —bramó Deacon—. Ahora soy más fuerte que tú.

Lewis se alejó de Deacon, su mirada recorriendo la habitación como si buscara una vía de escape. Cuando divisó la pistola, a solo unos metros de él, sonrió de manera maníaca.

—Esto aún no ha terminado —replicó Lewis mientras se lanzaba a por el arma.

Deacon se dio cuenta de lo que estaba haciendo en el momento en que Lewis se movió y él también fue a por la pistola.

La alcanzaron simultáneamente, cerrando ambos sus manos alrededor del cañón.

Capítulo Dieciocho

Jace se detuvo en lo alto de las escaleras y corrió por el pasillo hasta llegar al apartamento de Deacon. Pegó la oreja a la puerta y escuchó. Deacon y Lewis estaban hablando dentro, y oír sus voces hizo que Jace soltara un suspiro de alivio.

Su compañero estaba vivo.

Sin embargo, el alivio de Jace duró poco cuando sus voces se elevaron. Los dos hombres empezaron a gritarse, discutiendo. Jace no sabía si debía derribar la puerta o no. Le preocupaba que Lewis se asustara y usara su pistola si Jace irrumpía. Demasiado pronto, la decisión se le escapó de las manos.

Sonó un único disparo, y Jace gritó de frustración y arremetió contra la puerta.

La fuerza de su embestida hizo que la puerta cediera en sus bisagras, y las astillas de la madera volaron alrededor de su cara mientras Jace entraba violentamente en el apartamento con un rugido descomunal. Corrió por el pasillo hasta la sala de estar, quedándose sin aliento cuando vio a Deacon en el suelo con Lewis tumbado encima de él.

La sangre se acumulaba a su alrededor.

—¡No! ¡Oh, Dios, no! —gritó, corriendo para llegar a su compañero.

—Está bien, Jace. No estoy herido —le tranquilizó Deacon.

Cuando llegó hasta ellos, levantó el cuerpo inerte de Lewis, prácticamente arrojándolo al otro lado de la habitación. El pecho de Deacon estaba cubierto de sangre.

Jace jadeó.

—Shh —dijo Deacon, tratando de calmarlo—. Está bien. No es mi sangre. Yo le disparé.

Deacon estaba en su forma de lobo y tenía el ojo derecho completamente hinchado.

Jace dejó escapar un sollozo y agarró a su compañero, abrazándolo fuertemente contra su pecho.

—Tu ojo...

—Duele como mil demonios —completó Deacon—. Pero estoy bien aparte de eso.

—Gracias a Dios. Pensé que te habían disparado. Pensé... Joder, Deacon, no sé qué haría si te pasara algo.

—Siento lo mismo por ti —dijo Deacon—. ¿Está... está muerto?

A Jace no le importaba.

Una parte de él pensaba que no debería ser tan despiadado, pero el hombre casi había matado a su compañero y sinceramente le importaba una mierda lo que le pasara. Finalmente lo soltó y gateó por el suelo hasta el cuerpo de Lewis. Comprobó el pulso.

—Muerto —confirmó.

—Oh, Dios, no puedo creer que haya matado a alguien —sollozó Deacon.

Su rostro estaba pálido, su cuerpo temblando.

—Me alegro de que lo hicieras. Era él o tú. No había otra opción. Solo me alegro de que sea él quien esté ahí tirado muerto y no tú. Estaba asustado, Deacon. Muy asustado de haberte perdido.

—Pero no me perdiste y no lo harás.

—Y gracias a Dios por eso.

El resto de la noche pareció alargarse interminablemente.

Jace había abrazado a su compañero durante unos minutos, susurrándole palabras cariñosas al oído antes de que el sonido de las sirenas entrando en el aparcamiento perturbara su paz. Tardaron más de cuatro horas en dar declaraciones a la policía y esperar a que llegara un equipo de limpieza del santuario para hacer lo que tenían que hacer. Jace les dio indicaciones para encontrar el cuerpo de Penn en el callejón detrás del casino después de que se llevaran el cuerpo de Neal del Jeep y el de Lewis del apartamento.

Como precaución, habían llevado a Erik al hospital, pero cuando Jace llamó para preguntar por él, la enfermera dijo que su lesión en la cabeza no parecía grave.

Había sido todo un día.

Entre las idas y venidas de la policía y el personal del santuario, alguien vino a arreglar la puerta del apartamento. Deacon parecía agotado cuando finalmente se despidieron de la última persona y se quedaron solos en el apartamento. Habían decidido quedarse a

pasar la noche y volver al santuario a la mañana siguiente, demasiado cansados para hacer el viaje de regreso esa noche.

Deacon le contó todo lo que le había sucedido desde que dejó a Jace en el casino. Jace no podía creer que Lewis hubiera sido infiltrado en el santuario para ver cómo encajaba con los otros lobos. No era de extrañar que siempre estuviera metido en los asuntos de todos.

¿Y el gobierno manipulando el gen del lobo para crear una especie de súper soldado? Jace tendría que hablar con sus superiores cuando regresaran. Había que hacer algo, especialmente si lo que Lewis había dicho era cierto sobre los hombres que eran sacrificados como perros si sus cuerpos rechazaban el virus.

Eso era asesinato, puro y simple.

En cuanto Deacon cerró la puerta principal y se dio la vuelta, Jace lo atrajo hacia sí y lo envolvió en sus brazos, más feliz de lo que podía expresar por poder hacerlo. Deacon lo abrazó con la misma fuerza, apretando su cuerpo lo más cerca posible de Jace y frotando su cara contra su cuello.

Cuando Jace inclinó la cabeza hacia un lado para permitir a Deacon mejor acceso, su compañero aprovechó al máximo, besando y lamiendo su camino hacia arriba. Mordisqueó la barbilla de Jace y depositó besos ligeros como plumas sobre su mejilla hasta llegar a su boca. Jace gimió cuando sus labios se encontraron y cuando la lengua de su compañero se deslizó en su boca, el sabor único de Deacon lo prendió fuego.

Deacon los guió por la habitación mientras continuaban besándose, chocando contra mesas y marcos de puertas mientras se dirigían al dormitorio. A Jace no le importaba. Nada ni nadie podría haberlo apartado de su compañero. Su deseo por Deacon creció, alcanzando proporciones épicas. La necesidad de demostrar que su compañero estaba vivo y a salvo era tan fuerte que abrumaba a Jace. Se sentía consumido por ella. La pasión cruda que Deacon le devolvía solo alimentaba la necesidad de Jace.

No estaba seguro de cómo lograron quitarse la ropa con tanta facilidad y rapidez, pero tan pronto como estuvieron desnudos, se frotó contra el cuerpo de Deacon intentando conseguir algo de alivio.

Succionó el cuello de Deacon, decidido a dejar una marca.

La idea de que todos vieran lo que había hecho y supieran que Deacon le pertenecía, excitó aún más a Jace.

—Quiero follarte —le dijo al oído a Deacon—. ¿Lo quieres?

Deacon gimoteó y el sonido fue directo a la polla de Jace, poniéndola más dura que antes. En lugar de responder con palabras, Deacon se arrodilló en la cama y levantó el culo en el aire, ofreciéndoselo a Jace.

Colocó las manos en sus nalgas y las separó, exponiendo su fruncida entrada. Jace gruñó y se estiró para ajustar su polla, que estaba dolorosamente dura y ansiosa por enterrarse dentro de ese maravilloso calor apretado.

—Tomaré eso como un sí —bromeó Jace, subiendo a la cama detrás de su compañero.

Enterró su cara entre las nalgas de Deacon y lamió su estrecho agujero.

Deacon se apartó del alcance de Jace, y este estaba a punto de protestar hasta que Deacon abrió un cajón de su mesita de noche, rebuscó dentro y volvió con un bote de lubricante. Retomó la posición de rodillas, empujando su trasero hacia Jace.

—Hazlo —suplicó Deacon—. Por favor, Jace, métela. Hazme gemir.

Jace no estaba seguro si Deacon hablaba de su lengua, su dedo o su polla, pero realmente no importaba. Cualquier opción sonaba bien. Haría lo que fuera necesario para darle placer a Deacon. Cerró los ojos e intentó controlar su respiración. Si no tenía cuidado, se correría antes de entrar en Deacon y no podía permitir eso.

—Tu polla, Jace. La necesito.

Jace se mordió el labio inferior mientras abría la tapa del bote de lubricante y vertía parte del contenido sobre su dolorida erección. El líquido se sentía frío contra su piel sobrecalentada, pero mientras lo extendía sobre su polla comenzó a calentarse y sentirse bien.

—Jace... —Las piernas de Deacon temblaban y los músculos de su trasero se contraían mientras intentaba mantenerse erguido.

—A la mierda. Date la vuelta —ordenó Jace, agarrando las caderas de su compañero e intentando girarlo—. Necesito ver tu

cara cuando te tome.

—Pero mi ojo... —susurró Deacon.

—¡Eh! —Jace agarró las caderas de Deacon y lo obligó a darse la vuelta hasta que quedó tumbado boca arriba—. ¿Crees que me importa un carajo un ojo morado?

Se arrastró sobre el cuerpo de Deacon y se sentó a horcajadas sobre sus caderas, haciendo que sus pollas duras entraran en contacto. Bajó la cabeza hasta que su aliento se mezcló con el de Deacon y sus labios se rozaron.

—*Tú* eres increíble. Joder, cuando te miro, no puedo creer que haya tenido tanta suerte. Créeme, un ojo morado no cambia eso. De hecho, te da un cierto atractivo de chico malo.

Deacon se rió, justo como Jace había pretendido. Jace se inclinó y le robó un beso. Empezó suavemente, pero a medida que sus lenguas batallaban y sus pollas se frotaban, la intensidad aumentó bastante rápido.

Jace estaba sin aliento cuando Deacon envolvió sus piernas alrededor de su cintura y deslizó una mano entre ellos. Agarró la polla de Jace y la guio hacia su cuerpo. Jace se mantuvo quieto para darle tiempo a Deacon a adaptarse a la sensación, pero las caderas de su compañero comenzaron a moverse y el gemido más sexy que Jace había escuchado jamás escapó de los labios de Deacon.

Jace se dejó llevar entonces y folló a Deacon con todo lo que tenía dentro.

Pronto encontraron un ritmo, sus caderas moviéndose suavemente, sus cuerpos resbaladizos por el sudor. Jace quería tocar a Deacon en todas partes a la vez, pero se conformó con una mano en su trasero, manteniéndolo firme mientras empujaba dentro de él una y otra vez.

El sexo nunca había sido tan bueno, no solo por las sensaciones físicas, era mejor por lo que sentía por Deacon, por su vínculo.

La cara de Deacon era una imagen de éxtasis.

Gruñía y gemía, y los dulces sonidos que hacía solo aumentaban el placer hasta que Jace pensó que no podría aguantar ni un momento más. Metió una mano entre ellos y acarició la polla de

Deacon. Se sentía gruesa y pesada en su mano, pero encajaba perfectamente en su puño cerrado.

Deacon se volvió frenético, retorciéndose y maldiciendo, alternando entre follarse a sí mismo con la polla de Jace y empujar sus caderas hacia su mano. Sin apenas aviso, Deacon echó la cabeza hacia atrás y gruñó su liberación; el nombre de Jace sonó como una bendición en sus labios.

Ver a su compañero en pleno éxtasis fue suficiente para llevar a Jace también al límite. Empujó dentro de Deacon una, dos veces... y entonces se corrió también.

Su cuerpo se sacudió y tembló, su polla vaciándose dentro del cuerpo de Deacon.

Jace luchó por respirar mientras su polla se ablandaba y salía del trasero de Deacon. Se estiró detrás de su compañero y lo atrajo a sus brazos. Deacon se volvió y la expresión feliz y extasiada en su rostro hizo que el pecho de Jace se hinchara de orgullo. Deacon deslizó sus dedos por el rostro de Jace.

—No puedo dejar de mirarte —dijo Deacon.

Su voz sonaba casi demasiado tímida para un hombre que acababa de suplicar que le follaran.

—Yo tampoco —respondió Jace—. Tengo que recordarme constantemente que estás vivo y a salvo. —Jace observó detenidamente el rostro de Deacon y frunció el ceño—.

—¿Sabes lo que decías antes sobre tu ojo morado?

—Ajá.

—Obviamente no te has mirado al espejo en las últimas horas, ¿verdad?

Deacon arrugó el ceño. —No, ¿por qué?

Jace sonrió. —Porque el ojo que estaba negro como el as de picas e hinchado está casi curado, por eso.

La boca de Deacon se abrió de par en par. —Estás bromeando.

—No, aunque debo decir que estoy tan sorprendido como tú. Los lobos se curan rápido, pero no *tan* rápido.

Deacon saltó de la cama con una agilidad que Jace no pensaba que pudiera tener después de la extenuante sesión de sexo que

acababan de compartir. Corrió al baño. Jace pudo escuchar el grito ahogado de Deacon *"¡Joder!"* a través de la puerta.

Cuando Deacon volvió a la cama, se sentó frente a Jace, con el ceño fruncido.

—¿Cómo está desapareciendo tan rápido? —preguntó.

Jace se encogió de hombros. —No lo sé. A modo de conjetura, diría que es uno de los efectos secundarios de tu "virus de lobo". El problema es que, ahora que Penn y Lewis están muertos, no tenemos a nadie a quien preguntar.

—Podemos pedirle a Ross que te haga algunas pruebas cuando volvamos al santuario si quieres, pero no sé si podrá decirnos algo. Cuanto antes encontremos esa instalación en Nuevo México y descubramos qué demonios está pasando allí, mejor.

—¿De verdad crees que podremos encontrarla?

—No te preocupes. Será mi misión —respondió Jace.

Epílogo

Tres meses después

Deacon se metió un gran tenedor lleno de chili en la boca y luego gimió. —Oh, Dios, esto está tan bueno que debería ser ilegal.

Dan se rió y negó con la cabeza, luego se llevó otro bocado a la boca. —Dices lo mismo todos los miércoles.

Deacon se encogió de hombros. —Porque es verdad. El chef es un genio. Y apenas puedes hablar... tu propio plato se está vaciando bastante rápido.

Dan sonrió y bajó la mirada, con el flequillo rubio cayéndole para ocultar sus ojos azul claro.

—¿Has tenido noticias de Jace? —preguntó.

—No —Deacon dejó escapar un suspiro cansado—, no desde anoche. Esperaba que llamara esta mañana antes de que tuviera que ir al entrenamiento de combate, pero supongo que estaba ocupado.

Dan puso los ojos en blanco. —¿Qué, sin contacto durante casi veinticuatro horas? ¿Cómo *vas* a sobrevivir?

—Espera a que encuentres a tu pareja —dijo Deacon—. Entonces veremos cómo te gusta estar separado de él.

Dan se encogió de hombros. —¿Están más cerca de encontrar el complejo?

—Jace dijo que tienen una nueva pista. Un testigo se presentó y les dio información sobre la ubicación. Parece prometedor. Espero que lo encuentren pronto. Me preocupo por Jace cuando no está aquí.

—Solo lleva fuera cuatro días —razonó Dan.

—Bueno, es suficiente tiempo. Le echo de menos.

Dan empezó a atragantarse con su comida. Deacon estaba seguro de que había oído "*Matadme ahora*" disfrazado como una tos.

—¿No echas de menos tu vida en Las Vegas? —preguntó Dan.

—No —respondió Deacon rápidamente—, para nada.

Era verdad.

A Deacon le había llevado un tiempo adaptarse a la vida en el santuario, pero ahora no podía imaginarlo de otra manera. No había nada malo en su vida anterior, pero ahora era casi perfecta... Bueno, cuando Jace estaba con él.

—¿Y tú? —le preguntó a su amigo.

Dan frunció los labios. —A veces. Quiero decir, no echo tanto de menos mi trabajo, aunque es difícil no ver a mi familia. Y me siento... solo aquí, aunque esté rodeado de gente.

Deacon se compadeció de Dan.

Su propio período de transición había sido más fácil porque había tenido a Jace para ayudarle. Dan estaba más o menos solo. Tenía que ser duro para él. Jace le había dicho que las heridas de Dan habían sido graves —potencialmente mortales para un lobo normal— pero cuando fueron a verle al hospital al día siguiente, ya se había curado.

Había sido tan rápido como la propia recuperación de Deacon.

Deacon había sido quien le contó lo que había sucedido, porque, al igual que él, Dan no podía recordar nada después de que Penn le agarrara fuera del casino. No se había tomado bien la noticia. Había reaccionado peor cuando Deacon le contó sobre las muertes de Penn y Jeffrey.

—¿Echas de menos a Penn? —preguntó Deacon.

Dan dejó su tenedor y negó con la cabeza.

—No. Penn y yo no teníamos la mejor relación para empezar. Siempre estaba celoso, siempre volátil. Tenía que tener cuidado con lo que decía cerca de él por si le enfadaba.

—No le había visto durante meses antes de que apareciera y se volviera loco conmigo. Echo de menos a Jeff, sin embargo. Él y yo solo salimos un par de veces, pero me gustaba. Supongo que más que nada solo echo de menos tener a *alguien*, ¿sabes?

—Sí... Sí, me lo puedo imaginar.

—¿Cuándo tienes que ver a Ross otra vez?

Deacon gruñó. —Mañana por la mañana antes del entrenamiento.

Ross, el médico principal del santuario, había estado realizando pruebas a Deacon y Dan desde que llegaron, midiendo la actividad

cerebral, fuerza, resistencia, sangre. Prácticamente cualquier prueba que pudiera realizarse se había hecho, pero Ross no estaba más cerca de aprender algo sobre el virus de lo que estaba al principio.

—Mejor tú que yo —dijo Dan con ironía—. Así que... luna llena mañana por la noche. Tengo ganas de salir a correr y no puedo esperar para estirar las piernas.

Deacon sonrió. —Sí, yo también.

Deacon había descubierto que efectivamente tenía tres formas, al igual que Dan. Las primeras transformaciones habían sido incómodas para ambos. Sin embargo, se habían vuelto más fáciles, y ahora transformarse en luna llena era lo que más le gustaba a Deacon de ser un lobo. Él y Jace solían correr juntos, y Erik se había encargado de correr con Dan.

Ambos todavía estaban aprendiendo a cazar.

Deacon había pensado que sería algo que vendría de forma natural, pero era más difícil de lo que había imaginado. Todavía no había cazado ni una maldita cosa.

—¿Crees que Jace volverá para la luna llena?

Dan puso los ojos en blanco, aunque su boca se curvó en una amplia sonrisa. Miró por encima del hombro de Deacon cuando dijo: —No lo sé, ¿por qué no se lo preguntas a él?

Deacon frunció el ceño. —¿Eh?

Un fuerte par de brazos se deslizó alrededor de la cintura de Deacon, y este jadeó cuando una boca cálida se presionó contra su cuello, justo debajo de su oreja.

—Hola, guapo —gruñó la voz baja de Jace en su oído—. ¿Me has echado de menos?

—¡Jace!

Deacon dejó caer su tenedor y se puso de pie de un salto, girándose y lanzándose a los brazos de Jace.

Jace se rió y lo abrazó con fuerza.

—Tomaré eso como un sí. —Se apartó, su ardiente mirada recorriendo el rostro de Deacon—. Maldición, te ves bien. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos —dijo Deacon—. ¿Por qué no me dijiste que volvías a casa?

Jace sonrió y esa expresión envió escalofríos por la columna vertebral de Deacon. —Quería sorprenderte.

—Pero podrías haberlo dicho.

Jace se rió. —Entonces no habría sido una sorpresa. Hola, Dan, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Cómo es que has vuelto tan pronto? ¿Encontrasteis el complejo?

La expresión de Jace se despejó y se frotó la cara con una mano.

—Sí. Sí, lo encontramos. Fue malo, *realmente* malo. —Jace negó con la cabeza—. Tenía hombres vomitando por todas partes cuando vieron algunas de las cosas que estaban sucediendo allí.

—Jesús, ¿qué tipo de cosas? —preguntó Dan.

—Todo tipo de experimentos. Joder, tenían hombres en jaulas que habían sido golpeados, torturados, alimentados con sobras. Había hombres que habían sido convertidos en lobos, pero no habían cambiado correctamente.

—Estaban deformes. Algunos también tenían discapacidad mental, aunque no todos. Algunos sabían exactamente lo que se les estaba haciendo.

—Oh, Dios, eso es terrible —dijo Deacon mientras un escalofrío recorría su cuerpo—. ¿Qué va a pasar con ellos ahora?

—Los traeremos a todos aquí. Va a llevar tiempo organizarlo porque había muchos. Unos veintidós lobos sanos y diría que tal vez una docena o así de otros. Erik se quedó allí para coordinar las cosas en ese extremo. Voy a preparar un bloque de alojamiento para ellos aquí. Intentaremos mantenerlos a todos juntos, para empezar. Creemos que será más fácil para ellos adaptarse.

—No entiendo cómo podéis simplemente llevároslos a todos si están en un programa gubernamental. ¿No están bajo algún tipo de protección? —preguntó Dan.

—Ese es el punto. La instalación no tiene nada que ver con el gobierno. Hay una organización privada detrás de todo esto.

—Pero Lewis dijo que había sido destinado al extranjero cuando su superior le pidió formar parte del programa.

Jace asintió.

—Así es como conseguían que los soldados aceptaran. Todos son del mismo batallón. Habían sobornado a un par de coroneles y los estaban utilizando para seleccionar a los hombres que creían más propensos a querer unirse al programa.

—Cuando tenían a los hombres entrenados, los utilizaban como mercenarios. Cada hombre con el que hablamos allí creía firmemente que estaba en algún tipo de misión secreta para su país.

—¿Cómo podían simplemente *llevárselos*? —preguntó Dan—. ¿No notaría el gobierno que los soldados desertaban?

—Por lo que hemos podido averiguar, se dirigían a aquellos soldados que estaban cerca del final de su servicio. Tenían gente que se encargaba del papeleo para decir que se habían ido voluntariamente. Era una operación grande. Mucha gente estaba involucrada, tanto de esta empresa privada como desde dentro del ejército.

—Vaya. ¿Y ahora todos los lobos vendrán a vivir aquí?

Jace asintió.

—Tienen que hacerlo. La mayoría no llevan siendo lobos mucho tiempo y no tienen ni idea de cómo controlar sus lados animales. Va a ser una lucha larga y difícil durante los próximos meses, eso es seguro.

—El número de residentes del santuario está a punto de crecer muchísimo.

Deacon plantó un beso en los labios de su pareja. Sin dudarlo, Jace atrajo a Deacon hacia él y gimió en su boca, profundizando el beso.

—Ay... Jo, ¿es que nunca os cansáis el uno del otro? —preguntó Dan, con la voz cargada de diversión.

—Nunca —dijeron Jace y Deacon al unísono.

Fin

¿Te ha gustado lo que acabas de leer?
Si es así, considera dejar una **reseña**, por breve que sea.
Las reseñas ayudan a difundir la obra del autor, lo que a su vez les ayuda a vender más ejemplares. Esto permite a los autores continuar con su carrera literaria, produciendo más obras para tu disfrute.

Sobre la autora

Lavinia Lewis es el seudónimo para novelas M/M de la autora británica de romance Tammy Thomas. También escribe romance contemporáneo como Ava Grace y romance paranormal como Amy Armstrong.

Es escritora a tiempo completo y vive en Gales, Reino Unido.

Descubrió la lectura a una edad temprana y siempre se la podía encontrar con la nariz metida en un libro. Ya entonces le encantaba perderse en un mundo de fantasía. Cuando sus padres le regalaron una máquina de escribir por Navidad a los once años, su destino quedó sellado. Pasaba horas imaginando personajes y creando historias. No ha cambiado mucho. Ahora, cuando no está escribiendo, puedes encontrarla con su kindle en mano, leyendo una novela romántica o haciendo maratones de sus series favoritas en Netflix.

Ha vivido por todo el Reino Unido, pero actualmente reside en el pequeño pueblo de Gales donde creció. Ha viajado extensamente a lugares tan lejanos como África, Asia, Australia, América y la mayor parte de Europa. Aunque algunos de sus libros están ambientados en Texas, nunca ha visitado el estado, pero planea pasar tiempo allí en un futuro próximo.

Tammy agradece los correos electrónicos de sus lectores, así que no dudéis en poneros en contacto en la siguiente dirección de correo electrónico -
lavinialewisuk@yahoo.co.uk